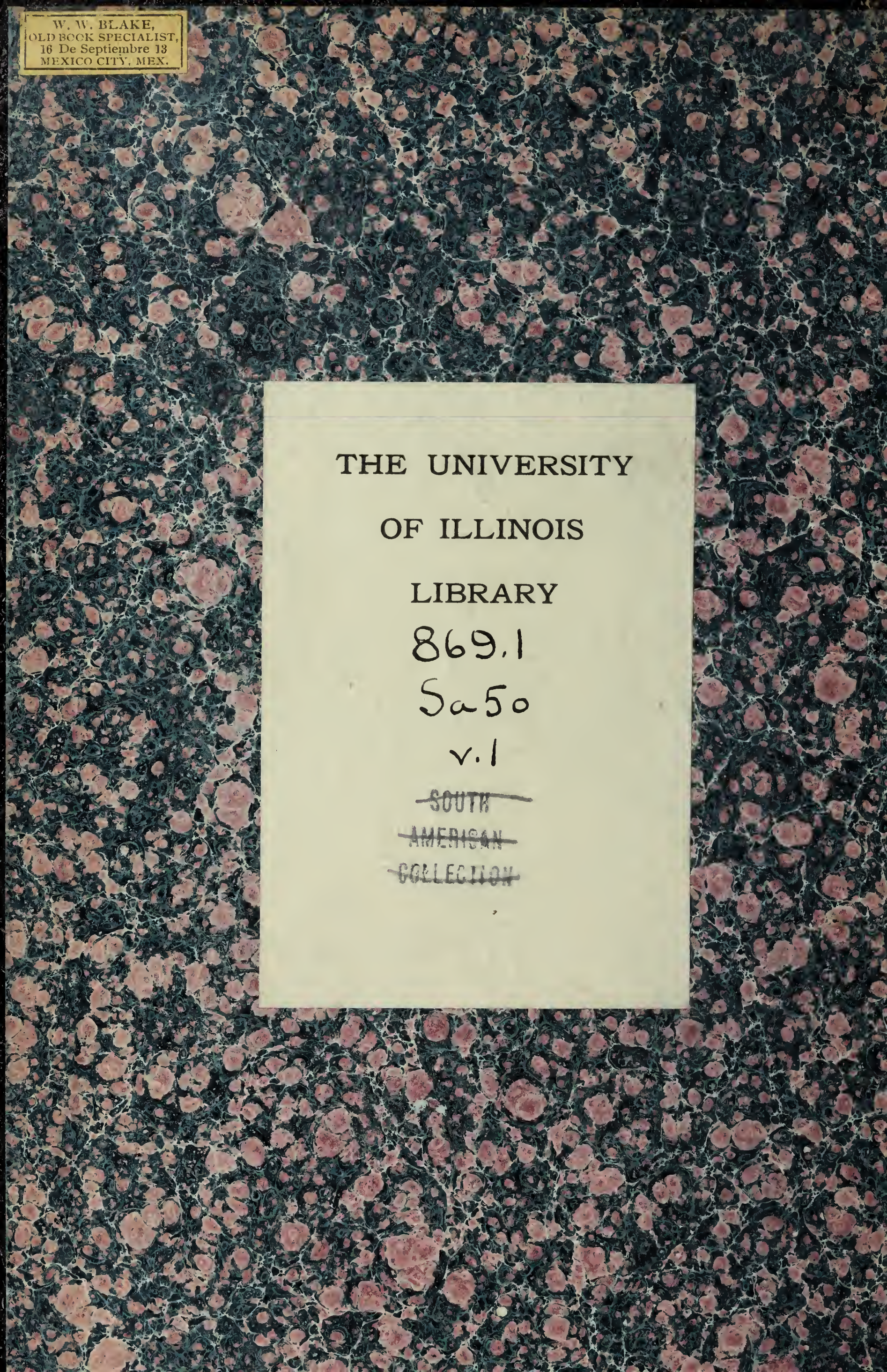
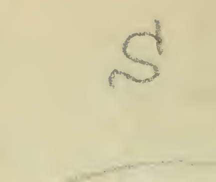



W. W. BLAKE,
OLD BOOK SPECIALIST,
16 De Septiembre 13
MEXICO CITY, MEX.
THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
869.1
Sa5o
v.1
SOUTH
AMERICAN
COLLECTION





POESIAS

DE

D. FRANCISCO MANUEL

SANCHEZ DE TAGLE.



TOMO I.



OBRAS POÉTICAS

DEL SEÑOR

Don Francisco Manuel

Sanchez de Tagle.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR SU HIJO DON AGUSTIN,

QUIEN LAS PUBLICA A NOMBRE DE
TODOS SUS HERMANOS.

TOMO I.

MEXICO.
Tipografia de R Rafael, Cadena, N. 13.
1852.

ALGUNAS PALABRAS DEL EDITOR.



EDICO esta edicion de las Obras Poéticas de mi venerado padre á la JUVENTUD ESTUDIOSA de mi patria, y á todos los que cultivan la Literatura en la hermosa y rica lengua castellana.—Las empeñosas instancias de los numerosos amigos de mi padre, entre los cuales se encuentran las personas mas notables en México por su ilustracion, persuadiéndome de que iba á hacer un servicio á las bellas letras, me obligaron á faltar á un precepto sagrado y á formar la presente coleccion de Poesías

Líricas, las únicas que pudo conservar mi familia despues del año de 1833, en el que mi mismo padre destruyó la mayor parte de sus composiciones. Contra su voluntad, espresada constantemente durante su, para mí, preciosa vida, hago la presente publicacion; pero si las personas á quienes la dedico la encuentran digna de ellos, y logro aumentar algun brillo á nuestra Literatura y mayor honra al nombre de un padre idolatrado, llevaré esta ofrenda al sepulcro que guarda sus cenizas. Ella y mis lágrimas serán mi perdon.

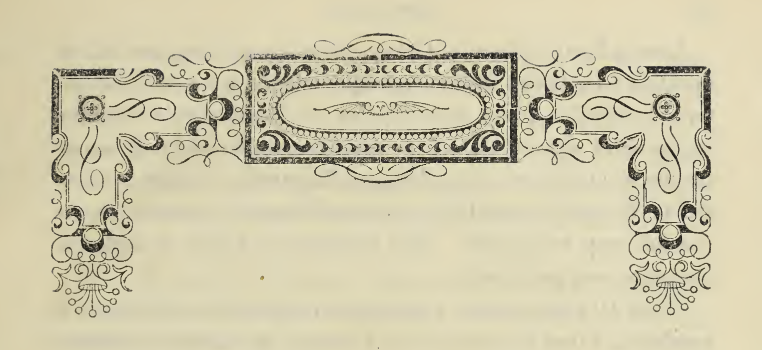
Agustin S. de Tagle.





Lito. de Salazar

Francisco Xavr. Sanchez de Tagle



Noticia Biográfica del Autor.



ACIO D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle en la ciudad de Valladolid (hoy Morelia), capital del Estado de Michoacán, el dia 11 de Enero de 1782. Fueron sus padres D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle y Doña María Gertrudis Varela, personas distinguidas por su cuna y por sus prendas. En 1787 se trasladaron á México, entre otros objetos con el de atender con mas esmero á la educacion literaria de sus hijos.

Dió nuestro autor desde muy temprano indicios de su ingenio, aprendiendo con suma facilidad las primeras letras y la Aritmética, de la cual resolvia á la edad de seis años, sin esfuerzo alguno, las operaciones mas difíciles. En 1794 entró al Colegio de S. Juan de Letrán, donde estudió, bajo la direccion del célebre Dr. Marrugat, la lengua latina, cursando despues Filosofía, Teología y Jurisprudencia, recibiendo los grados de estas facultades, y obteniendo en todos los cursos el primer lugar, con recomendacion y alabanza de sus maestros.

Apenas habia entrado al Colegio cuando manifestó una aficion decidida á las bellas letras, anotando, cuando traducia á los autores latinos, los pasos mas difíciles de Horacio y de Virgilio, cuyas obras encomendaba á la memoria, traduciendo al mismo tiempo con gracia y soltura diversos fragmentos de ellas. Al estudiar Filosofía aprendió los idiomas francés é italiano, en los que fué muy aventajado. Mas adelante se dedicó al inglés, el cual supo con perfeccion.

Tenia 19 años cuando, á propuesta en terna de su Colegio, lo nombró el Virey Catedrático de Filosofía, llamándolo á Palacio, para tener el gusto de conocerlo.

No se limitó Tagle en su cátedra á dar únicamente lecciones por los autores que se acostumbraban en el Colegio, sino que esplicó las obras de otros de mucho mérito, siéndole desde entonces conocidas las de Descartes, Newton y Leibnitz, sin despreciar por esto las de los célebres filósofos de la antigüedad. Todas las estudiaba con provecho, comparando los progresos y vicisitudes de la ciencia, en los siglos por donde ha venido corriendo hasta nosotros.

Al estudio fundamental y reflexivo de la Filosofía debió la exactitud que brillaba en sus conocimientos, la severidad de su lógica, el órden y acertadas disposiciones de sus composiciones, y sobre todo, un tino singular para desenvolver las cuestiones mas difíciles, y presentarlas con claridad. Muchas veces se le vió en los congresos analizar los discursos confusos de sus contrarios con una eficacia sorprendente, darles el método que les faltaba, y aun añadir á ellos las razones de que carecian, segun el órden ó sistema en que estaban concebidos; contestando despues punto por punto á cada una de sus pruebas y razones, con un estilo tan claro, tan convincente, tan victorioso, y al mismo tiempo tan urbano y tan fluido, que no podian menos sus adversarios que confesarse satisfechos al paso que vencidos.

Dedicóse tambien á las ciencias naturales y exactas: las Matemáticas, la Astronomía y la Física llamaban en sumo grado su atencion, entregándose á ellas con una asiduidad siempre nueva.

Dedicóse igualmente á la Historia y á la noticia de los viajes, ayudado de la Geografía antigua y moderna, y de la Cronología, en que fué muy versado. Mostró asimismo gran inclinacion á las nobles Artes, cuyas bellezas sentia con un gusto tan seguro como delicado. Por esto fué nombrado en 1805 Académico de honor de la Academia de S. Cárlos, y despues Consiliario de ella por el Rey.

En 1808 entró de Regidor perpetuo y Secretario del Ayuntamiento de México, cuyas Ordenanzas Municipales reformó, arreglando al mismo tiempo su complicado archivo. Desde aquí comenzó su vida pública, ocupando puestos de confianza y de difícil desempeño, alternando los trabajos de ellos con el estudio. En 1814 fué electo Diputado á las Córtes de España: en 1815 Vocal de la Junta de Arbitrios; y en 1820 individuo de la de Censura por las Córtes, con aprobacion del Rey.

Estos empleos lo hicieron consagrarse á las ciencias políticas y á la economía civil, nueva en aquella sazon en México.

Su genio penetrante le dió á conocer, que si bien se habian hecho últimamente algunos adelantos en estas materias, no podian por eso reconocerse como principios seguros, muchos de los que la nueva escuela proclamaba como tales. Su juicio recto, su talento analizador, y la bondad natural de su corazon, lo alejaron de toda idea anárquica y desorganizadora, é hicieron de él uno de los defensores mas sabios y mas constantes del órden y de la justicia que ha habido en nuestro suelo.

Hecha en 1821 la independencia, cuya acta redactó y suscribió como individuo de la Soberana Junta Provisional Gubernativa, ejerció gran influjo en los sucesos de aquella época, evitando exajeraciones de los partidos y promoviendo los verdaderos adelantos del país, en cuanto pudo. Alcanzó gran renombre en el primer Congreso Nacional; reunion escojida y todavía no igualada por cuantas le han succedido despues. En 1824 y 825 funcionó en el Estado de México como Vice-Gobernador en ejercicio, y estuvo designado Gobernador de Michoacán, cuya Legislatura le instó repetidamente para que aceptase este empleo. Fué Dipu-

tado al Congreso General en otras cinco Legislaturas, desde 1824 hasta 846: Senador una vez, por su Estado de Michoacán: Contador General, en 1830, de la Renta del Tabaco, á propuesta y por instancias de la Companía Empresaria de ella; y fué, por último, en su carrera pública, individuo y Secretario del Supremo Poder Conservador.

En todos estos empleos, nunca solicitados por él, mostró honradez sin tacha, observacion imparcial y rectitud constante. Jamas se le vió en las filas de la anarquía, y antes bien combatió sus pretensiones con firmeza. Ni su corazon, ni su entendimiento podian avenirse con los tortuosos caminos y tenebrosas maquinaciones de los partidos, que por desgracia han destrozado la República. Repugnó toda medida violenta ó injusta, combatió el establecimiento (tolerado y aun autorizado entonces por el Gobierno) de las sociedades secretas, y se opuso á la bárbara ley, si ley puede llamarse, de espulsion de españoles. Sus elecuentes discursos en la tribuna y los bien razonados artículos que publicó en el periódico político y literario, titulado: *Observador de la República Mexicana*, fueron la espresion ingenua y resuelta de las máximas que reglaban su conducta.

En desempeño de estas diversas comisiones escribió muchos dictámenes é informes, notables unos por la copia de doctrina que encierran, otros por la erudicion en que abundan, muchos por las importantes noticias y datos que contienen, y todos por la verdad con que están concebidos, y por el estilo claro y terso con que están espresados.

Su espíritu benéfico y patriótico lo colocó en diversas sociedades destinadas á promover el bien del país. Desde 1810 perteneció, como Diputado, á la Junta de Caridad del Hospicio de Pobres: perteneció, despues, á la Compañía Lancasteriana de educacion de niños: presidió á la Escuela Patriótica, dándola reglamentos: cumplió con igual oficio en la Junta de Beneficencia: perteneció á la Sociedad Económica de Amigos del País; y fué, por último, individuo de la Junta Administradora de la Compañía Mexicana Científica é Industrial.

En el órden literario mereció diversos y honrosos nombramientos; ya de Presidente de la Academia de Legislacion y Economía Política, ya de Censor de Piezas Dramáticas, ya de Vice-Presidente de la Academia de Historia, ya de individuo de la del Idioma, ya, en fin, de comisionado para formar el plan general de estudios, dando en todas estas comisiones pruebas de saber y de infatigable laboriosidad.

En medio de tantas atenciones parecia avivarse su amor al estudio. Su estensa lectura, unida al trato mas escojido de gentes, al conocimiento de las diversas clases de la sociedad, y á la continua versacion de casos graves y de negocios importantes, le servia para perfeccionar cada vez mas los conocimientos adquiridos, rectificar sus ideas, separar la ciencia de las meras opiniones, estimar éstas en lo que realmente valen, y poner las cosas en su verdadero punto de vista.

Era sincero religioso y firme creyente. A carecer de estudios habria sido notable por su piedad; siendo, como era, un teólogo distinguido, lo fué per ella y por su ciencia en la religion. El Dogma, la Moral, la Disciplina, la Escritura, la Historia Eclesiástica, la Controversia, los Padres y los Concilios, todo le era familiar. Los teólogos mas señalados de la capital le consultaban en los casos difíciles que se les ofrecian. El Sumo Pontífice le confió en 1831 una comision secreta, llenándolo de elogios, y le acompañó, sin haberla él pretendido, una licencia amplísima para leer toda clase de libros prohibidos.

Sus constantes ocupaciones no le permitieron entregarse todo á su pasion favorita, que era la Bella Literatura, á la cual mostró desde sus primeros años un amor ardiente. Nutrido con los principios de los inmortales autores griegos y romanos, cuyas obras manejaba de dia y de noche; empapado en las bellezas de los clásicos españoles; plenamente instruido en la hermosa lengua castellana; familiarizado con los escritores mas célebres de Italia, Francia é Inglaterra; unido todo esto al caudal de conocimientos que poseia, á su facilidad en el decir, y al númen que lo animaba, fué un verdadero poeta. Sús versos tienen, por lo comun, un

tono de solemnidad y de grandeza que les es peculiar, y el lenguaje poético es en ellos tan marcado, que aun cuando se les desate, haciéndoles perder el número y la rima, jamas podrán confundirse con la prosa. De los poetas españoles daba la preferencia al divino Herrera, con quien guardaba semejanza, así por lo osado de su genio, como por lo sublime y elevado de su locucion. Es sensible que ocupado en tantos negocios, no haya tenido la holgura necesaria para consagrarse esclusivamente al culto de las musas; siéndolo igualmente que él mismo hubiera condenado á las llamas, en el año de 1833, la mejor y mas numerosa parte de sus composiciones, que con otros papeles interesantes destruyó, á causa de la terrible persecucion que sufrió en aquella época por motivos políticos: sin que hubieran bastado á disuadirlo de tal intento las súplicas de su familia y de sus amigos. Las poesías que compuso como entretenimiento, deben ser para la juventud aplicada objeto de un serio estudio.

Fácil seria, en comprobacion de esto, hacer un largo estracto de los pasos mas notables de sus versos, en que brillan, ya la elevacion de los pensamientos, ya la verdad y gracia de las imájenes, ya la valentía y robustez de la diccion; si no se temiera alargar demasiado este artículo. Sin embargo, no es posible resistir á la tentacion de citar uno que otro, tomados indistintamente y al acaso, de las poesías aquí contenidas.

Aguila audaz, que remontando el vuelo
Por los orbes de luz sin pausa giras,
Y con ardiente celo
Les dictas leyes y obediencia inspiras.
Pesas de cada cual la masa inmensa,
La órbita encuentras, la distancia mides;
Y en la region estensa
De la luz, con el Sol, al dia presides.
Súbito el vuelo abates á la tierra,
Le hablas, y á tu mandato ella obediente,
Abre y rompe sus senos diligente,

Te muestra cuanto encierra,
Y avara oculta al resto de la gente. . . .

Tal es el elogio que hace al Baron de Humboldt por sus trabajos astronómicos y geológicos, en la República. Si describe á la Divinidad, es de esta manera:

En un trono de luz tu gloria asientas:
Allí te acata el querubin ardiente;
Y tu poder ostentas,
Y emana el Sér en vena indeficiente.
Bajo tus piés, el tiempo en raudo vuelo
Pasa, arrollando deleznales séres:
Pueblan horas el suelo,
Y pasan, y no son.—¿Y tú? . . . . Siempre eres.

Pinta las falanges francesas invadiendo á España el año de 1808 en estos sentidos versos:

¡Ay! yo las ví (temiendo grave daño)
Así inundar de España el fértil suelo,
Llevando al frente el fraude y el engaño,
Cual cubre la langosta asoladora
Fértil sembrado, en vagaroso vuelo.
Vílas, y al Cielo en la hora,
En pró de mis hermanos,
Trémulas, juntas, levanté las manos.

Con frecuencia hay en sus odas un sabor y una grandeza bíblica que sorprende.

La queja al Cielo sube
Del justo, y en la nube
De Israel se enciende el rayo altisonante
Que ya retumba, y luego
Torna en ceniza y fuego
Cuanto encuentra. . . .

La eleccion de palabras es muchas veces tal, que realzan notablemente el valor de las imájenes, ó dan nueva espresion al sentimiento, y nueva fuerza á la sentencia.

¿Pretendes encubrirte,
Vicio informe, y vestirte
El *manto real* que á la virtud *decora?*
Pues es para tu daño;
Conocerá el engaño
Y contra tí *castigos atesora.*

En las poesías eróticas se encuentran bajo este aspecto rasgos notables.

No mas medroso y triste el caminante
Queda en la oscura noche tempestuosa,
Si del hórrido seno
De la preñada nube, el Dios del trueno
Llama arroja sonante. . . .

- -

Abrióse paso el dolorido acento
Hasta el lóbrego reino del espanto.

- -

Yo volaba á hacer lazos
De union eterna mis amantes brazos,
Y al abrazar, *destruia*
La seductora imájen, que al instante
En viento se *escondia*,
Y yo otra vez á mi dolor volvia.

- -

¡Oh cómo entónce en mi amoroso pecho,
De *honesto* gozo y de placer *henchido*
Mi corazon latia,
Y en Silvia *trasformarse* pretendia!
¡Oh cómo se esforzaba
A *romper la prision* que le ocultaba!

- -

Pues ¿qué se han hecho tiempos tan dichosos,
Horas tan venturosas, dias tan puros?
Deslizáronse, huyeron,
Y en la *insondable* eternidad se *hundieron*.

Esta manera de decir, esta eleccion de palabras, hijas de una buena ideología y de un gran conocimiento del idioma que se maneja, es lo que constituye el verdadero lenguaje poético: lenguaje que en lo general descuida la escuela romántica, sustituyéndolo con la exajeracion en las ideas, y no pocas veces con la estravagancia en la espresion.

Tagle es elevado en la oda pindárica, grave y tierno en la religiosa, sublime en la heróica, gracioso y fugaz en la anacreóntica, lleno de decoro y sentimiento en la poesía erótica, preciso y elegante en las inscripciones, exacto y vigoroso en los sonetos, sentido en las elegías, y verdadero poeta en todas sus composiciones. Bastarian á asegurar su fama las odas á la entrada del ejército trigarante en México, y á la luna en tiempo de discordias civiles, si no hubiera dejado tantas otras dignas de su pluma y de su ingenio. Su libro será siempre una de las preciosas joyas de nuestro Parnaso, y uno de los títulos de gloria de la literatura mexicana.

En el año de 1836 entró á desempeñar la Direccion del Monte de Piedad, al cual prestó importantes servicios, entre ellos el de hacer adquiriese en propiedad este benéfico establecimiento el espacioso y bello edificio en que está actualmente ubicado. Pasaba allí sus últimos dias en el seno de una familia querida, respetado de la sociedad, amado de sus amigos, entregado esclusivamente á las obligaciones de su empleo, al estudio y al cumplimiento de sus deberes privados, cnando las desgracias públicas, que él habia previsto y tratado de prevenir con tiempo, vinieron á llenarlo de amargura. Desde que comenzó la invasion americana, conoció los funestos resultados de ella, y los males gravísimos que la eran consiguientes, cayendo en una patema de ánimo irresistible, y mucho mas, cuando vió realizados sus pronósticos, y ocupada la capital por el invasor. Su salud quebrantada necesitaba distracciones agradables y ejercicio. Un dia en que salió con este fin de su casa, se vió repentinamente asaltado por dos malhechores que intentaron robarlo: quiso defenderse y quedó herido: suceso que acabó de abatirlo, sucumbiendo á tanto mal

el dia 7 de Diciembre de 1847. Murió justa y cristianamente, como habia vivido; confesando que era humilde hijo de la Iglesia, y recibiendo los Sacramentos, con el mismo fervor con que los habia frecuentado en el curso de su arreglada vida. Las lágrimas de su familia y de sus numerosos amigos regaron su féretro: guardadas con aprecio sus cenizas en el sepulcro, la estimacion pública conserva siempre viva su memoria.

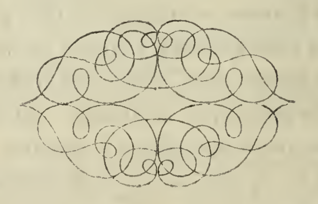
Su carácter era sumamente amable, su trato franco y comedido, irreprehensibles sus costumbres y austera su moral. Dotado de un genio dulce y festivo, era vivamente amado de su familia, y mirado con aprecio de cuantos lo conocian.

Fué apasionado esposo, escelente padre é inmejorable amigo. Ha dejado, como hombre público, testimonios inéquivocos de su patriotismo; como sabio, muestras de su ciencia; como poeta, monumentos de su gloria, y como hombre privado, memorias gratísimas de sus amables prendas y de sus virtudes.

Sus hijos, dignos admiradores de tan buen padre, le consagran un precioso monumento con la presente edicion de sus poesías; y la mano que traza estas breves líneas, tributo á su amistad, derrama algunas silvestres y marchitas flores sobre su sepulcro.

México, Mayo 16 de 1852.

José Joaquin Pesado.





ADVERTENCIA DEL AUTOR (*).



A melancolía y el amor me hicieron poeta, aquella tiranizando, y éste halagando suavísimamente un corazon demasiado sencillo y delicado. La primera, atormentándome desde mis tiernos años, me hizo buscar un lenitivo que se opusiera á su

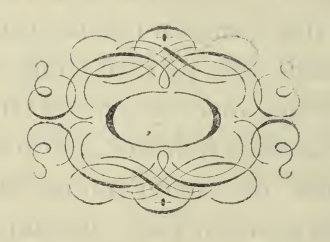
(*) Esta advertencia se encontraba en el único legajo, medio arreglado, de borradores poéticos que dejó el autor. Ella se escribió desde el año de 1805, y se refiere á las primeras composiciones, que son la mayor parte de las que contiene este primer tomo; pero se ha creido conveniente, á falta de un verdadero prólogo, ponerla al frente de esta edicion, para que se vean cuáles eran las disposiciones del autor, quien, en épocas posteriores, por verdadera modestia no quiso publicar una coleccion de sus obras, y por consiguiente nada dejó ordenado.

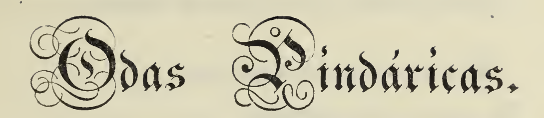
dañina influencia, y el segundo me incitaba á buscar modos de esparcir hácia afuera los sentimientos vivísimos y delicados, para los que era teatro muy pequeño mi corazon. Creí desde luego que por medio de la Poesía, de esta arte encantadora que diviniza á los humanos, conseguiria ambos fines. Comencé, pues, á hacer versos cuando ni aun sabia qué cosa era número, fluidez, &c. Guiado de la sola naturaleza fuí poco á poco descubriendo aquellos defectos, que por ser mas crasos y palpables, se dejaban percibir de luego á luego. Perfeccionados despues mis conocimientos é ideas poéticas con la lectura de los mejores modelos latinos, castellanos, franceses é italianos, y los de las otras naciones que encontraba vertidos á los referidos idiomas, compuse ya, corrijiendo aquellos antiguos defectos, y procurando imitar á esos difuntos maestros. Seria demasiado arrogante si creyera haberlo conseguido; pero seria tambien hipócrita y falaz si negara que he hecho en este ejercicio los progresos de que se hallarán poquísimos ejemplos entre mis compatriotas.

Algunos miles de versos tengo trabajados desde la edad de 16 años que empecé, hasta la de 23 en que me hallo; pero como nunca habia hecho aprecio de ellos, y teniendo otras obligaciones forzosas, y tan precisas como molestas, jamas los correjí, ni los ordené, y consentia en que se llevaran los borradores los amigos que insistian en ello.

Por este motivo se han perdido casi todos, y ni aun la octava parte existirán ya en mi poder. Para que á esto poco no le suceda lo mismo, determiné hacer una coleccion completa de cuantos borradores me quedaban. Por ser general no me he avergonzado de poner en ella piezas muy indignas de atencion, como las mas de las finales. Los grados de las composiciones aquí contenidas son los siguientes: *pésimo, malo* y *razonable.* Todas van sin la menor lima, porque ni he tenido tiempo, ni la situacion de mi espíritu ha sido propia para un trabajo semejante. *Carmina proveniunt animo deducta sereno,* dijo Ovidio; y el mio ha estado y está agitado y agobiado por la mas negra melancolía, propia solo para causar desesperados y furiosísimos estros. Mas no le hace estén tan incorrectas; ni las daré jamas á luz, ni permitiré que las lean manuscritas, sino tal cual amigo literato y generoso, que sabrá disimular y advertirme amigablemente los muchos defectos, que el calor de componer y la prisa del copiar no me habrán dejado conocer. Los guardo, pues, únicamente para cotejar en lo succesivo mis ideas, y conocer mis atrasos ó adelantos; y tambien para renovar, de cuando en cuando, sucesos dolorosos, y esparcir lágrimas sobre los espinosos y ya trillados senderos de mi vida. Pero, si por descuido mio, cayeren alguna vez en otras manos, suplico al lector tenga presente, antes de dar un juicio definitivo, que ni he

tenido maestro, ni guia; que si algo he hecho, ha sido por mí mismo; y en fin, que he vivido en un país, donde el mérito literario ni se premia ni se aprecia, antes bien, con críticas y censuras mordaces, se procura hundir en el olvido al infeliz que tuvo la desgracia de querer hacer ver que estaba instruido en algo.—*Vale.*





EL ENTUSIASMO

EN UNA NOCHE SERENA.

¿Qué ardor, qué ardor me inflama
Que hasta hora ignota llama
Circula por mis venas
Y un tardo respirar me deja apenas?
¿Qué soberana y sacra inteligencia
Altera de esta suerte mi existencia?

En fuego aliento y vivo,
Mas en fuego creativo,
Que en formas diferentes
Le presenta á mi espíritu los entes,
Le infunde elevacion sobre sí mismo,
Semen fecundo de sublime heroismo.

Él mi cuerpo ha deshecho,
De ese recinto estrecho
Del espíritu mio,
Donde yacia cautivo mi alvedrío,
Su mano bondadosa me ha librado
Y los lazos de union ha desatado.

Mi vista se mejora
Y cuán otros son hora
Los seres á mis ojos.
Vi rosas, miro abrojos;
En sangre humea y en crímenes la tierra
Y es podredumbre y males cuanto encierra.

Dejo tan triste suelo,
Sublimo el raudo vuelo,
Por otros orbes giro
Y ¡qué de cosas tan distintas miro!
Salve, region de luz y pais hermoso,
Y salve tú silencio misterioso.

Mil ardientes fanales
En masa desiguales,
Pero á cual mas hermoso,
Van caminando á paso magestuoso,
Por espacios hasta ahora no medidos
Y de mente humanal nunca entendidos.

Y siempre en movimiento
Sin parar ni un momento,
Al Sol hacen la corte
Mercurio, Venus, Júpiter, Mavorte,
Saturno con su anillo, y mil Estrellas
Y la Tierra tambien con todas ellas.

Súbditos que domina
Y entre ellos él camina
Cual hermoso gigante:
Fuente perenne de la luz radiante:
¡Cómo, cómo el mortal que el crímen ama
No tiembla al ver su magestuosa llama!

¿Y cuáles son las basas
De tan inmensas masas?
¿Quién así las mantiene?
El Eter solamente las sostiene
Y en él cada Astro el curso sigue ledo
Que le señala de su Autor el dedo.

Mas allá, mil fulgores
Vibran Astros mayores,
Y desde aquí se miran
Otros Planetas que en su torno giran:
Allí Sirio reluce, allá el Boyero;
De soles tantos ¿cuál será el primero?

¡De qué estraña manera
El pasmo se apodera
De mí todo, ni es mia
Ni rijo yo mi frájil fantasía!
¡En qué profunda y silenciosa calma
Se queda absorta y sumergida el alma!

Sacra Deidad que has hecho
Tu habitacion mi pecho
Y en él te eliges templo;
Yo absorto y mudo tu poder contemplo,
Y de respeto y de tèrror trancido,
Tu magestad venero agradecido.

Mas, Dios grande y velado
Que en tan feliz estado
Me has puesto, dí, ¿quién eres?
¿Qué pretendes de mí? ¿dime que quieres?
Tu soberano fuego puede solo
Tornarme de esta suerte, sacro Apolo.

¡Oh! salve tú mil veces
Que así me favoreces
Con tu augusta presencia:
Jamas me niegues tu calor é influencia:
Sea de mi alzado verso el ejercicio
Loar la virtud y maldecir el vicio.

EL INFORTUNIO.

A UN AMIGO AUSENTE.

El ronco son y dolorido acento,
El apenado y lúgubre gemido
De esta ánima mezquina,
Que á abandonar su cuerpo se avecina;
Compasivo y atento
Oye, Casandro, amigo el mas querido:
Que á tí la Musa mia
Consagra su postrera melodía.

De su hogar lejos, en la ardiente arena
Graba tal vez sus males el Cautivo,
O al verter triste llanto
Canta, y los templa ó los mitiga un tanto.
No así canto mi pena,
Y en mal limados versos la describo
Si. por rasgar la herida
Mas y mas, y finar tan triste vida.

Vagan ¡ay! ledas por el Eter puro
Dos tórtolas felices; su contento
En eco dulce y blando,
Van y su ardiente llama publicando,
Y el hado cruel y duro
Su desgracia decreta; un veloz viento
Súbito las divide,
Sus ayes no oye, su reunion impide.

Yo así de amor en la region felice,
Vagué otro tiempo de mi Silvia al lado,
Nuestra comun ventura
Llegóse á ver en la mayor altura.
Mas ¡ay! la contradice
De improviso un decreto respetado,
Que insensible á mi lloro,
Me manda abandonar el bien que adoro.

No mas medroso y triste el caminante
Queda en la oscura noche tempestuosa
Si del hórrido seno
De la preñada nube, el Dios del Trueno
Llama arroja sonante;
Cual me dejó la voz cruel é imperiosa
Que de Silvia me aleja,
Sin atender mi ruego ni oir mi queja.

En sempiterno lloro sumergido
Quedé, la adversa suerte maldiciendo:
Mis anublados ojos,
Que á do quier discurrieran, los despojos
Del dulce bien perdido
Solo encuentran; la dicha me iba huyendo,
Por mas que la buscaban,
Horror y miedo y sombras solo hallaban.

Abrióse paso el dolorido acento
Hasta el lóbrego reino del espanto:
Los allí sepultados,
Aunque á escuchar gemidos avezados,
De mi crudo tormento
Piedad hubieron, los movió mi llanto;
Que al fiero dolor mio
De hallarle semejante desconfio.

Mi ronca voz doliente, interrumpida
De mil y mil suspiros clamorosos,
Silvia, Silvia, decia,
Y eco en sus grutas, Silvia repetia.
O mas robustecida
Pronunciaba tu nombre entre sollozos:
Tu acorro demandaba;
Mas ¡ay! que á tí su acento no llegaba.

La imágen de mi Silvia ó bien la tuya
Imaginé tal vez tener delante;
Yo volaba á hacer lazos
De union eterna mis amantes brazos,
Y al abrazar, destruia
La seductora imágen, que al instante
En viento se escondia,
Y yo otra vez á mi dolor volvia.

De dia odiosos me son los resplandores
Que Febo al Orbe envia: fácil prefiero
A su luz alma y pura
El pavor quieto de la noche obscura,
Creyendo en sus horrores
Desahogar á mi salvo el dolor fiero;
Mas si llegar la miro,
Odio la noche y por el dia suspiro.

La tiniebla y la luz á par detesto,
La soledad y compañía abomino,
Todo ¡ay! se me presenta
Bajo un hórrido aspecto que atormenta.
En tal grado me ha puesto
El hado, que me fuerza mi destino
A odiarme; sí, quisiera
Que á saber yo de mí jamas volviera.

El Dios de adormideras coronado
Númen consolador, plácido sueño,
Su socorro me niega
Ni su grato licor mis ojos riega;
O tal vez despiadado
Sopor me infunde, para el crudo ceño
De Espectros presentarme,
Que me hagan suspirar por desvelarme.

La sonrisa en mi torno infausto vuelo
Tal vez emprende, y al mirar mi estado,
Torva luego se ausenta
Ni en mi amarillo lábio ya se asienta.
Nada hay en este suelo
Que alivio preste al pecho congojado
O un mísero recreo;
Creces doile, antes bien, con cuanto veo.

Que el horror que de asiento en él habita
Representa á mis ojos la natura
Adusta, hórrida y fea,
Muy mas que cuanto Ivierno señorea.
Mi dolor todo escita,
Todo aumenta mi mal y mi tristura,
Todo viene á acordarme
Que ya solo en gemidos debo emplearme.

¡Ay Casandro! si vieras cuál me he puesto!
Los ojos que llamaste centellantes
Del todo se eclipsaron,
Pálidos mis colores se tornaron,
Doblegué el cuello enhiesto:
Tan otro soy en fin del que fuera antes,
Que no soy ni trasunto,
Y á mí mismo por mí tal vez pregunto.

¿Te acuerdas, dí, te acuerdas, caro amigo
De los instantes dulces, venturosos,
En que de Silvia al lado
Me imaginé el mortal mas bienhadado?
Tú me viste, y testigo
Has sido de los éxtasis sabrosos
Que mi ánima absorvian,
Y en mares de placer me sumergian.

*

Cuidoso tú mis ojos observabas
Y con vista sagaz, leias en ellos
Lo que el pecho sintiera
Y mi lábio esplicar jamas pudiera.
El centellar notabas
Del fuego con que amor quiso encendellos:
¡Oh ardor sumo y activo,
Lenguage de mis ojos espresivo!

¡Oh cómo entonce en mi amoroso pecho
De honesto gozo y de placer henchido
Mi corazon latia,
Y en Silvia transformarse pretendia!
¡Cuán corto, cuán estrecho
Pareciale mi seno, y atrevido,
¡Oh cómo se esforzaba
A romper la prision que le ocultaba!

¿Te acuerdas cuando unidos reverentes
De la Deidad Chiprina al templo fuimos,
Ante ella nos postramos,
Y dos blancas palomas le inmolamos,
Víctimas inocentes,
Y su piedad y acorro le pedimos;
Plácida se sonria
Y ventura en amor me prometia?

¿Y cuando al Pindo con ligero paso
Agitados trepar soliamos luego,
Y Apolo me animaba,
Y á cantar de mi Silvia principiaba;
Y del que á Amor y al vaso
Su númen consagró, sonoro Griego,
Aprendia las lecciones,
E imitaba los suyos con mis sones?

Pues ¿qué se han hecho tiempos tan dichosos,
Horas tan venturosas, dias tan puros?
Deslizáronse, huyeron
Y en la insondable eternidad se hundieron;
De cuyos cavernosos
Senos nunca saldrán, y otros obscuros
Y tristes se han seguido,
Que en duelo interminable me han hundido.

Suerte cruel, que de un golpe me quitaste
El solo dulce bien que pretendia
Poseer sobre la tierra,
En el sepulcro de mi dicha encierra
La vida que dejaste,
Que á vivir sin la cara prenda mia
Ledo el morir prefiero,
Y al horror de la tumba bajar quiero.

Tú, dulce amigo, cuya blanda mano
Supo enjugar la sangre de mi herida,
Piadoso oye mi queja
Muévate mi dolor, y presto deja
El monte, el prado, el llano;
Nada obstáculos ponga á tu venida,
Y en alas de los vientos
Ven á coger mis últimos alientos.

EN LA CONSAGRACION

DEL ILLMO. SR.

DON MANUEL CAMPILLO,

DIGNISIMO OBISPO DE LA PUEBLA.

Por entre el Ponto helado
Comienza el Dios crinado
A levantar la frente magestuosa,
Dando principio al dia,
Y de la noche fria
A los Astros sepulta en niebla umbrosa.

Así ¡oh ilustre indiano!
El brillo soberano
De tu virtud ofusca otros fulgores,
Y solo señoreas
La tierra que recreas
Con tu presencia y almos resplandores.

Pueblos corred veloces,
Sus, volad; vuestras voces
Ábranse paso por el Eter puro,
Suenen de vuestros coros
Los acentos sonoros
Del cóncavo del sol á Averno obscuro.

Es ¡oh Israel! tu caudillo
El virtuoso Campillo:
Ungió al valiente Atleta el oleo santo.
Y á tu frente sin miedo
Ya parte con denuédo
Y á las huestes del Orco pone espanto.

Tétrico monstruo fiero,
Erguido y altanero,
Que aunque en hediondo cieno sumergido
A Jove poderoso
Te igualas orgulloso,
Y el homenage quieres á él debido.

Envidia macilenta,
Cuyo pecho sustenta
El gusano roedor, que amargas hieles
Vierte allí en vena tanta,
Y para tu garganta
Del bien ageno forma los cordeles.

Tú, calumnia maldita,
Cuya boca vomita
El pestilente destructor veneno
Que á la humilde inocencia,
Con maligna insolencia,
Roba del rostro el resplandor sereno.

¿Dó huis despavoridos,
¡Oh vicios denegridos?
¿Quién os ahuyenta, quién os mueve guerra?
¿A ese ligero paso
Ymaginais acaso
Encontraros guarida só la tierra?

Si vuestro engaño piensa
Entre la sombra densa
De la pálida noche hallar abrigo,
Huid, huid, que está encendida
Antorcha esclarecida
Mas brillante que el sol vuestro enemigo.

La queja al cielo sube
Del justo, y en la nube
De Israel se enciende el rayo altisonante
Que ya retumba, y luego
Torna en ceniza y fuego
Cuanto encuentra á vosotros semejante.

Os sigue por do quiera,
Y vuestra saña fiera
En vano muerde el poderoso freno
Con que su invicta mano
Templa el ardor insano
De vuestro pecho altivo de ira lleno.

En vuestra horrible boca
Que á ira al cielo provoca
Llamas vertiendo y humos pestilentes,
Con pecho heróico y fuerte
Y con felice suerte,
Metiendo el brazo romperá los dientes.

Huid-os, ea pues, del suelo
Con mas ligero vuelo
Que la arista de cierzos impelida;
O cual del arco parte
Por el robusto Marte
Hendiendo el aire flecha despedida.

Y la virtud ¿qué espera?
Levante placentera
La faz en tierno llanto humedecida:
Suspenda ya su duelo;
Holle segura el suelo
Do se miró proscrita y abatida.

No el huérfano y pupilo
Mendigarán asilo;
Ni en vano buscará la viuda amparo,
Ni el mísero indigente
Mirará tristemente
Desechados sus ruegos del avaro.

No el favor ni el empeño
Harán al vicio dueño
Del tesoro del pobre, y que se asiente
De magestad en trono,
Pues que él será patrono
Del saber y virtud únicamente.

Oirá de sus ovejas
Compasivo las quejas;
Remedio pronto les dará en sus daños;
A pastos abundosos,
Seguros y sabrosos
Él las guiará, librándolas de engaños.

*

Si acaso lobo astuto
De su aprisco tributo
Quisiere alguna vez, cual leon rugiente
Entre sus fuertes brazos
Sabrá hacerlo pedazos
Con celo dulce, pero activo, ardiente.

La paz y la opulencia
Irán á competencia
Haciendo á los mortales bienhadados.
Ya el orbe se recrea
De Thémis y de Astrea
Viendo otra vez los siglos fortunados.

Alma virtud, ¿recelas
Y cuidosa te velas
De la humildad con el tupido manto?
A cualesquiera parte
Que huyas, irá á buscarte,
Y el premio te dará su celo santo.

¿Pretendes encubrirte,
Vicio infame, y vestirte
El manto real que á la virtud decora?
Pues es para tu daño;
Conocerá el engaño
Y contra tí castigos atesora.

Aunque en mí Apolo habita
Y aunque mi pecho agita
Su sacro ardor, no canto fantasías:
Teneis, teneis mortales
Mil pruebas y señales
De no ser falsas las promesas mias.

¡Ah honor indeficiente
De Americana gente!
Vive para su bien siglos eternos;
Y la Parca homicida
Antes que de su vida
Lime los hijos de tus hijos tiernos.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR

DON FRAY RAMON CASAUS,

POR HABER QUEMADO PARTE DE SUS POESIAS
E INTENTAR QUEMAR LAS RESTANTES.

¡Ay de mí! voraz fuego
De la cumbre del Pindo se apodera,
Y con ímpetu ciego
En cenizas la torna toda entera.
Arde el sagrado asiento
De Apolo, y humo negro llena el viento.

De las hermanas nueve
El coro yace sumergido en duelo;
Se anega en llanto, y mueve
A compasion la tierra y almo Cielo;
Y en la tiniebla obscura
Oculta el númen Delio su faz pura.

Decid, ¿qué mano impía,
Sagradas hijas de la fiel memoria,
Turbó la melodía
De vuestros himnos, y os robó la gloria?
¿Maldad tal en quién cupo?
¿Y quién la tea fatal empuñar supo?

Délfico Dios, ¿dormías?
¿Faltábante las flechas venenosas?
¿De Dafne en pos corrias,
Diciéndole tus cuitas amorosas?
¿Cómo, dí, permitiste
Incendio tal, ni el Pindo defendiste?

¡Ay! ¡ay! el mas querido
De tus sacros alumnos lo ha abrasado:
La guerra te ha movido,
La llama á tus tesoros aplicado,
Sin oir tu humilde ruego:
¡Maldita llama, detestable fuego?

Casaus, Casaus, ¿qué has hecho?
¿Qué infernal furia dirigió tu mano?
¿Quién agitó tu pecho?
¿Quién te infundió designio tan insano?
Furia cruel, no vomites
Llamas contra el lenguage de los Dites.

¿Dar al fuego tus versos,
Que néctares hibleos, muy mas suaves,
Aun mas que cristal tersos,
Mas sonoros que el trino de las aves,
Las que de tí aprendian
Los cantos con que á Febo recibian?

¿Los versos que escucharon
Del Olimpo los sacros moradores
Absortos, y olvidaron
La ambrosía deliciosa y los amores,
Y aun el canto sonoro
Que Apolo principiaba en lira de oro?

¿Versos que adormecieran
Al Cervero, y al reyno de la vida
Segunda vez volvieran
Del Cantor Tracio á la beldad querida:
Que si en Tébas sonaran
Segunda vez á Tébas fabricaran?

¿Versos cuya dulzura
Del Ibero las glorias formó un dia,
Que la raza futura
Llena de admiracion repetiria,
En mármoles grabara
Y en láminas de bronce conservara?

¿Versos ¡ay! semejantes
Triste pábulo son de llama ardiente
De fulgores vibrantes,
Y en cenizas se tornan finalmente?
Cuando el fuego aplicaste
Casaus, vate divino, ¿en qué pensaste?

¡Ah, llama! deja, deja
De proseguir la empresa que acometes;
Oye el ruego y la queja
Del humano linage: que respetes
Mi voz conseguir pueda
De ese tesoro sacro lo que aun queda.

A DON S** DE LA T**

EN EL ESTRENO DE LA

CAPILLA DE SAN ANTONIO,

Parroquia de S. Jose,

QUE COSTEÓ EN GRAN PARTE.

Baje de Sion el fuego al labio mio
Balbuciente y turbado,
Y ensalzaré, gran Dios, tu poderío
De Etiopia al Scita helado.

Males asoladores de la tierra,
Hambre, improvisa muerte,
Devastador incendio, pestes, guerra
Huid, mudó nuestra suerte.

Que el Dios á cuya vista las colunas
Tiemblan del firmamento,
Enfrena el mar las iras importunas,
Su furia olvida el viento;

El Dios en quien alienta, en quien respira
Y de quien ser recibe
Cuanto en el aire vuela, ó el mar gira
O só la tierra vive;

El Gran Dios cuyo soplo ha revestido
De luz esos fanales
Que arden sin consumirse, y que han seguido
Con pasos siempre iguales;

El Dios terrible en cuya diestra mano
El universo yace,
Dios del Lapon, del Indio y Africano,
Paz con los hombres hace.

Jeová, el Santo Jeová templo se elige
Entre la mortal gente,
Donde del hombre el homenage exige
Y el culto reverente.

De la celeste tropa acompañado.
De la luciente aurora
Precedido, del céfiro sentado
Só el ala voladora,

Desciende hoy á habitar la humilde tierra.
Los montes se derriten,
Se iguala con el llano la alta sierra
Y en muda voz repiten:

Doblad, mortales, la cerviz erguida
Y el cuello humildemente;
Prosternaos, y á la tierra quede unida
Vuestra devota frente.

Alabad al Señor autor del dia,
Con cánticos sonoros
Acompañad la dulce melodía
De los celestes coros.

Volad á este lugar donde ha estatuido
Su perpetua morada;
Presentadle con pecho compungido
Vuestra alma atribulada.

Ardan sacros aromas, arda incienso
Que llene de fragancia
El ámbito anchuroso, el hueco estenso
De su sagrada estancia.

Aquí es do encontrareis, tristes mortales,
El oido siempre abierto
Del Dios santo de Israel, que á vuestros males
Dará remedio cierto.

Mas ¿qué nombre es aquel que de la vida
En el libro terrible
Escribir mira mi alma embebecida
A una mano invisible?

De Angeles, al mirarlo, el dulce canto
Puebla los vagos vientos.
Escuchad, hombres, lo que el coro santo
Dice en suaves concentos.

"Bendito seas mil veces, Dios Eterno,
Seas mil veces bendito,
Ya porque justiciero en el Averno
Castigas al precito.

Ya porque liberal tu mano endona
Y ciñe al hombre justo
La inmarcesible, la inmortal corona
Del sempiterno gusto.

Bendito otras mil veces, porque oiste
Las súplicas fervientes
De tus ministros almos, y escribiste
Con letras permanentes

El nombre del varon que tanto amamos
En ese libro augusto.
Bendito seas, Señor á quien cantamos,
Dios por esencia justo.

Escucha ya las mudas oraciones
De esas criaturas tuyas,
Esos mármoles, piedras y artezones
Que este hombre á aspensas suyas

Ha hecho labrar, y de ellas te ha erigido
El Templo á que has bajado:
Oye el ruego tambien que ha dirigido
Tu pueblo prosternado.

Todos, Jeová, te piden que esa diestra
Que del caos tenebroso
Estrajo al orbe de poder en muestra,
La estiendas bondadoso

Sobre este hombre benéfico, y lo llenes
De dichas y venturas.
Cólmalo, y á su estirpe de tus bienes:
Da gusto á tus criaturas."

Los Angeles digeron, y el ambiente
Con aromas poblaron,
Y oyó su ruego el Dios Omnipotente,
Que de nuevo alabaron.

Y el pueblo vuelto hácia Simon, exclama:
Justo, benéfico hombre,
Tú, de los Albornoces noble rama,
No morirá tu nombre.

Malgrado de la Parca macilenta
Se oirá de gente en gente
Por cuanto en ancho cerco el Sol ostenta
Su luz indeficiente.

Tu vida, empero, larga y espaciosa
Sea para bien del suelo,
Y años sin cuento tu alma bondadosa
Forme nuestro consuelo.

AL BARON DE HUMBOLDT.

EN SU PARTIDA DE LA
NUEVA-ESPAÑA.

Salve, Baron ilustre, á quien natura
Sus secretos mas abditos confia,
A quien descubre cuanto en sombra fria
Envuelve noche obscura,
O baña con su luz el almo dia.

Aguila audaz, que remontando el vuelo
Por los orbes de luz sin pausa giras,
Cuanto encierran y son cuidoso miras,
Y con ardiente celo
Les dictas leyes y obediencia inspiras.

Pesas de cada cual la masa inmensa,
La órbita encuentras, la distancia mides;
Vas al sol refulgente, allí resides,
Y en la region estensa
De la luz, con el sol, al dia presides.

Súbito el vuelo abates á la tierra,
Le hablas, y á tu mandato ella obediente,
Abre y rompe sus senos diligente,
Te muestra cuanto encierra
Y avara oculta al resto de la gente.

Al centro mismo del obscuro Averno
Miro bajar tu ingenio infatigable,
Y al llegar tú, con prisa inesplicable
Huir noto aquel eterno
Luto, y aquel pavor inalterable.

Cuanto allí el sol no vió, sabio tú inquieres:
La formacion pausada y silenciosa
De los metales notas; la grandiosa
Multitud de otros seres
Observa tu atencion siempre cuidosa.

Subes despues al reino de la vida;
Veloces en tus manos sus entrañas
Ponen brutos y plantas, las apañas,
Les das grata acogida,
Y notas sus virtudes mas estrañas.

Neptuno te abre de su Ponto el seno
Donde vés de las aguas la corriente,
Por el calor la hondura te es patente;
Y de noble ardor lleno
A do no llega el pez llega tu mente.

Pero ¡Humboldt, Humboldt! ¿tu vigor qué anhela?
¿Del Chimborac tocar la inmensa altura?
¿Qué allí (no has advertido por ventura,)
El pájaro no vuela,
No alienta bruto, yerba no madura?

Mas impávido ya, con firme planta
Subes hollando sempiterna nieve,
Depones lo mortal, tu sangre llueve,
Y sale en vena tanta
Que arroyos forma y á los hielos mueve.

Cual en sus propias alas sostenida
Suele de Jove el ave soberana,
Cuando ya la perdió la vista humana
Poner pausa en la huida,
Y cuanto el globo cria mirar ufana;

Tú así del Chimborac en la alta cumbre
Registras cuanto existe y te rodea,
Y por do quier tu vista señorea:
De tu espírtu á la lumbre
Nada se encuentra allí que obscuro sea.

Nueva-España feraz, ¡oh patria amada!
Tú tambien á sus ojos te mostraste,
Cuanto tienes de grande le enseñaste,
De tus tesoros nada
A sus sabias pesquisas ocultaste.

¡Alma grande! ¿qué ignoras, dí, qué ignoras?
Pues cuanto en la creacion está encerrado,
Cuanto saber al hombre fuera dado
Lo reunes y atesoras,
Y alcanzas lo que nadie ha penetrado.

Los estorbos que acaso han pretendido
Tus pasos contener, tú, cual torrente
Que de una altura baja indeficiente,
Los has, los has vencido
Y llegado á tu fin gloriosamente.

Ya marchas á la Europa venturosa,
No sin dolor acerbo y llanto mio;
Previénense las Deas del Ponto frio
En tropa numerosa
A llevar en sus hombros tu navío.

Ya te anuncia la fama vocinglera,
Y ya en Paris con vivas te pregonan,
Ya oigo los himnos que en tu loor se entonan
Del Sena en la ribera;
Ya veo el laurel con que tu sien coronan.

En mis oidos resuenan las palabras
Que en duro bronce ya el buril profiere;
Asegurarte en ellas, Humboldt, quiere
Que el nombre que te labras
El tiempo destructor borrar no espere.

De las generaciones venideras
Corre cada una al ser desde la nada,
Y admira de respeto penetrada
Las siempre duraderas
Glorias del sabio de la Prusia helada.

Parte á gozar el premio, Humboldt querido,
Produccion la mas noble de natura;
No tocará tu ciencia sin mensura
Jamas el negro olvido:
Nombre tendrás eterno y fama pura.

No hay riesgos que temer en tu camino,
Ni Scilas, ni Caribdis, ni violentos
Choques de enfurecidos elementos,
Pues cual á ser divino
Te respetan los mares y los vientos.

Vé, y cuando escuches el sonoro acento
De los cisnes del Sena; ten presente
Que si la lira de tu amigo ausente
Llegar no pudo á tanto,
Fué á lo menos su afecto mas ardiente.

A LA LUNA.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD, CUANDO AUN ESTABA NUBLADA PARTE DE LA ATMÓSFERA.

¿Qué es de la hórrida noche?
¿Dó está su negro manto?
¿Dó el tempestuoso ruido
En que se hallaba el globo sumergido?

¿Dó el relámpago luce?
¿Dó el rayo altisonante
Rompe dos elementos?
¿Quién amainó la furia de los vientos?

¿Quién hace que tranquilos
Estén los altos robles,
Y no forzadamente
Al suelo inclinen la soberbia frente?

¿Y que Favonio suave
Los sople blando y ledo,
Y en sus ramas se meza
Y de una en otra salte con presteza?

¿Quién la lluvia detuvo?
¿Quién á la parda nube
Las bocas ha cerrado,
Y á muy remotos climas la ha mandado?

Mas ya radiante Diana,
Triforme y casta Luna,
Comienzas magestuosa
A mostrar tu faz pura y luminosa.

Ya se escucha el sonido
Del eje de tu carro,
Do plácida te sientas
Y tu beldad augusta nos presentas.

Ya por el ancho mundo
Tu luz alma domina,
Y al verte reverentes
Te acatan mil fanales refulgentes.

Y tú, cual soberana,
Les mandas que vibrando
Esparzan por el mundo
Grato silencio y el sopór profundo.

El mortal angustiado
Humilde te saluda,
Tu magestad admira
Y el placer goza que tu faz le inspira.

Ampos de blanca nieve
Parecen á la vista,
Cuando mas alta subes,
Las hasta entonces denegridas nubes.

Tal vez Favonio suave
Hácia tí alguna impele,
Que en su ámbito te encierra
Y priva de tu luz la opaca tierra.

Creyéndote perdida
Te llora el triste suelo,
Mas dentro de un instante
Vuelves á aparecer aun mas brillante.

Y sigues tu camino
La sombra persiguiendo
Que huye despavorida,
Y busca entre las nubes acogida.

Un rato allí se oculta,
Pero tú no parando
Tu sólita carrera
La llegas á encontrar do se escondiera.

Y si á otra nube pasa
De allí tambien la arrojas,
Y tu carro no ceja
Hasta que libre de ella el globo deja.

¡Ah si como ha finado
De tempestad y sombras
El crudo señorío,
De los hombres finara el desvarío!

¡Ellos, ciegos, se arruinan
Los unos á los otros,
Y mas cruda tormenta
El corazon humano esperimenta.

Ni sabe lo que quiere
Ni sabe lo que siente,
Y en guerra está consigo,
Del pecado justísimo castigo.

Tu curso magestuoso
Prosigue, Luna, mientras
Que su llorar no deja
El mortal triste que te envia su queja.

¡Ah si como has dejado
Libre y alegre el globo,
A mi pecho aliviaras
Y en virtuoso contento lo anegaras!

¡Qué reverentes himnos
Compusiera en loor tuyo,
Y cómo en tus altares
Te inmolara de víctimas millares!

A LA ESCELENTISIMA SEÑORA

Dª MARÍA INÉS DE JÁUREGUI,

Dignísima Vireina de esta Nueva-España,

EN SU LLEGADA A ELLA.

Piélago tormentoso,
Escucha atento mi eternal mandato
Y cúmplelo humildoso:
Yo de tu espuma quiero
Salga á luz la beldad que sea el ornato
Del venturoso Ibero
Y dicha del Indiano,
A cuya playa llevarásla ufano.

*

Ea, sus, Jove dijera:
Y el proceloso Ponto ondisonante
Infla su ola ligera,
Llena su faz de espuma,
Da mugidos soberbio y arrogante,
La grande obra consuma;
Y vé la playa indiana
La prole santa de la espuma cana.

Salud, hermosa Dea,
Reina de Chipre, Paphos y Amatunta,
Que tu beldad recrea:
Salud: ya vas saliendo
De fulgores circuida, y en la punta
De tu nariz haciendo
Mansion la noche obscura,
Queriendo tener parte en tu hermosura.

De las gracias el cinto
Rodea tu talle bello y magestuoso
Del celeste indistinto.
Mil ondas en tu pelo
Causa el zéfiro blando y vagaroso:
Te envidia el alto cielo,
Y aun Júpiter admira
La sin igual belleza que en tí mira.

Ya los genios alados
Pueblan de aromas el sereno ambiente;
Flores vierte en los prados
La dulce primavera,
Y en hombros de Cupidos ledamente
Sales á la ribera,
Do con presura santa
Besa el indiano suelo tu alma planta.

De las ninfas la tropa
No mas contento al lanzador del rayo
Con el peso de Europa
Vió que el Ponto sulcaba
Y á la ribera opuesta sin desmayo
Con su ídolo llegaba;
Que á soportarte el bello
Americano piso ofrece el cuello.

Con paso sobrehumano
Ven del amor en hombros conducida
Al suelo Mexicano,
Do un pueblo de amadores
Ansía, divina Inés, por tu venida,
Cantándote mil loores.
Sus, Diosa, aguija, vuela
Y á tanto adorador tuyo consuela.

Batiendo magestuosa
Las alas en que un tanto se sostiene,
Se desprende gozosa,
Anuncia tu venida
La ave soberbia que en el pico tiene
La atroz culebra asida,
Y del nopal descuella
Siguiendo ufana tu divina huella.

Bajo el innumerable
Pueblo que por mirarte se congrega,
Con prisa inesplicable
El suelo desparece
Y aun cada instante nueva gente llega
Con que el número crece,
Y el júbilo estremado
Se vé en cada semblante retratado.

No sientas de Citera
Las víctimas, incienso y libaciones
Que en tu honor ofreciera
Un pueblo á tí rendido;
Pues en los Mexicanos corazones
Reina y Diosa de Gnido
Tendrán tus sacros dotes
Ofrendas. aras, templos, sacerdotes.

Y tú el manto esplendente
De algodon fino, ¡oh ninfa! toma airosa,
Y la morena frente
Y ojos negros levanta
De la tierra: que no tan respetosa
Ni con humildad tanta
Te quiere Citerea,
Pues tu amor solo y gratitud desea.

No el ceño desdeñoso
Verás, ¡oh ninfa bella! retratado
En el rostro gracioso
De tu dominadora:
Ya ante su vista sacudir te es dado
La cadena que dora
Forzado cumplimiento:
Quiere la ingenuidad no el fingimiento.

Ya sus dormidos ojos
Mejorar te prometen de tu suerte
Los ásperos enojos;
Ya sobre la angustiada
Gente á ponerlos llega: en ella vierte
Con sola su mirada
Y su presencia amable
El bálsamo á sus penas saludable.

Goza siglos eternos,
América feliz, su vista augusta;
Tus homenages tiernos
Ríndele de contino,
De su bondad en recompensa justa.
Su semblante divino
Te esté siempre recreando,
Y tus rasgados ojos regalando.

Mas ¡dulce patria mia!
¿Es, es posible que serás privada
De tu Inés algun dia?
¡Oh tiempo! espera, espera,
Cesa, deten tu siempre acelerada,
Tu tan veloz carrera,
Y haz tú, sacro Tonante,
Que nunca llegue tan aciago instante.

ELOGIO DE LAS POESIAS

DE DON

JUAN MELENDEZ VALDES.

¿Qué suelo es este que mi planta oprime?
¿Qué jardines amenos
Estoy mirando de fragancia llenos?
¿Quién pavor religioso aquí me imprime?
¿Cuál es aquella fuente
Que murmura tan dulce y suavemente?

El céfiro halagüeño allí retoza
Y rie la primavera.
¡Salve, mil veces, ¡oh feraz pradera!
Do el poeta dichas inocentes goza;
Y salve, Pindo santo,
Do se escucha de Apolo el dulce canto!

Ya en la cumbre aparece con su lira,
Y las musas apañan
Tambien sus laudes de oro y lo acompañan;
Y de los poetas mas allá se mira
El coro venerando,
Que al hijo de Latona está acatando.

Un jóven aparece: trae ceñida
La frente con la rama
Que respeta de Júpiter la llama;
Una cítara de oro tiene asida;
Viene de gloria pleno,
De Venus precedido y de Sileno.

Las Gracias lo acompañan, y Cupido,
Con celestial sonrisa,
Por besarle la boca se da prisa:
De celos Témis muestra el pecho herido;
Primavera sin tasa
Va derramando flores por do pasa.

Un enjambre de abejas susurrantes
Gira con blando vuelo
En torno de su labio, y es su anhelo
Poner allí la miel que en las fragantes,
Frescas rosas chupara
Cuando por el jardin raudo volara.

Píndaro escelso y el sublime Homero,
Suave Anacreon y Horacio,
Pope, Young y Virgilio, honor del Lacio,
Rousseau, Bacon, Malherve y el severo
Boileau, Racine, el Tasso,
Leon, Herrera, Argensola y Garcilaso,

Reverentes lo besan y lo guian
Con cariñoso celo,
A do reside el árbitro de Delo,
Y las hermanas nueve, que aun tañian.
Él llega y caya todo,
Y el Dios crinado dice de este modo:

''Salve, Melendez, poeta soberano,
Delicia de esta cumbre,
De sus coros honor y pura lumbre;
A do nunca llegó jamas humano
Diose á tí que llegaras,
Y con divina luz tu verso ornaras.

*

Si por ventura á primavera cantas
En el diciembre helado,
Brota la flor y reverdece el prado,
Huye la nieve y al invierno espantas;
Salta alegre el cordero,
Y la hoguera abandona el ganadero.

Si es asunto la horrísona tormenta
De tu canto divino,
Cree próxima su ruina el peregrino,
Vé la lluvia, oye el rayo, se amedrenta,
Y voz y ojos levanta,
Pidiendo acorro en desventura tanta.

Si describes la noche, y las estrellas
Sucesoras del dia,
Su hora llegada cree la sombra fria
Y sale á dominar con todas ellas,
Cuando la llama aun arde,
Y no ha espirado el plazo de la tarde.

Si pintas de tu Filis la inocente,
La blanca palomita,
Mas de un celoso corazon palpita
Y desea, al oirte, con afecto ardiente,
Que su ser se mudara
Y en donosa paloma se tornara

Si de los dioses sacros cantas loores,
Por oir tu melodía
Abandonan el néctar y ambrosía;
Olvida Jove el rayo, y los amores
De su altiva consorte;
Y aun la ira templas del feroz Mavorte.

Con tu voz dulce su furor enfrenas
A los soberbios vientos,
Paran sus luchas escuchando atentos;
A hombres, peces y brutos enagenas,
Y á toda la natura
Deleita de tu canto la dulzura.

De suavísima miel un rio crecido
E indeficiente mana,
Melendez, de tu boca sobrehumana.
Y en el trípode sacro sostenido,
Dejando el bajo suelo,
Rápido vagas por el almo cielo.

¡Ah, honor del Pindo, gloria de Hipocréne!
Mal grado de la envidia,
De la negra ambicion y atroz perfidia,
En la posteridad que aun lejos viene,
Con loores singulares
Sonarán tus dulcísimos cantares.

Toma, toma en la mano el instrumento
Sonoro, empieza luego,
Mitigará su son el vivo fuego
Que mal mi grado acá en el alma siento
Por la ninfa perdida
Que en laurel verde lloro convertida.»

Dijo así el padre de la lumbre pura,
Y el jóven obediente
La cítara tomara diligente.
Deidades soberanas que la altura
Hollais con sacra planta;
Hombres, silencio, que Melendez canta

¿Cesará alguna vez? ¡Ay de mí, triste!
Del Orco tenebroso
No te libra tu acento sonoroso,
Sacro Vate, y en él al fin te hundiste;
Así al sereno dia
Lo envuelve en sombras la tiniebla fria.

A LA MELANCOLIA.

¡Oh mísera existencia,
Fardo que arrastro á perezoso paso,
De pena henchido, de ventura escaso,
Desde la misma cuna!
¡Que siempre la presencia,
Tenazmente importuna,
De cruel melancolía
Me haga horrible la noche, horrible el dia!

Do quier, do quier te siento,
Númen atroz, del Orco hija querida,
Tósigo eterno de la humana vida,
Que árido tornas, triste
Y fuente de tormento
Cuanto en el orbe existe;
¡Oh, cómo por no verte
Me arrojara en los brazos de la muerte!

Ya macilenta y grave
Te veo correr de Ocaso hasta la aurora
De ébano en tu carroza crugidora
Que tira el solitario
Buho, pavor de toda ave,
Aunando el nada vário
Mal agorero canto
Al rechinar del eje y á tu llanto.

No levantas del suelo
Tus siempre opacos, tus hundidos ojos:
En tu rostro no hay mas que los despojos
Del tiempo y de la muerte;
Palidez, triste hielo,
Caimiento y pavor fuerte.
Tú toda pones grima;
Te huye el calor que á los demas anima.

De cicuta y beleño
Va tu amarilla frente coronada,
La negra veste llevas recamada
De miserias y males,
Y es tu mayor empeño
Verter en los mortales
Pechos, á manos llenas,
La desesperacion, desdicha y penas.

La noche, en amor tierno,
Sus horrores prestó para tu adorno
Y sus espectros giran en tu torno.
Con ellos forman grupo
Las furias del Averno:
Y cuanto allí no cupo,
Y cuanto hay enemigo
Del humano linage va contigo.

De invierno los rigores
Llevas delante y sus pesadas horas,
Y de Aquilon las iras silbadoras:
A tu sola presencia
Marchítanse las flores,
Su aromática esencia
Infectas con tu aliento.
Y el cuello hermoso doblan al momento.

De su verdor despojas
Y de toda su pompa y hermosuras
Los prados y las fértiles llanuras.
Del árbol mas frondoso
Caen áridas las hojas,
Y con ruido medroso
Las lleva por do quiera
De cierzo y vendabal la saña fiera.

El céfiro halagüeño,
La amable y deliciosa primavera
Huyen de tí, con ala mas ligera
Que la del viento mismo,
No bien, con triste ceño
Comienzas del abismo
A sacar tu horrorosa
Faz, á todos los seres ominosa.

Las risas y los juegos
Del pastor y zagalas inocentes
Ceden luego el lugar á los dolientes
Suspiros y gemidos.
Sus amorosos fuegos
Huyen despavoridos
De sus cándidos pechos,
Si á habitar llegas sus pajizos techos.

Se empaña el brillo puro
Del padre de la luz con los malinos
Vapores que tu exhalas: sus divinos
Cabellos ata. Cruge
Del monte el roble duro
Que miras: el leon ruge,
Busca donde meterse
Y de tu vista tétrica esconderse.

Devorador veneno
Sale en rio caudaloso por tu boca:
¡Infeliz del mortal á quien le toca
Beber de su corriente!
Que de improviso lleno
Del cáncer pestilente,
Sentirá que circulas
Fuego voraz por todas sus medúlas.

Y dirá «adios» eterno
A su cárdeno labio la sonrisa,
Ni mas su rostro en halagüeña guisa
Verá la amistad pura,
Que en vano, celo tierno
Por aliviarle apura
Pues no admite remedio
Ni lenitivo su insufrible tedio.

*

Aun la muerte le alejas,
La muerte, porque el mísero suspira.
Y en que el descanso de sus males mira:
Fervoroso él la invoca;
Tú cierras sus orejas,
Tornas su pecho roca;
Y de tí indignos juzgarias los daños
Que no mirases prolongar por años.

Así arruinando giras,
La cabeza en las manos apoyada,
Lánguida, sin color y desmayada,
Y no hay mortal ninguno
Que no pruebe tus iras.
¡Ah! todos de consuno
Gimen bajo tu impío,
Desolador y vasto poderío.

Vete, tirana diosa,
De los lindes del mundo, ó por lo menos
No tu furor estiendas á los buenos.
Tú eres la hija primera
De la culpa horrorosa;
Peste nefanda y fiera.
Solo en los malhechores
Ejercitar debieras tus furores.

AFECTOS

DEL MISÁNTROPO.

Oid, silbadoras sierpes,
Cuya audacia provoca al mismo cielo;
Oid, monstruos despiadados,
Unos para el mal de otros engendrados.

¿Por qué, decidme, inícuos,
Me moveis todos cruel, áspera guerra?
¿Un verdadero amigo
Entre vosotros todos no consigo?

Varios ¡ay! me prometen
Amor eterno y amistad manente,
Mas de esta suerte hablarme
Ha solo por objeto el engañarme.

Yo fiado en sus promesas
Mi interior y mi pecho les descubro
Mas ¡ay mí! su vileza
En mi daño convierte mi franqueza.

Aquellas dulces prendas
Que les he descubierto serme caras
En el instante mismo
Son tristes presas de su vil egoismo.

Y si para dañarme
Rompieran antes la amistad conmigo
Maldad bien grave fuera
Y que eternos castigos mereciera;

Pero que su malicia
Su traicion cubra de la amistad santa
Con el sagrado velo,
¡Ah! bajen rayos desde el alto cielo.

Amistad, virtud alma,
En vano entre los hombres yo te busco;
Mucho ha que de sus pechos
Salir te hicieran sus traidores hechos.

Virtudes que otro tiempo
Grata la sociedad hacer supisteis,
Todas con presto vuelo
Habeis marchado de tan sucio suelo.

El corazon del hombre
Des que os partisteis es albergue obscuro
Donde la denegrida,
Venenosa traicion tan solo anida.

Todo es, todo es maldades
En el pecho del hombre, negro abismo
Lóbrego é impenetrable
De su Eterno Hacedor solo sondeable.

Pues si todos me engañan,
¿Por qué entre raza tan infame vivo?
¿Qué hago en su compañía?
¿Por qué no evito la desdicha mia?

¿Por qué inmediatamente
No huyo del hombre el trato fementido
Con mas presta carrera
Que del lobo la tímida cordera?

Sus, sí, ya estoy resuelto,
Y nada es ya capaz de contenerme,
Vais, ¡oh bosques sombríos!
A ser los solos aposentos mios.

Malezas sin cultivo,
Ásperos montes, hórridas montañas,
En vosotros decreto
Retirado vivir, vivir secreto.

Los trinos de las aves
Con que anuncian de Febo la venida,
De la oveja el balido,
Del arroyuelo manso el grato ruido;

En fin de mil salvages
Fieras oiré los ecos, ¿pero cuánto
¡Ay! me serán mas gratos
Que la fingida voz de hombres ingratos?

Solo veré cabañas
Pacíficas, humildes, mal formadas,
Ni hablaré á otros vivientes
Que á bestias, ó feroces ó inocentes.

Silvestres yerbecillas
Serán mi único pasto y mi alimento;
Mas no tendré el cuidado
De que alguno las haya emponzoñado.

Será agua clara y pura
Mi cuotidiana y única bebida:
Será el cielo mi techo,
Heno secado al sol será mi lecho.

Observaré dia y noche
Desde el insecto al astro mas brillante:
Creré que por mí solo
Fué hecho cuanto hay del uno al otro polo.

Deslizaránse quietos
Los pocos dias que resten de mi vida,
Cual en florido suelo
Rueda sus ondas plácido arroyuelo.

Allí veré sin susto
Llegar la parca de otros tan temida,
Y á su alfange filoso
Desnudo el cuello ofreceré animoso.

A LA GUERRA.

¿A dó tus pasos guias,
Fiero devastador nunca saciado,
Que mas beber porfias
Mientras mas sangre humana has apurado,
Que por cabellos crias
Silbantes sierpes, monstruo aun no domado,
Pues el freno potente
De Themis muerdes con rabioso diente?

¿Dó tu boca espumante
Va ahora á esparcir el ponzoñoso aliento
Que en un rápido instante
Pueble de llamas y de sombra el viento,
Y del astro radiante
La luz oculte al triste firmamento?
Y ¿á dó á destilar pasa
Muertes, incendio y afliccion sin tasa?

¿Qué la tea significa
Que está empuñando tu homicida mano
Y tu furor aplica
Al miserable corazon humano?
Esplica, pues, esplica
Ese inicuo misterio, monstruo insano,
Dí presto . . . . mas ya clama
Tu negra boca, y al combate llama.

A tu voz espantosa
Mas que de Jove al poderoso trueno
¡Ay! tiembla congojosa
La madre tierra, y del profundo seno
De la mar procelosa,
Que ya no sufre de Neptuno el freno,
Sale un sordo bramido
Por las furias Tartáreas despedido.

*

Deidades que tú invocas,
Y eco repite su sonido horrendo
Por otras tantas bocas
Cuantas el bosque umbroso está encubriendo
Del tiempo hendidas rocas;
Y al oir el ronco, desusado estruendo
Huye despavorido
El bruto inculto, de terror transido.

Ocupa el ancho suelo
Ya de las furias la infernal caterva,
Doloridas al cielo
Parten Pomona, Ceres y Minerva:
Su faz el dios de Delo
Cubre por no mirar la suerte acerba
De tantas desdichadas
Víctimas á tu rabia destinadas.

Y de los dulces lazos
De la cara consorte y de los hijos
Parte con tardos pasos
La barba sobre el hombro, en ellos fijos
Los ojos, nada escasos
En lágrimas salobres, sus cortijos
Dejando mal su grado
El triste labrador por tí aguijado.

«Adios» quizas eterno
Le da el padre decrépito afligido
Al garzon bello y tierno,
Por quien la vejez triste habia sufrido;
Y al regazo paterno
Estrechándolo dice adolorido:
¡Suerte cruel! mi hijo acaso
Del sol naciente no verá el ocaso.

Ya van de hombres millares
A matar y morir determinados,
Y los paternos lares
Dejan por tu mandato abandonados.
Delante los altares
Los sacerdotes santos prosternados,
Por ellos votos hacen,
Que en al aire se pierden no bien nacen.

Ya suena el bronce horrible
Muerte entre llamas y humo vomitando,
Ya un número indecible
De mutilados cuerpos, palpitando,
Con son desapacible
Están los caros miembros demandando
Que el plomo ha dividido
Del cárneo tronco donde habian nacido.

Tierra el potro rasguña
Y en no sufrir la carga pone empeño.
Ya su herrada pezuña
Rompió los cascos de su propio dueño.
Los sesos lleva la uña
Del bruto, y al ginete eterno sueño
Los tristes ojos cierra,
Espira y besa la sangrienta tierra.

Muerto caye el vencido
Cae á su vez el vencedor mordiendo
La tierra enfurecido;
Ambas sangres mezcladas van corriendo;
Ofensor y ofendido
Un hado y suerte igual están sufriendo,
Sin saber quién primero
Dijo á la luz «adios» y quién postrero.

Ya clama el semivivo,
Débil de haber vertido sangre mucha,
Con lenguaje espresivo
Pidiendo acorro, pero nadie escucha
Su ruego compasivo.
Él con las ansias de la muerte lucha
Y al fin espira hollado
Del pié, quizá, de aquel que mas ha amado.

Y los soberbios muros
Que la afligida turba resguardaban,
Dó se creian seguros
Y de amenazas crueles descuidaban,
Se olvidan de ser duros,
Ceden cual cera al fuego, en polvo acaban,
Caen, y dejan patente
Al cruel soldado la infelice gente.

Ya la llama serpeando
Trepa los templos, casas y cabañas;
En cenizas tornando
Se van los bosques, selvas y campañas.
Por no arder, jadeando
Vuela el hombre infeliz á las montañas,
Buscando entre animales
La compasion que no halla en sus iguales.

Ya el sacerdote en la ara
Do víctimas mil veces ofreciera
Y el incienso quemara,
Que tan preciado de los dioses era,
Pierde la vida cara:
La tímida doncella que escogiera
Aquel templo por guarda
En un ángulo tiembla y muerte aguarda.

Bañado el nupcial lecho
Se vé en la sangre del cuitado esposo,
Que con crédulo pecho
Creia gozar de su ídolo precioso
Con muy justo derecho
Favores que lo hicieran venturoso;
Mas muere el desdichado
Despues que su deshonra ha presenciado.

En la sangre caliente
La triste madre mírase anegada
Del hijuelo inocente,
Que en su seno escondiera la cuitada
Con prisa diligente,
Y que allí fué á buscar la aguda espada.
Ella al cielo importuna
Gime y su boca á la del niño aduna.

Ayes pueblan los vientos
Y crece por instantes la matanza:
Ya todos son fragmentos
De la vida y del ser, de la venganza
Eternos monumentos
Que un dia la humanidad, por enseñanza,
De manifestar tiene
A la posteridad que aun lejos viene.

Aun al soldado fiero
Lo que hicieran sus manos ya le espanta;
Ya el infernal barquero
Caron llevar no puede carga tanta.
Del horrible Cervero
Saluda á los llegados la garganta
Con ladrido espantoso,
Que por tres bocas lanza el can rabioso.

Ya, ya . . . . ¿mas por ventura
Quiero encerrar en versos desiguales,
Hijos de lira obscura,
Para infundir horror á los mortales,
¡Oh guerra infame y dura!
Las miserias que causas y los males?
Pero ¿cómo pudiera
Aunque cien lenguas para hablar tuviera?

Ceso, mas huye luego
Del mundo y vete al Orco tenebroso,
No con ímpetu ciego
Avive ya tu soplo ponzoñoso
De la discordia el fuego.
Huye presto, maldita, al horroroso
Caos con ligero vuelo;
Veloz cual viento márchate del suelo.

AL

CUMPLEAÑOS DE SILVIA.

Une graciosamente las doradas
Madejas de tu pelo;
Déjanos ver las prendas acabadas
Que en don te diera el cielo.
No en lágrimas bañada, cual un dia,
Nos muestres tu faz bella:
Olvida, Silvia, olvida, Silvia mia,
El ceño de tu estrella.

Rebose en gozo tu inocente pecho,
Mas blanco que la nieve,
Que los rayos de Febo no han deshecho
Ni líquida se mueve.

El rubio padre de la lumbre pura
Cubre hoy con crines de oro
Su espalda sacrosanta, y la dulzura
De su Castalio coro

Escita así, tañendo la divina
Lira de cuerdas suaves;
Y su voz resonando peregrina
Te canta en tonos graves.

Dice como de nueva luz circuido
En tu primera aurora
Al clima se mostró, que envanecido
Tal prenda en tí atesora.

Él cuenta que las Diosas inmortales
Te ornaban á porfia
Con las dotes y prendas celestiales,
Suyas, de mas valía.

A los pechos de Venus educada
En su sagrada estancia,
De arrullos de sus aves regalada,
Pinta el númen tu infancia.

*

Cuenta como creciendo, cual la palma
De un arroyo á la orilla,
Gozando siempre de apacible calma.
Fué tu beldad sencilla.

Afina mas el Dios el instrumento,
Y alaba, de una en una,
Las prendas relevantes que sin cuento
En tí natura aduna.

Ni omite tus conquistas y despojos:
Èl vé de mil el lloro.
¡Cuántos ayes, causados por tus ojos,
Resuena el laud sonoro!

¡Ah! vive, vive (Apolo terminaba),
De Anáhuac pura gloria,
Ni el tiempo raudo por quien todo acaba
Destruya tu memoria;

Que descuelle entre todas tu hermosura,
Como el ciprés erguido
Aventaja de un bosque en la espesura,
Al árbol mas subido:

Vuele siempre sonrisa placentera
En torno de tu labio;
Y el pesar congojoso jamas quiera
Causarte leve agravio:

Torne la esfera, en su eje sustentada,
Y tráigase el momento
Que tu alma pura dejará abastada
De plácido contento;

Cuando por premio de su fé constante,
Un yugo duradero
Te una con Palemon, tu tierno amante,
Tu adorador sincero.

Cesó de su cantar el Dios contento;
De mas luz ornó el dia:
Todo te alaba, y Palemon atento,
A todos excedia.

OTRO CUMPLEAÑOS

DE LA MISMA.

Alma cuitada, que á gemir condena
Tiempo ha la suerte cruda,
Demos tregua al dolor y acerba pena:
Quede la lengua á los gemidos muda,
Que hoy quiere humor festivo
De amor el sacro, venerando Divo.

En hombros de la grata Primavera,
De genios mil cercada,
Del cielo descender miré ligera,
La alma prole de Venus adorada,
Que con fogoso anhelo
Hácia mí enderezaba el raudo vuelo.

Uní mi frente con la dura tierra
Que inundaron mis ojos,
Y en lastimera voz dije, ¿mas guerra
Preparan á mi pecho tus enojos?
¡Ah, tirano, tirano!
Ni soy númen, ni bronce, soy humano.

Afable entonce el Dios y compasivo,
Su boca une á la mia;
Me coge entre sus alas, y festivo
Halagos mil tiernísimo me hacia:
Su seno palpitaba,
Y así con voz divina me alentaba.

Palemon, si la suerte aun no consiente
Goces la dulce prenda
Que yo supe hacer tuya, gime y siente,
Mas no tu queja, ingrato, me comprenda,
Pues lloro á par contigo,
Y de tus hados el rigor maldigo.

Abre hoy el pecho á plácida esperanza,
Depon el desaliento,
Tuya Silvia será; valor, confianza,
Y yo tus penas trocaré en contento;
Pero mi órden venera,
Y cesa de llorar por hoy siquiera.

Querelloso zagal, ¡tú solo triste
En este fausto dia!
Hoy nuevo ser recibe cuanto existe;
Toda la tierra inunda la alegria:
De mas luces la aurora
Coronada saluda á tu señora.

Revolando las aves, dulces trinos
Que jamas aprendieron
Le cantan, celebrando los divinos
Dotes con que los númenes quisieron
Hacer á tu adorada
De perfeccion imágen acabada.

El prado se engalana con mil rosas
De esmaltados colores,
Que su cáliz abriendo presurosas
Despiden mil balsámicos olores,
Los que en ligero vuelo
Lleva Favonio de tu Silvia al cielo.

Alza, alza presto los hundìdos ojos,
Fíjalos donde quiera,
Palemon, y mitiga tus enojos
Al ver que la sonrisa placentera
Por cuanto el orbe cria
Su dulce imperio estiende en este dia.

Imítalos, zagal, toma la lira,
Témplenla mis amores:
Sigue el impulso que mi ardor te inspira
Y entona de tu Silvia dulces loores,
En que corto quedara
Apolo mismo si él los entonara.

Dijo el Dios. Yo obediente hiero luego
Las cuerdas dulcisonas
De mi lira, y de amor publico el fuego
Que con el tuyo liberal coronas.
¡Ah, Silvia, qué acordado
Mi canto fuera hallándome á tu lado!

Cuenta siglos de vida, dulce dueño,
Por quien tan solo aliento;
Mas vive para amarme, y el cruel ceño
Del hado duro sufriré contento.
Si me amas nada temo,
Ledo el suspiro lanzaré postremo.

EN LA COLOCACION

DE LA

ESTATUA ECUESTRE.*

Do en otro tiempo en el nopal habia
El curso suspendido, el pié sentado
La ave audaz que dirige
Su vuelo al astro que preside el dia,
Vió el mejicano pueblo alborozado,
Que á quien sabio lo rige,

(*) Con motivo de la colocacion de la estatua ecuestre de Cárlos IV en la Plaza mayor de esta Capital, promovió un certámen poético el Dr. D, José Mariano Beristain, señalando para él seis clases de composiciones y remitiendo la invitatoria á los colegios. Era yo entonces alumno del

Grandiosa estatua la lealtad erige:
Veela, y pronuncia luego entre mil vivas,
De su Cárlos el nombre venerado:
Y céfiro á los bosques sus festivas
Voces lleva exhalado
A Eco y demas deidades que allí habitan.
Para que el «viva» sin cesar repitan.

Y cuando mas el alborozo crece,
Febo suspende el curso presuroso;
Rómpese el aire puro,
Y entre celages rojos aparece
Una ninfa de rostro magestuoso,
No obstante que era obscuro;
De oro en un globo sienta el pié seguro,
Bellas plumas dan sombra á su cabeza,
Un manto de algodon de su hombro pende,
Carcax y flechas realzan su grandeza;
El pueblo se suspende,
Y ella, cual si el Monarca la escuchara,
Así con voz suavísima le hablara.

mas antiguo de San Juan de Letran, y mi Rector, Dr. D. Francisco Antonio Marrugat y Boldú se empeñó en que se presentase alguno del colegio al certámen, y me escogió á mí, obligándome á trabajar, de las piezas señaladas, la oda y el romance. Obedecí como era preciso, y trabajé esta composicion, que obtuvo el premio, y se imprimió en la coleccion de piezas escogidas del certámen publicado con el título de Cantos de las Musas mexicanas, pag. 58.

Escelso Cárlos, príncipe benigno,
Monarca venturoso, pues se ajusta
A tu querer el cielo,
Del amor del ibero objeto digno:
Torna, torna veloz la faz augusta
Hácia el indiano suelo,
Do el águila altanera paró el vuelo;
Allí, cual otra vez, el venerando
Coro veras de Vates, la templada
Lira en tu loor ir acordando;
Y ante Jeová postrada
La estirpe de Leví, por tu reposo,
No interrumpir el ruego fervoroso.

Presurosos veras correr al templo
Con trémulas pisadas los ancianos,
Los niños inocentes,
Las matronas virtuosas, y á su ejemplo
La vergonzosa vírgen, con las manos
Llenas de diferentes,
Que á ofrecer van, purísimos presentes,
Porque felicidad te dé cumplida
El Ser que al universo puso leyes,
Y que á su grado quita y da la vida
A príncipes y reyes.
Oiras tambien que claman "¡Dios del trueno!
No nos prives de príncipe tan bueno."

Los robustos varones mejicanos
Vieras abandonar la luz del dia,
Y de la avara tierra
Al centro, por tu amor bajar ufanos,
Do cada cual de su vigor se fia,
Hace á Cibeles guerra,
Y los bronces le arranca que allí encierra:
Hacerte en ellos inmortal pretende
¡Oh Cárlos! y te erige estatua eterna.
Mirándola la fama humil desciende.
Y con aficion tierna
Tu frente ciñe con la verde rama
Que del rayo jamas probó la llama.

Y al instante con ala voladora
Va y dice á Europa: "que de amor movida
Aquesta retirada,
Venturosa nacion, do lealtad mora,
En bronce á Cárlos da perenne vida;
Y amante á par de amada,
Está toda á su Cárlos consagrada,"
Dió fin aquí la ninfa á sus acentos:
No sin pesar cesamos de escucharlos,
Ella se esconde en los ligeros vientos
Y el pueblo grita: "Cárlos,
Te hemos de amar mientras su luz ostente
Ese planeta que arde indeficiente".

AL MISMO ASUNTO.*

La negra veste dividida en trozos,
Do quier sembrando su mortal veneno,
De horribles sierpes la feroz madeja
Dando á los cierzos;

(*) Esta oda se presentó concluido ya el certámen, y se imprimió en los Cantos de las Musas mexicanas, pag. 131.

Con la tea en mano, la discordia airada,
Libre vagaba por el orbe entero,
Su sed de sangre y humanales vidas
Saciar queriendo.

Llegara al sitio do de Jove el ave
Hizo un dia pausa en el oblicuo vuelo,
Y allí mirando del augusto Cárlos
El busto eterno,

Aullido horrible dolorida arroja:
Con él infecta el líquido sereno,
Y cuantos moran só el Olimpo escuchan
Tímidos su eco:

"¡Cárlos!" esclama la furiosa diva,
¡Cárlos! te adora el mejicano pueblo,
Nada aquí valgo, ni mi yugo es dable
Sufra su cuello."

Dijo, y se muerde el renegrido labio
Cubre de espuma sanguinosa el suelo
Y envuelta en grupo de medrosas sombras,
Huye cual viento.

AL SER SUPREMO,

EN EL

DIA DE MIS BODAS.

Eterno Ser de magestad circuido,
Velado por do quier, do quier presente,
Mi pecho agradecido
A tí levanta el canto reverente.

¿En dónde estoy? ¿mi espíritu dó vuela?
Yo te miro, Gran Dios, ¡te miro y vivo!
Tus arcanos revela
Mi humilde fé; tu inmensidad percibo.

En un trono de luz tu gloria asientas,
Allí te acata el querubin ardiente;
Y tu poder ostentas,
Y emana el ser en vena indeficiente.

Bajo tus piés, el tiempo en raudo vuelo
Pasa, arrollando deleznables seres:
Pueblan horas el suelo,
Y pasan, y no son; ¿y tú? siempre eres.

Mas otros les succeden al momento:
Ocupa nuevo pié la huella vieja;
Y en raudo movimiento
Llega el futuro, y á su vez se aleja.

Tu poder inefable y soberano
El universo sin cesar renueva;
Y cada ser, ufano,
Al que ha de succederle dentro lleva.

Al hombre, al hombre, tu mejor hechura,
Le formas de sus huesos compañera,
Resúmen de hermosura,
Y les mandas poblar la baja esfera.

Uno son desde entonce: venturosos,
Una vida y una alma sola anima
Dos felices esposos;
Y unido, el ser humano se sublima.

Sí, sí, dulce mitad del alma mia,
Modelo de virtud y de hermosura,
Sin tí no me seria
La vida amable, ni hallaria ventura.

Carne eres de mi carne, y las delicias
Formarás, las mas puras, de mi vida:
Ya gozo las primicias
De la felicidad apetecida.

Ahora comienzo á ser; ahora me es cara
Y en estremo sabrosa la existencia.
Señor, tu brazo ampara
Mi ventura, y descanso en tu clemencia.

Tú de Abraham y Jacob el padre fuiste,
Y lo eres mio, tiernísimo y clemente:
A ellos los acorriste,
A mí me escucha en mi rogar ferviente.

Pues tus almos ministros nos bendicen,
Entre el amor mas puro nuestros dias
Haz, Padre se deslicen,
Envueltos siempre en castas alegrías.

Hé aquí tambien á los que el ser me dieron,
Y des la débil cuna, cariñosos,
Objeto me escogieron
De sus cuidados tiernos y afanosos:

No quiero ser feliz sino á su lado,
Y sin la suya amarga es mi ventura:
Pues vélos apiadado,
Y en todo bien les muestra tu ternura.

Y yo bendeciré tu nombre santo
Desde que el sol asome en el Oriente,
Y seguirá mi canto
Cuando se hunda en el lóbrego Occidente.

EN CELEBRIDAD

De los Felices Desposorios de

Don José María Valdivielso

CON DOÑA

MARIA TERESA SAGAZURIETA.

Desciende del Olimpo presuroso,
Alma del Universo, amor sagrado,
Que estiendes por do quier tu poderío;
Ven, tu fuego ardoroso
Toque mi pecho helado
E inflame el canto mio.

Abrió la madre eternidad sus senos
Y allí se hundieron los famosos hombres
Gloria y honor de Hesperia lacrimosa:
Estan los bronces llenos
De sus proezas y nombres:
Su memoria es preciosa.

Mas faltaron, y España sin consuelo
Llora su lustre y esplendor perdido:
¡Ay! ¡que muera el virtuoso, y el valiente!
¡Y que los pierda el suelo!
Valdivielsos ¿dó se ha ido
Tanto ilustre ascendiente?

Cúbrate luto eterno, patria mia;
Viertan tus ojos sempiterno llanto,
No admitas . . miento, me engañé y te engaño,
Jamás la muerte impía
Dominio tuvo tanto
Ni á la virtú hizo daño.

Alza los ojos, patria fortunada,
Y en tropa numerosa y respetable
Mira esos héroes renacer gloriosos:
La coyunda sagrada
Unió ya el par amable
Con nudos venturosos.

Salve, padres felices, salve, amantes
Virtuosos siempre y siempre bienhadados:
Jeová bendice vuestro casto fuego;
De dones incesantes
Os va á dejar colmados:
Vela en vuestro sosiego.

En torno de ambos dulce primavera
Vuela, y de flores vuestras sienes orna;
Amable esposa, de virtud modelo,
Ya Venus placentera
Con su cinto os adorna,
Y sois todo su anhelo.

De aquese vientre en héroes mil fecundo
Aguarda Hesperia ansiosa su ventura;
Vuestra familia perpetuar su gloria
En lustre sin segundo,
Y ornarse en lumbre pura
La americana historia.

El santo amor, en fuego inestinguible
Os va á brindar mil castas alegrias,
De duras cuitas vivireis agenos.
Siempre aurora apacible
Principie vuestros dias
Lumbrosos y serenos.

De vuestros hijos los hijuelos caros
Vereis cuál vuestros padres acarician:
Que en medio de ellos la virtud se asienta,
Y con presentes raros,
Que ellos no desperdician,
Dios su amor les ostenta.

No lo dudeis, felices desposados,
Ramas fecundas de virtú y nobleza,
Jeová os proteje: prestará clemente
Sus oidos apiadados
A la humilde bajeza
De mi rogar ferviente.

AL ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR

D. Fr. Ramon Casaus y Torres

EN SU CONSAGRACION

¡Oh, salve, nuevo ungido, atleta fuerte!
Aquel Señor por cuyo amor sufriste,
Ciñe hoy tu sien de gloria triunfadora:
De tu futura suerte
Es el garante y de poder te viste:
Su espíritu en tí mora.
Ya todo eres aliento,
Y ya tus glorias por millares cuento.

No siempre vivirás en congojados
Ayes, sacra virtud, ni tu semblante
Ocultarás con mano vergonzosa,
Ni en el suelo fijados
Verá tus ojos, cabe á tí, arrogante
La envidia venenosa,
Que al verte se recrea,
Y de tu humillacion se saborea.

Ni te amedrente el rechinido horrendo
Que hace, aguzando el ponzoñoso diente.
Valor, valor, vomite enhorabuena
El aire ennegrecido,
Ese letal veneno pestilente.
Tú triunfarás, y llena
De júbilo y de gloria,
Cantarás dulcemente la victoria.

Claro hijo de Guzman, siempre tu nombre
De la inmortalidad se vió en el templo
Esculpido en mas bronces verdaderos
Que el de ningun otro hombre;
Pero hoy sobre él á genios mil contemplo,
Con vivas placenteros,
Grabando una diadema
De la rama que el rayo jamas quema.

Allá en Edén, del centro de una fruta
A la tierra maldita se lanzaron
Los crímenes, en tropa numerosa.
De quietud no disfruta
Ya el hombre, mil pasiones lo abismaron
En lucha congojosa:
Gime arada la tierra,
Y el hombre gime en perdurable guerra.

El puñal en la mano va, y no para
El homicidio atroz. El hombre insano
Impávido la sangre correr mira,
Que él mismo derramára;
Sereno atiende al inocente hermano
Que mutilado espira.
¡Ah! la batalla es juego,
La muerte diversion del hombre ciego.

De la noche en el manto vá embozado
Y en silencio camina el hurto horrendo.
Ante sus ojos viuda desolada
Vé, su pan devorado,
De hambre morir sus huérfanos gimiendo.
Lascivia descarada
Aquí estupra inhumana,
El lecho conyugal allá profana.

La soberbia alza la sañuda frente,
Y entre los otros crímenes descuella
Cual entre arbustos resinoso pino
Erguido y eminente.
Al humildoso mérito lo huella,
Y en loco desatino
Se atreve y desafia
Al que la noche separó del dia.

Marcha Casaus, declárales la guerra:
No les dejes de aliento un solo instante:
La causa del Señor es causa tuya.
Imágen en la tierra,
Te ha hecho de su poder siempre triunfante.
Marcha, sus, y destruya
Tu vengadora mano,
Cuantos vicios abriga el pecho humano.

Hoy te ha ungido el Señor con oleo santo,
Atleta fuerte y siempre victorioso,
Y te manda su espíritu invisible:
Delante tí el espanto
Va á infundirse en el vicio, que rabioso
Oye el desapacible
Ruido de las cadenas
Con que á eternas prisiones lo condenas.

*

Ya, ya en tu pecho suena sordo el rayo
De la palabra santa, que saliendo
Ese coloso tornará en cenizas.
Sí, de pelear tu ensayo
Será completo triunfo: ya estoy viendo
Cuál tu gloria eternizas.
Sus, empuña el cayado,
La ciencia y la virtud van á tu lado.

Donde la planta pones la abundancia
Y la alma paz se fijan á porfia.
Tus empresas el cielo favorece,
Y á tu menor instancia
Jeová se mueve, y liberal te envía
Cuanto tu alma apetece.
Ya miro realizados
De Rea y Astrea los siglos ponderados.

Bendito seas, Jeová, que de dulzuras
Colmas á la virtud. Tal vez permites
Que luchen congojadas, mas no olvidas
Tus humanas hechuras,
Que serte caras siempre nos repites:
Jamas de ellas descuidas,
Y padre cariñoso
Sus méritos les premias abundoso.

Tú de Antequera grey afortunada,
¡Oh cuánto te ama el Dios de las bondades!
¡Salve mil veces! ¡otras mil dichosa!
La feliz renombrada
Tú vas á ser en todas las edades:
Entona, pues, gozosa
Mil vivas repetidos,
Que por cuanto el sol dora sean oìdos.

Sábio Vergosa, obispo esclarecido,
Tal compañero tu virtú exigia,
Y la justicia te lo da del cielo.
Yo miro embebecido,
Y en un dulce transporte el alma mia
El ardoroso anhelo
Con que á Casaus aguarda
Tu amistad tierna, y cree que siglos tarda.

Vuela pues, caro amigo, pastor santo:
Yo haré á la religion tal sacrificio:
Vuela, que vas á dar con mil victorias
Materia á eterno canto.
Les consagra mi lira su ejercicio,
Y en verso mio tus glorias,
Cantarán y tus loores
Del orbe los postreros moradores.

A LA VENIDA

DEL ESPIRITU SANTO

SOBRE LOS APOSTOLES.

Ven, Paráclito, ven, y el pecho mio
Frigidísimo inflama,
Con la divina fulgurosa llama
Que hoy fué el asombro del tenaz judío:
Arda ella en mis canciones.
Y con lira sonora
Hazme alabar tu gracia triunfadora
Del tirano poder de las pasiones;
Y ella al hombre despierte
Del letargoso sueño de la muerte.

¿Dónde llevais al hombre miserable,
Funestos apetitos?
¿Dónde vendado vá, sordo á los gritos
De voz intensa que acallar no es dable?
Tus inmundos placeres,
¡Oh mísero! te arruinan,
Como te descaminan
Sombras fugaces de que asirte quieres!
Vuelve atrás: los umbrales
Pisas de la region de eternos males.

¡Ay! no me escucha; su sendero sigue,
Obra el mal que conoce:
Su alma quisiera el bien, su carne el goce
Del deleite brutal que lo persigue:
Detestarlo quisiera
Y lo aprueba arrastrado:
Su párpado se cae apesantado
Si eleva el ojo á la celeste esfera.
¡Oh carne, cuándo al cielo,
Libre de tí, levantaré mi vuelo!

De tu viento, Señor, no los suaves
Impulsos que movieran
El agua mansamente, y produjeran
El pez que nada y voladoras aves;
É infundieran al lodo

Espíritu de vida;
Sino soplo vehemente en la escondida
Tímida, triste grey, disipa todo
Lo terrenal y luego
Brilla en sus frentes el celeste fuego.

¿Dónde está el hombre? ¿dó el temblar cobarde,
Apóstoles sagrados,
Que os hizo huir y abandonar menguados
A quien jurasteis en la misma tarde
Acompañar muriendo?
¿Cómo ha desparecido
¡Oh Pedro! aquel terror que fementido
Te hizo tres veces tantas repetido
Que á Jesus no seguias?
¿Qué es del apego que al vivir tenias?

Mil varias muertes su segur esgrimen;
Las afrontais sin miedo:
A los mismos deicidas, con denuedo,
Echais en cara su nefando crímen:
Ellos tiemblan medrosos,
Y lloran compungidos:
Escúchanse de rabia mil aullidos
Del Averno en los senos cavernosos.
Agotan los tiranos,
Por haceros callar, esfuerzos vanos.

Hablais á un tiempo al griego y al romano,
Al hebreo y á mil gentes
De idiomas y costumbres diferentes:
¡Oh Ser Supremo! tú el orgullo humano
Confundes de mil modos!
Cuando otra vez tramaron
Contra tí los mortales, permutaron
Su único idioma en muchos: aquí todos
Entienden como el suyo
El solo idioma del Ministro tuyo.

¡Oh, quién, idiota grey, quién te ha enseñado
Tan general idioma,
Y arcanos tan profundos! De tí toma
Leccion el sabio, en su saber hinchado:
¡De pobres pescadores
Cuánto que aprender tiene
El Ateniense areópago: ya viene
Y á vuestros piés confiesa sus errores:
Discípulo es mas sabio,
Y honor á la verdad rinde su labio.

Aquí la enfermedad huye cuitada:
Jerusalen se asombra
Viendo dar vida vuestra sola sombra.
La muerte, á dominar siempre avezada,
Al punto os obedece.

¿No quereis? no destruye:
¿Se lo mandais? las presas restituye.
No abrasa el fuego ni el veneno empece,
Y á vuestras voces solas
El mar apaga sus soberbias olas.

Fiero Satan los dientes rechinando,
Sus Megueras envía,
Se turba el Orbe, se ennegrece el dia.
Mil géneros de muerte os van buscando;
Cruz allí se presenta,
Aquí afilan cuchillos;
Roncos resuenan redoblados grillos:
Hierve el aceite ya: nada amedrenta
Los pechos donde mora
El que á la muerte derrotó traidora.

En medio al mar, la antigua roca estable
Mira venir furiosos
Mil mundos de agua, por hundirla ansiosos;
Allí se estrellarán y ella inmutable;
Vosotros de esta suerte,
Veis con gozosa gloria
Cuanto da fin á vida transitoria:
Triunfais de los tormentos y la muerte
Sin que nada os asombre.
No es él, ¡oh Dios! tú triunfas en el hombre

Tú esos tímidos pechos fortaleces;
Arrostran el tormento
Y esperimentan sobrehumano aliento.
No viven ya, Señor, que tú las veces
Haces de vida en ellos.
Mueren á los sentidos;
Ya de luz inmortal están vestidos:
Ya gozan de tu gloria los destellos;
Y en carne todavía
Nada carnal en ellos existia.

Ni solo en ellos dadivoso moras;
A otros muchos se estiende
Tu influencia soberana: ¿quién entiende
Los dones que en las almas atesoras?
La Iglesia está fundada
Firme sobremanera,
Y estendiendo sus ramas por do quiera,
Sacudida será, no derribada;
Pues mientras sol alumbre,
Reposará tu Espíritu en su cumbre.

Un hombre al otro tu virtud trasmite,
El frágil ser perece;
Mas ella inalterable permanece,
Y tu influjo que errar jamas permite.
Ven ¡suave rocío!

*

Del pecho congojado.
Líbrame de este cuerpo de pecado,
Y hazme pisar con desdeñoso brio
Las que poseer anhelo
Mentidas glorias de este bajo suelo.

LA INFELICIDAD HUMANA.

Homo natus de muliere, brevi vivens
Tempore, repletur multis miseris.—Job, *c.* 14, *v.* 1.

Sentidos ayes, lúgubre gemido,
Númen triste me inspira:
Mi mal pulsada lira
Difunda melancólico rüido
Hasta el confin del dia,
Que como el parto de la nube umbría
Vague sin órden por dó quier tronando,
Religioso pavor diseminando:
Desbordado torrente
No guarda ley en su fatal corriente.

Víctima el hombre nace de la Parca.
Ese fugaz momento,
Que del vital aliento
Mide la duracion, y el trecho marca
Entre el sepulcro obscuro
Y bamboleante cuna, ¡nunca puro
Habrá de deslizarse al insondable
Seno de duracion inalterable!
¡Sus alas desplegadas
Siempre estarán en llantos empapadas!

En su Oriente lloroso el pié levanta
Para formar el paso
De la vida, su ocaso
Tan cerca está, que asentará la planta
En el sepulcro triste;
Iba á empezar á ser y ya no existe.
¡Y qué, ni ese entretanto, mas ligero
Que del rayo el luciente mensagero,
Disfruta de ventura,
O leda vida la humanal criatura!

Corre tras el saber el hombre ansioso;
De dia y noche se afana,
Y su salud lozana
Por la primera víctima, gozoso
En las aras ofrece

De ese ídolo que nunca se enternece.
Cree mirar la verdad, va á darle caza;
Se acerca sudoroso, error abraza;
O bien en lides rudas
Su mente lucha con eternas dudas.

Le hace el honor trillar áspera via,
Vivir siempre agitado,
Tétrico y angustiado,
Corriendo en pos de vana nombradía:
Cree ya eterna su gloria,
Ese hecho es digno de inmortal memoria:
Mas ¡ah vil detractor! ¡ah patria injusta!
Lograste calumniarlo, y en la adusta
Tiniebla del olvido
Verle con sus hazañas sumergido.

La alma del hombre, mal su grado, encierra
Mil afectos contrarios,
Que tercos siempre y varios,
Juran á la razon eterna guerra:
Ama el bien, y no lo hace;
Quisiera huir el mal y el mal le place;
Hace hincapié en el fango, mira al cielo,
Y se hunde mas, y mas se apega al suelo:
Verla quisiera suelta,
Y enreda su cadena en nueva vuelta.

Sus esfuerzos inútiles semeja
El fatigoso empeño
De al que amedrenta un sueño,
Que en levantar los párpados forceja,
Y con ahincos crecidos
Lucha sudando, y ellos mas unidos:
El uso busca de los piés y brazos,
Mas los embargan del sopor los lazos,
Y como roca inmensa,
Así le pesan si moverlos piensa.

A la mañana por un bien anhela
Que su razon ofusca,
Desvivido lo busca,
Ni sacrificio habrá que hacer le duela;
¿Logró lo que apetece?
A la tarde le cansa y lo aborrece.
Siempre inconstante, cual la frágil caña,
Que recio bate de aquilon la saña,
A dó quier se doblega,
Va, viene, vuélvese á ir, y no sosiega.

¿Qué es lo que quiere el hombre? ¿qué aborrece?
Él se ignora á sí mismo;
Negro y obscuro abismo
Dó un enjambre de monstruos nace y crece;
Y si corta y desecha

De ellos alguno, mil retoños echa.
Él los ve con horror, se huye cuitado,
Cual ciervo por los perros acosado:
De placeres mendigo,
¿A dónde vas, si siempre vas contigo?

Ya en sí confia y olvida su bajeza;
Débil pigmeo, se empina:
Coloso se imagina
Que en las nubes esconde la cabeza,
Y al mismo Omnipotente
Derrocará con arrugar la frente:
Cree que haciéndole corte, en torno de ella,
Gira vibrando la lejana estrella;
Mas de una mosca al vuelo
Se cimbra ese coloso y viene al suelo.

O ya teme. ¿Dónde huyes? ¿Qué te aqueja?
Él, transido de miedo
Me indica con el dedo
Que mire y calle, mientras mas se aleja.
¡Necio! tu sombra misma
Es el gigante que en terror te abisma:
Oir imaginas de armas el estruendo;
Es el ruido de tus piés huyendo.
¡Oh, cuánta hórrida esfinge
La acalorada fantasía nos finge!

Su hermosura y salud aquel pregona:
Cree para él embotada
La hoz de la Parca airada,
Y eternos siglos existir blasona:
Sopló un aire malino,
Fácil lo aspira, y vé su desatino:
Bebió el veneno, por sus venas gira;
Ya es podredumbre, y en dolor suspira
Por la vida que le huye,
Y como al humo el viento la destruye.

Allá en silencio magestuoso sube
El negro seno henchido
De males y gemido,
Y destruccion, la pavorosa nube;
Sopla viento impetoso,
Y desdobla su soplo el tenebroso
Manto de hórrida noche: al caos primero
Corre veloz á hundirse el orbe entero:
En ronco ruido el rayo
Hacer parece de furor ensayo.

¡Ay! ya robusto retronando suena;
Se cimbra el Orbe luego;
Tórnase el monte en fuego;
El bruto tiembla: de pavor se llena
El hombre, al fin cercano;

Torrentes de agua en el sembrado llano
Del labrador arruinan los sudores,
Y la orfandad, y la hambre sus furores
Ejercen al momento:
Vá á seguirlas un siglo de lamento.

Mas, ¡ay horror! ni la ilusion me engaña.
Cual si fueran tan pocos,
Crecen los hombres locos
El número de males que los daña.
¿Dónde se oculta y vela,
Dónde, la buena fé? ¿por qué recela
De un hombre otro hombre? cándido cordero,
Presa fué ya de lobo carnicero,
Que con faz halagüeña
Y duras garras á no fiar le enseña.

Mísera humanidad, estoy ya viendo,
De horror letal transido,
Un espectro que erguido
Hace tronar, su planta el suelo hiriendo
Los ejes de la esfera:
Mil furias el abismo lanza fuera:
La atroz discordia los humanos ojos
Con fatal venda cubre, los enojos
Va sembrando implacables;
Ya van rabiosos . . . . ¿dónde, miserables?

Al sol horrorizado nube inmunda
De polvo lo obscurece:
La tierra se estremece
Y su faz sangre denegrida inunda:
¡Ay! un millon espira
De hombres, y el otro impávido lo mira.
Cadáveres los pueblos se tornaron,
De lamentos los aires se poblaron:
Baja á la tumba fria
Del Orbe la mitad en solo un dia.

Y macilenta la otra se levanta,
Y con la sangre y muerte
Plácida se divierte,
Y en medio de los ayes baila y canta:
Llama su accion victoria,
Y el que fué mas feroz tiene mas gloria.
Bajen tus rayos, Ser Omnipotente,
Y confundan al ímpio delincuente,
Monstruo cruel, que debiera
Temblar, cuando verter la sangre viera.

Sí, ya castigas su impiedad maldita:
Aquí se abre la tierra
Y en sus entrañas cierra
Mil vivientes gimiendo. Allá otro quita
El tesoro adorado,

Con ansia tanta y crímenes guardado.
Bajo yugo tirano gime triste
El otro que, á tu imágen, libre hiciste:
Obró el mal fascinado,
Su verdugo mayor será el pecado.

Alma virtud, me arrojaré en tus brazos;
Tú enjugaras, piadosa,
Las que en vena abundosa
Tristes lágrimas vierto: tú los lazos
De esta vida cansada
Harás mire romperse, enagenada
De gozo el alma mia. Y, ¡oh! venga, venga
Ese momento, y mientras, se entretenga
Mi canto lastimero,
Mi mal llorando, y el del mundo entero.

AL LEVANTAMIENTO

DE LA ESPAÑA

EN LA INVASION

DE LOS FRANCESES. *

¿A dónde están los fuertes? ¿Qué se hicieron
Las falanges terribles
Que en Austerlitz y Jena combatieron
De la victoria al lado, que invencibles
Hasta ahora se creyeron?
¡Ay! yo las ví (temiendo grave daño)

* A instancias de mi verdadero y siempre querido amigo D. Ramon Lecuona, compuse esta oda en Julio de 808, tratando de imitar al divino Fernando de Herrera. Dicho amigo la imprimió y publicó entonces, á mi pesar; ahora le he suprimido una estrofa, las notas, y le he hecho una que otra variacion ligerísima.

Así inundar de España el fértil suelo,
Llevando al frente el fraude y el engaño,
Cual cubre la langosta asoladora
Fértil sembrado en vagaroso vuelo.
Vilas, y al cielo en la hora,
En pro de mis hermanos
Trémulas, juntas levanté las manos.

Revolviendo quimeras caminaban,
Y en su mente decian:
"Vamos, y el pan nos nutra que amasaban,
Pues en nosotros, crédulos, se fian;
La copa que apuraban,
Do les echó la paz sabroso vino,
De su sediento labio arrancaremos,
Y nuestra sed mitigará benino.
Pillaremos sus pingües heredades,
En su hogar nuestro asiento fijaremos
Por eternas edades:
Verannos, y almas bajas,
Vendran á nuestras mesas por migajas.

Está dormido el Dios en quien han puesto
Su esperanza halagüeña;
No los ha de escuchar; gritadle presto,
Veremos si despierta y si lo empeña

Vuestro doliente gesto;
Veremos si os arranca de los lazos
Con que os atára nuestra mano fuerte."
Dicen, y mueven los robustos brazos,
Que bien semejan á nudosos troncos;
Anuncio triste de orfandad y muerte.
Entre alaridos roncos,
Las manos orgullosas
Fieras empuñan llamas ominosas.

¿No los oyes, Gran Dios, duros recrearse,
Burlando tus enojos
Con el oprobio ageno, y figurarse
Que en sangre ibera se hartarán sus ojos?
Ya prometen burlarse
Del hispano valor, reir los pucheros
De los hijuelos de tus hijos caros.
Arma el brazo, Señor, sepan los fieros,
Del pueblo que tú amparas opresores,
Que la impiedad castigas. Los avaros.
Hasta aquí vencedores,
En su número han fiado;
Nosotros en el Dios que los ha criado.

Tú nos viste: y burlándolos, engañas
La su astucia malina.

El ángel tutelar de las Españas
Por todo el reino incógnito camina:
Mira arder las entrañas
Del español á yugo no avesado,
Él habla, y se oye universal rugido,
Que de los hondos pechos han lanzado
De Carpetania los invictos leones:
No mancharán el lustre recibido:
Y bajo los pendones
Del honor y la gloria
Vuelan seguros á inmortal victoria.

Torna los ojos desde el puro asiento
Donde moras seguro,
¡Oh Pelayo inmortal! que el ardimiento
A ver de tu progenie te conjuro:
No ha perdido tu aliento,
Ni fué mayor el fuego sobrehumano
Que en Covadonga te substrajo al yugo
Del insolente fiero musulmano,
Que el que devora los valientes pechos
De los hijos que al cielo darte plugo.
Sus fueros y derechos
Jamas impunemente
Dejó violados la española gente.

¡Ay de las huestes que el traidor habia
Metido en vuestras tierras!
¡Ay de la armada que en su pos venia,
Jamas vencida en diferentes guerras,
Y en que el impío ponia
Una ciega confianza! ¿Qué se hicieron
Las numerosas tropas aguerridas?
Derrocadas al Orco descendieron,
Sus horribles cañones no despiden
Las silbadoras balas homicidas.
Callan los que deciden
La suerte de los reyes
Y á la Europa cuitada ponen leyes.

A la muerte sus fuertes caminaron:
Contra ellos se volvieron
Las balas que á vosotros dispararon:
De sempiterna infamia los cubrieron
Los fraudes que tramaron:
Ante vuestros soldados valerosos
Huyen así los suyos acuitados,
En desórden horrible y vagarosos,
Cual de carneros tímida manada
De hambrientos lobos viéndose acosados.
Ni aun su huella estampada
Conserva vuestro suelo,
Y yace el suyo sumergido en duelo.

Aquí y allí se miran esparcidos
Los gloriosos pendones
De las otras naciones tan temidos:
Presas son ya de los hispanos leones,
Nunca en pavor sumidos.
Las águilas francesas altaneras
No volverán á levantar el vuelo,
É irán al Orbe en su vagar rastreras,
Vuestras proezas, malgrado pregonando,
Que elevará la fama al alto cielo.
Vuestras tropas cantando:
«Hubo enemigos, dicen,
Aquí estuvieron,» y á su Dios bendicen.

Del comun opresor por tí victoria
Hubimos; te acordaste,
De el inmutable asiento de tu gloria,
Que á nuestros padres socorrer juraste,
Y que la alma memoria
De tu promesa firme, siempre ha sido
Seguro apoyo de la gente hispana:
Tú el orgullo del impio has confundido,
A sus sábios de sombras has cubierto,
Y en mil yerros cayó su ciencia vana;
Nuestro suelo desierto
De traidores se mira,
Y Hesperia libre de opresion respira.

Aun vive, aun vive el inmortal de Teva; *
La tropa numerosa
De genios placenteros leda lleva
Al ilustre varon, á la espaciosa
Mansion de honor, con nueva
Inestinguible luz lo orna glorioso:
Verde laurel le ciñe inmarcesible,
Y va á ser á la Hesperia mas sabroso
Su nombre que la miel, y su memoria
En bendicion eterna. Indivisible
Se mirará en la historia
Del siglo venidero
Tú, gloria ¡oh conde! del honor ibero. †

Dios á vencer compuso vuestras manos:
Él habló, y se deshizo

* El conde de Teva, muerto en el asalto de Figueras.

† Aquí estaba la estrofa suprimida y decia:
Vomita ¡oh monstruo de ambicion y engaño
La muy incauta presa
Que traidor engulliste por tu daño,
Esa víctima triste de sorpresa
Y delito tamaño:
Jeová lo manda así y ejecutores
De su órden adorable, vertiremos,
Por librarla de fieros opresores,
La última gota de la sangre goda;
De tus garras impías la arrancaremos;
Tiembla, y la Europa toda,
Aprenda dónde alcanza
Del Dios de las armadas la venganza.

La densísima niebla de tiranos:
La víbora letal pisar os hizo,
Que con ahincos insanos,
Llena de rabia, vomitando enojos,
Ya retiembla feroz, vibra y se estiende,
Ya centellean sus inflamados ojos;
Ya tortuosa en mil roscas se repliega,
Contra el robusto pié tenaz contiende
Por ver si á morder llega:
En vano es pretendello,
El pié español no aflojará su cuello.

Ya el opulento imperio de lamentos
Se cubre con suspiro:
Trueca en luto su gala y ornamentos;
Desolacion por donde quiera miro:
Sus niños macilentos
En la ubre de la madre no hallan jugo.
El que se osó llamar omnipotente,
E imponer quiso al Orbe duro yugo,
Yace abatido, odiado por do quiera,
Sin senado, sin armas y sin gente.
Que la nacion ibera,
De la deidad amiga,
La perfidia y traicion así castiga.

ODA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO

DE

J. B. Rousseau.

Quien de su vida la custodia fiare *
Al Señor Dios del cielo,
Rechazará los golpes que dispare
Contra él, resgosos, envidioso celo.

* El Salmo 90, de donde está sacada esta oda, comienza estableciendo por *thesis* la seguridad con que debe vivir el que está protegido por Dios, y desciende luego á la enumeracion do los socorros que Dios le otorgará: «qui habitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei cœli commorabitur,» ó, segun el hebreo, «commoratur. Dicet etc.» Rousseau, separándose un algo de este plan, corrió por la enumeracion de los efectos de poner la confianza en Dios.

Él dirá: "A mis contrarios, Dios terrible,
Es tu fuerza invencible,
Firme esperanza mia:
Te toca defenderme:
Tú el escudo serás que ha de esconderme
De mis rivales á la saña impía.

De Dios con el socorro omnipotente,
Unico asilo mio,
Mis rivales rabiar inútilmente
Dejo, y su loco orgullo desafio;
Cercarme en vano su furor pretende,
Y á mi flaqueza tiende
Red, cazador porfiado;
La divina justicia
La destroza, y burlando su malicia,
Me deja ileso el dardo emponzoñado.

¡Oh tú á quien triste y de temor transido
Tienen esos feroces,
No busques otro apoyo desvivido
Contra sus tramas á cual mas atroces:
El Dios de la verdad ser te ha propicio
Contra de su artificio
Insuperable muro;
Y en su ala protectora,

Para esa ira que hieles atesora,
Hallarás el refugio mas seguro. *

De esta suerte venir mirarás ledo
La su flecha homicida;
Ni el frio veneno que introduce el miedo
Esperimentará tu quieta vida;
O ya las furias de implacable güerra †
Descubra so la tierra
Del sol la lumbre pura,
Al Ocaso aun no vuelto,
O el universo todo tenga envuelto,
En tenebroso horror la noche obscura.

¡Qué espantosos abismos aparecen
En mi torno zanjados!
¡Qué multitud de víctimas se ofrecen
A mis errantes ojos azorados!
¡De estragos, muerte y sangre, que horrorosa

* Es preciso confesar que las grandes imágenes de los versos 4° y 5° del Salmo, correspondientes á esta estrofa, no tienen en ella toda la grandiosidad y energía que en la Vulgata y en el hebreo. Ademas, el «que sa verité . . . que son aile,» dan un sentido deprecatorio ú optativo á las frases, lo que acaba de debilitar la fuerza de los versículos del Salmo que no contienen sino aserciones terminantes.

† El versículo 6° á que corresponde esta estrofa, debe leerse ligado con el 5° de este modo: «non timebo á timore nocturno: á sagitta volante im die etc.» Esta última espresion no parece significar las flechas que se arrojan dos ejércitos enemigos. Hay aquí mayor sublimidad en el testo sagrado.

Imágen espantosa
Temblando ven atentos!
¿Qué espadas invisibles
Hienden con tajos mil y mil terribles
Aquesos cuerpos pálidos, sangrientos?

Valor, alma, valor y ten confianza,
Que Dios tu fé no olvida;
No en los azotes, no, de su venganza
Justiciera, serás tú comprendida.
El justo permanece invulnerable:
Su quietud inmutable
Custodian de concierto
Angeles, que propicios
Le van guiando por entre precipicios
De la mano, y seguro el paso incierto. *

El mas remoto bosque no trillado
Por animada planta,
Le da sendero y marcha denodado,
Sin que ofenda sus piés espina tanta: †
Nada le estorba, nada; con firmeza

* «In manibus portabunt te» dice el Salmo, y ese «llevar en brazos ó en las palmas de las manos» denota mas amor y cuidado que llevar simplemente de la mano.

† Los *precipicios* en la estrofa anterior, y las ideas de los primeros versos de ésta, no se hallan en el Salmo, ni son tan sublimes como las demas que él contiene.

Del dragon la cabeza
Huella y del aspid fiero:
Con entrañas seguras
Del leon se ofrece entre las garras duras,
Del basilisco al ojo carnicero.

Si algun leve desliz tal vez comete
Nube á sus dias serenos,
A la memoria trae cuanto promete
El amoroso Padre de los buenos
El Eterno saber á su criatura.
Si es fiel, así le jura:
"Siempre de mí asistida
Serás, y haré seguros
Los pasos tuyos; y en torrentes puros
De alegría santa deslizar tu vida.

Si en triste situacion tal vez te hallares
A tí vendré ligero *
Y siempre de tu vida en los azares
Seré tu apoyo y firme compañero.

* Los dos primeros versos de esta estrofa, traducidos literalmente dicen: «en sus diversas fortunas, ó en cualquier estado, vendré siempre á él» pero el *vendré* y el *diversas* no pueden concordar, pues la primera palabra es de futuro, y la segunda comprende todos los tiempos y se estiende al estado de *prosperidad* lo mismo que al de *adversidad* Tanto el Salmista como Rousseau solo quisieron hablar del tiempo de la *desgracia*, en el que la proteccion es tanto mas estimable, cuanto es mas necesaria y mas rara por lo comun.

Yo te daré de vida largos años,
Libres de ansias y daños.
Tus empresas logradas
Verás, no he de olvidarte,
Y he de al fin, con las dichas coronarte
Que les tengo á mis santos reservadas.

Sobre lo que exige de nosotros la Religion

EN LAS

CRITICAS CIRCUNSTANCIAS DEL TIEMPO.

(Año de 1809. *)

Cantemos al Señor eternamente
Americana gente,
Cantemos al Señor, firme esperanza,
Defensa y gloria nuestra,
Que la paz nos afianza

* La quietud y felicidad que disfrutamos en ésta América septentrional, mientras la España gime oprimida á los mayores males y miserias, estan exigiendo de nosotros dos tributos: uno, de continua y humilde accion de gracias al Dios de las misericordias, porque así las usa con nosotros; y el otro de peticion fervorosa al mismo Señor, para que las estienda á nuestros hermanos de España, y retire de ella los terribles azotes con que al presente la castiga. Este es el asunto de la presente.

Con la invencible fuerza de su diestra:
¿A quien turbarla es dado?
Quien se atreva á mirar con malos ojos,
De Dios al pueblo amado
Tiemble de su ira, tema sus enojos.

Bendito seas, Señor, porque has querido
Ser aquí conocido.
En cada dia mil himnos reverentes
Tu pueblo te dirige,
Y tus oidos clementes
Con ellos se regalan. Dios elige
Por mansion este suelo,
Y muy de asiento entre nosotros mora:
Aquí fija el consuelo,
El bien, la dicha y paz encantadora.

Aun no forma su pueblo el deseo justo
Cuando ya le da gusto;
Cual madre tierna busca cuidadoso
Los modos de agradarle;
No hay bien con que piadoso
No quiera en todo instante regalarle:
Los ángeles pendientes
Del signo de sus ojos soberanos,
De riesgos inminentes
Libres nos sacan en sus puras manos.

Él sonrie placentero, y su enemiga
Influencia el can mitiga:
Y la tierra no espera ser instada,
Que por sí misma ofrece
La abundante y dorada
Mies, que vagueando se sazona y crece.
Tanta fruta madura
Rompe la verde rama. ¡Oh Dios, qué empeño
Tienes en nuestra hartura!
Y luego velas nuestro dulce sueño.

Mas mientra el valle plácido sol dora,
Y la dicha en él mora,
Allá retumba el rayo en alta sierra.
Los robles que nacieron
Cuando la madre tierra,
Furioso arranca el Euro y descendieron,
Con estrépito y ruina:
El granizo en torrentes baja luego
Talando la colina
Y en él reflecta amenazante fuego.

No abandones, Señor, el pueblo que amas,
Mira, mira las llamas
Que la guerra feroz ha vomitado
Y la ambicion atiza:
Medio mundo cuitado

En ellos se hunde y tórnase en ceniza:
Vienen al suelo indiano
En ola audaz, que humilde allí tu planta
Besa y no es mas: mi hermano
Gime oprimido en desventura tanta.

España miserable, azas gemiste.
Enjuga el llanto triste:
Tu Dios no tiene, no, de bronce el pecho;
No implacable castiga:
Se ablandó, y ha deshecho
Los lazos que á tus piés Francia enemiga
Tendió en maligno intento.
Los fraudes con que abismos te zanjara,
Contempló de su asiento,
Y de ira una mirada le dispara.

De la ambicion en torno se sentaron
Los suyos, y tramaron
Contra nos, resolviendo nuestra ruina:
Cuál se apropia el ganado;
Quién á la mies se inclina;
Quién promete mas impio y descarado
Saquear nuestros altares;
Quién mira en paz á sus inicuos nietos
Poseer nuestros hogares;
Ni la ira del Señor los torna inquietos.

Mas ella en tanto, vibra por ensayo
El resonante rayo,
Y el pavor en sus huestes se difunde,
De el gefe hasta el postrero
Infante, y luego cunde
Al caballo veloz y al caballero;
Sin tino huyen dispersos:
A una muerte infalible van veloces
Por caminos diversos:
Cada uno grita, azóranlo sus voces.

De nuestra espada por los duros filos,
Venir á entrarse vílos;
Y á nuestros golpes caer las numerosas
Falanges que tragera,
Con miras ominosas,
Cual caen de un carro á la veloz carrera,
Espigas en los llanos.
Los báculos que traian se hastillaron,
Y por sus propias manos,
Haciéndolos rabiar se les entraron.

Pocos evitan nuestras manos fuertes,
Y esos van á otras muertes.
Que el ángel del Señor los va siguiendo.
El uno se despeña
En un abismo horrendo;

Al otro va á estrellar contra una peña
El bruto desbocado.
Sabe que antes habias, tropa insolente,
De hombres flacos triunfado;
Pero ahora lo has con Dios Omnipotente.

Cantemos al Señor, que así escarmienta
Al que dañar intenta
Al pueblo de sus fieles amadores.
¿Quién es el que se esconde,
Gran Dios, de los furores
De tu ira vengadora? ¿Cuándo ó dónde
Sin terrible castigo
Dejaste de tus hijos los ultrages;
O valieron contigo
Del impío los forzados homenages?

Sin ser jamás del malo comunero,
Dejaslo ir su sendero,
Mas tus ojos sus pasos consideran:
Sus horrendos delitos
Tus ángeles numeran
En el libro fatal de los precitos:
Cólmase la medida;
Va á tocarte en las niñas de los ojos,
En tu grey escogida;
Rompen de tu venganza los enojos.

Cual cera se derrite la alta sierra;
Desquiciada la tierra,
Da violentos vaivenes; el mar brama;
Deja su antigua cuna:
Oculta el sol su llama;
En sombra negra envuélvese la luna;
Al caos primero el orbe
A sumergirse corre en el momento.
¿Quién hay, quién hay que estorbe
De tu órden soberana el cumplimiento?

Así, Señor, en nuestra ayuda entiendes,
Y Padre nos defiendes
Del insulto del malo y sus engaños;
Debajo de tus alas
Y libres ya de daños
Con diversas caricias nos regalas:
Si te enojamos ciegos
Descargas el azóte, pero apenas
Comienzan nuestros ruegos,
Cuando ya, todo amor, la ira serenas.

Aplácate Señor. ¿A tus favores
Quién nos hará acreedores?
¿Pues qué es el hombre sino inmundo cieno,
Vaso vil y asqueroso
De podredumbres lleno?

Sí, sí, mas ruega, y todopoderoso
Lo torna su fé viva:
Tú lo has dicho, Señor, que el mundo riges,
Cuanto pida reciba,
Y este puro homenage de él exiges.

A dárselo volemos,
Libres ahora de males.
Las rodillas doblemos reverentes
Ante el Dios que ha pedido
Nuestros ruegos fervientes:
Que mil dichas á nos ha concedido,
Y que á nuestros hermanos
Volverá con mejoras las perdidas;
Que azota á los tiranos,
Y quita y da los cetros y las vidas.

*

TRADUCCION

DE LA ODA PRIMERA DEL LIBRO PRIMERO
DE HORACIO *

Mecenas, tú que por abuelos tienes
Reyes y de ellos vienes
¡Oh mi defensa y ornamento amable!
Cosa es á muchos dulce y agradable
El haber levantado
El polvo con el carro acelerado
En Olímpico juego;
El noble premio y término evitado

* Traduje esta y otras muchas odas de Horacio cuando no habia leido otra version que la mala del P. Campos.

Con la rueda ya próxima á ser fuego;
Al poderoso entre los Dioses lleva.
Ni á aquel que hasta el honor supremo eleva
La incostante caterva de Romanos,
Ni al que encerró en sus troges cuantos granos
Dan las Lívicas eras,
Y que gusta deveras
Hienda sus patrias tierras el arado,
Jamas apartarás de lo intentado
Ni harás por mas que alabes
De Atalo los dineros
Que ellos sulquen, medrosos marineros
El Mirtoo mar en las Chiprinas naves.
El mercader al Africo temiendo
Que en el Icario lucha,
El ocio alaba y abundancia mucha
De su patria; mas luego no pudiendo
Acomodarse á ser menesteroso,
Las rotas naves rehace presuroso.
El Macico añejado otros aprecian,
Vasos de él no desprecian,
Del dia dedican al placer gran parte,
O bajo de un verde árbol recostados.
O do empieza á correr la agua sagrada *

* Si diere á luz algun dia esta pieza, corregiré esta y algunas otras espresiones.

A otros gustan los Reales del cruel Marte
Y oir los sonidos entre sí mezclados
Del clarin y trompeta corcovada,
Y la guerra de madres detestada.
La noche á raso cielo
De la tierna consorte ya olvidado
La pasa el cazador, porque han mirado
Sus perros con fiel celo
A la cierva ligera,
O porque marcha javalina fiera
A la redonda red despedazado.
La yedra, premio de las doctas frentes,
De los Dioses al ser, iguala el mio:
A mí me apartan de vulgares gentes
El bosquecillo frio
Y las danzas ligeras
De sátiros y ninfas placenteras,
Supuesto que vedarme
No quiso Euterpe que sus flautas use,
Y puesto que Polimnia no rehuse
Lesvia lira templarme:
Y sí por poeta lírico estimarme
Tienes á bien Mecenas, como anhelo,
He de tocar con la cabeza el cielo.

AL RUISEÑOR.

Traduccion de la Oda undécima, Libro segundo de las de J. B. Rousseau.

Doliente Filomena,
¡Que no dés treguas al antiguo duelo,
Cuando en calmar tu pena
Todo ser muestra cariñoso celo!

A tu vuelta renace,
Para agradarte, el orbe; sombra luego,

La que al pudor aplace,
Ofrece el bosque á tu ardoroso fuego.

Por tí su soplo helado
Llévase lejos Aquilon furioso;
Y reverdece el prado,
Y orna luz nueva al cielo fulgoroso.

La que á Céfalo amores,
Llanto fecundo le tributa á Flora;
Balsámicos olores,
Libando rosas Céfiro atesora;

Toda ave, embebecida
Con tu canto dulcísimo, enmudece;
Ni á tu inocente vida
El ambicioso cazador empece;

Con todo, inconsolable,
Nutres recuerdos, siempre sumergida,
Siempre, en el lamentable
Caso de aquella hermana tan querida.

¡Mas ay! ¡cuán diferentes
Son nuestros males, y los mios mayores!
Lloro yo los presentes,
Y la causa pasó de tus dolores:

Y natura festiva
En mitigar tu pena muestra anhelo,
Cuando á mí se me priva
Aun de quejarme el mísero consuelo.

ODA PRIMERA, LIBRO PRIMERO

DE LAS DE

Juan Bautista Rousseau.*

¿Quién digno se hallará del adorable
Bienestar sempiterno?
¿Quién será, Dios eterno,

* Sin cotejar esta pieza y las demas obras sagradas de Rousseau con los salmos de donde las sacó, traduciendo ó parafraseando los versículos, no puede conocerse á fondo el imponderable mérito de las composiciones y del sublime poeta que mereció ser llamado el Píndaro y Horacio frances, y que sin disputa es el mayor de los líricos que ha producido hasta ahora esa nacion. La presente oda está sacada del Salmo XIV.

Morador del santuario impenetrable? *
¿Dó, en tu frente, tus santos respetuosos
Veen, prosternados, brillos magestuosos?

Aquel será que evita con esmero
Del vicio la vía impura;
Y con firme y segura
Planta, de la justicia va el sendero;
Que con fiel atencion tu voz observa,
Que intrépido y puntual tu ley conserva. †

Aquel que con impávida franqueza
La verdad siempre diga; §
Ni cauteloso abriga
Bajo humano esterior cruda fiereza;
Ni á la virtud con dichos calumniosos
Hizo bajar los ojos vergonzosos. **

* Los verbos *habitavit*, *requiescit* de que usa el versículo 1° de dicho Salmo, significan algo mas que los franceses *entrer*, *penetrer* de que se vale Rousseau; por otra parte, *penetrar el Santuario impenetrable*, que es literalmente la frase del original, aunque es un antítesis, puede mas bien presentar á algunos un sentido contradictorio. Por este motivo la presente traduccion castellana se separó muy ligeramente de la letra francesa, á que era tan fácil haberse ceñido, como conocerá quien las coteje.

† El versículo á que corresponde esta estrofa tiene en su laconismo suma energía: *Qui ingreditur sine macula et operatur justitiam.*

§ No debe disonar la diversidad de tiempos en que están puestos en esta estrofa los verbos *decir*, *abrigar y hacer*, pues tanto en la estrofa francesa, como en el versículo latino respectivo, unos verbos están en presente y otros en pretérito.

** El epíteto *vergonzosos* podrá parecer *ripio*, si no se reflexiona

Aquel que por mas vil tiene al que brilla,
Orgulloso é inflado
Con esplendor prestado,
Que al insecto á quien cubre yerbecilla:
Del malo el fausto, aunque feliz, desprecia,
La virtud infeliz del justo aprecia.

Aquel que cumple siempre sus promesas;
Ni crece su abundancia
Con infame ganancia;
Ni instigado jamás por las riquezas
Que ofrece poderoso algun malvado,
Hace de un inocente un desgraciado.

Alguna vez quien marcha por tal vía,
De eterno bien henchido,
Al rebaño escogido
Hará en el almo gozo compañía;
Y brame airado el Orco formidable,
No impedirá su dicha inalterable. *

que el pensamiento de Rousseau y la idea del Salmo es la siguiente: *no humilló á la virtud avergonzándola*. Rousseau se vale de la espresion *le hizo bajar los ojos*: este es el acto y signo natural de la vergüenza. Un crítico francés llevó á mal al autor que en lugar de la palabra *pudeur* de que usó en la primera edicion de Roterdam, del año de 1712, hubiese substituido en las posteriores la palabra *vertu*, fundándose en lo que acabamos de decir; pero no tuvo razon, porque la virtud es *vergonzosa*; el tiempo mas á propósito para manifestarlo es cuando se vé humillada con calumnias, y el modo natural de hacerlo es bajando los ojos hácia el suelo.

* Las tres últimas estrofas de esta oda son hermosísimas, y los versículos correspondientes del Salmo están muy bien parafraseados.

A MI HERMANO

El Señor Bachiller

D. Ygnacio Sanchez de Tagle,

EN EL DIA EN QUE CELEBRÓ SU
PRIMERA MISA.

Deja hoy el bajo suelo,
De iras, de confusion y horror cercado,
Y alza derecho el vuelo,
Y el canto desusado,
Animo triste de temer cansado.

Ensancha ¡Oh Dios eterno!
Ensancha, ensancha, el ánimo mezquino
Que se ahoga en llanto tierno;
Y tu influjo contino
Haga mi llanto y mi cantar divino.

¡Que tanto ames al hombre!
¡Que te abatas, Señor, hasta tal grado!
Bendito sea tu nombre
Desde el Scita nevado
Hasta el adusto Etiope requemado.

No por una vez sola,
De amor movido, sangre derramaste;
Ni la Cruz se enarbola,
La Cruz en que espiraste,
Sola una vez: tu triunfo perpetuaste.

Te inmoló en el Calvario,
Víctima al Padre, Eterno, el amor nuestro,
E hizo que fuera diario,
(En invenciones diestro)
Tu augusto sacrificio, dulce Maestro.

Decid, decid hossana,
Ministros del Señor, en las alturas;
Grítalo, especie humana;
Y todas las criaturas
De hossanas pueblen esas auras puras.

Excédelos á todos,
Amado sacerdote, nuevo ungido,
Bendito de mil modos,
Por lo que has conseguido.
Entre Dios y su pueblo constituido.

Hermano, dulce hermano,
Ya obediente á tu voz bajó á este suelo
El Númen Soberano,
El Hacedor del cielo,
Su magestad cubriendo en humil velo.

Yo te oí, que con fé viva,
Que hizo agitar la sangre de mis venas,
Y con lengua espresiva
Decias: ''Dios que serenas
La tempestad del mar y su ira enfrenas;

Estás ora irritado
Contra todo tu pueblo delincuente;
El brazo has levantado,
El brazo omnipotente,
Empuñando el azote justamente:

Sobre nuestras cabezas
Cae, en torrentes derramada tu ira;
Mil muertes y tristezas,
El hermano conspira
Contra su hermano, y perdicion respira.

Cesaron los amagos,
Mueren los hombres, campos y ciudades:
Solo se ven estragos.
Desolacion, crueldades.
Recuerda, ¡oh Dios! recuerda tus piedades.

Vé la Víctima Santa,
El Cordero sin mancha que tanto amas;
Apláquese ira tanta;
Sofóquense las llamas
En que arde el globo y por do quier derramas."

Te escuchó placentero
El Supremo Jehová, viendo en tu mano
Su inocente Cordero:
(Tanto puedes, hermano,)
Cesó el castigo del linage humano.

¡Oh, del Señor ungido,
Atalaya de Israél, á quien es dado
Acallar el gemido
Del pueblo desgraciado
Que contra su Señor habia pecado!

Como ángel te venero:
De esas inteligencias celestiales
Eres ya compañero,
Y en el oficio iguales,
Dulce consuelo sois de los mortales.

Hijos de un padre fuimos;
Ya no ecsiste ¡oh dolor! la muerte fiera,
Por mas que resistimos,
Con filosa tijera
Cortó su hilo vital: ¡oh si ecsistiera!

¡Con qué gusto besára
La mano á quien dió el ser! y en dulce llanto
¡Oh cómo la empapára,
Y con respeto santo
Mirára un hijo á quien amába tanto!

Quizá con firme paso
Feliz huella el Empíreo y por nos ruega;
Mas por si pena acaso,
Veloz al ara llega,
Por él ofrece y su penar sosiega.

¡Oh cuánto, cuánto puedes!
No ha de querer el que á tus manos viene
Que desairado quedes:
Él al globo sostiene
Y los deseos al hombre los previene.

Los montes se derriten
Cuando pasa, llevado en raudo vuelo
De ángeles, que compiten,
Con inmortal anhelo,
Por servir al Señor de tierra y cielo.

De tu rogar ferviente
Tu familia y el pueblo mexicano
Aguardan justamente
Consuelo soberano:
Ruega por ellos y tu amante hermano.

EGLOGA

en elogio del

Muy Reverendo Padre Fray F.**

ELECTO GUARDIAN

DEL CONVENTO DE SAN DIEGO DE CHURUBUSCO.

Batilo y Silvano.

BAT.—Salve, sereno y apacible dia
Que desterrando vas la noche fria.
¡Mil veces bienhadado,
Venturoso, feliz y afortunado
El que nacer te mira

*

Y el placer goza que tu luz le inspira!
¡Cómo á paso veloz y magestuoso
Comienza ya á asomar por el Oriente
El astro refulgente!
¡Qué suave y melodioso
El canto es con que anuncian su venida
Las aves, que la noche denegrida
Enmudecido habia!
¡Qué súbita alegría
Del Orbe se apodera!
Un nuevo verde esmalta la pradera;
La cárcel del boton dejan las flores
Y pueblan el ambiente con olores;
El arroyuelo claro y fugitivo
Entre guijas festivo
Murmura y va saltando,
Con su ruido mis oidos regalando;
En sus corrientes puras, cristalinas,
Observo retratadas
Las robustas encinas,
Fresnos, sauces y sierras elevadas:
Allá saltan mis cabras trepadoras
Y pacen mis ovejas baladoras.
Allí brincan mis mansos corderillos,
Aquí soplan los blandos cefirillos.
¡Oh felices momentos

En que todo es placer, todo contentos
Que absorven y enagenan la alma mia!
Salve otra vez, sereno y claro dia.
¡Ojalá acaso algun zagal viniera
Con el que mi ventura dividiera!
Mas ya por la colina
A este prado se acerca y avecina,
Contento asaz y ufano
Mi querido Silvano;
Salirle al paso quiero.—
¡Guárdete Dios, dichoso ganadero!
SILV.—Él siempre te acompañe, caro amigo.
BAT.—Pintado observo el gozo en tu semblante
Y quiero de la causa ser testigo;
Para empeñarte intento
Darte razon en este mismo instante
Del estremo alborozo que en mí siento.
Yo absorto la natura contemplaba
Y cada objeto mi atencion llevaba.
SILV.—Pues yo venia pensando
Y al Eterno Hacedor mil gracias dando,
Que en el virtuoso Anfriso
Mayoral tan prudente darnos quiso.
Sus virtudes una á una recorria,
Y entre mí mismo, absorto, así decia:
Delicia y gloria de este fértil suelo,

Progenie cara del augusto cielo,
¿Quién podrá verte sin amarte al punto?
En tí brilla el conjunto
De las virtudes todas.
A genios muy opuestos te acomodas.
Si te ves precisado á dar castigo,
Yo soy, yo soy testigo
Que lo haces sin enojos
Y lágrimas vertiendo de tus ojos:
Eres muy recto juez y padre amante,
En todo sábio, pero no arrogante;
Un Señor liberal y bondadoso;
Pero jamas soberbio y presuntuoso.
Vigilante en estremo y sumo grado
Y que jamás á nadie has molestado.
No hay, no, zagal ninguno,
De cuantos de consuno
Guardamos tus ovejas
Que tenga de tí quejas.
¡Ah! vive un tiempo eterno,
Celoso Mayoral y padre tierno,
Y la Parca homicida
No se atreva á los hilos de tu vida:
Corte los mios primero,
Que dejándote vivo, alegre muero.
Cuando esto meditaba

La ternura mi pecho sofocaba,
Y en muy copioso rio
Hasta el suelo bajaba el llanto mio:
Las lágrimas calientes
Con que humedezco el suelo árido, enjuto,
Son, amigo, homenages reverentes
Que á su virtud tributo.
Dime, Batilo, ¿no es feliz el suelo
En poseer de virtudes tal modelo?
BAT.—¡Ah Silvano, Silvano!
No es hombre Anfriso que ángel es humano.
¡Ah cuántas veces y ocasiones cuántas
Observando virtudes tales, tantas
Paso noches y dias.
Y en mi propia ventura embelesado,
Y en lágrimas bañado
El rostro, torno á las ovejas mias,
Y así les voy diciendo:
Ea, tranquilas seguid, seguid paciendo.
No hay que temer del lobo carnicero
La rábia insana y fiera;
Ni al leon feroz, mañero;
Ni á el águila altanera;
Ni el hórrido silbido
Que verdinegra sierpe ha despedido.
No hay que temer granizos ni aquilones

Que priven de verdor estas regiones:
Frescas é indeficientes
Serán de este arroyuelo las corrientes:
Y eterna primavera
Esmaltará este prado, esta ribera.
No habrá bestia ninguna
Que os pueda ser molesta ó importuna.
De adversa suerte no vereis el ceño,
Que Anfriso es vuestro dueño;
Y cosa que es de Anfriso,
Natura siempre respetarla quiso.
Ea pues, mansa manada,
Sigue, sigue paciendo
La yerba aljofarada.
Cayo, y en el instante voy corriendo
A aquel sauce vecino y elevado
Donde grabo de Anfriso el nombre amado:
Descuelgo mi rabel en el momento,
Hiere mi voz el viento,
Y en himnos aunque nada melodiosos
Esplico mis afectos amorosos.
Finalizo, mas nunca de cansado,
Sino por recoger á mi ganado.
SILV.—Yo tambien himnos en su loor entono,
Pero es tan duro y áspero mi tono
Y mi númen tan rudo,

Que empiezo el canto y de dictámen mudo.
Mas vale en el silencio respetoso
Venerar un varon tan prodigioso,
Porque temo ofuscar su fama y gloria
Queriendo hacer eterna su memoria.
BAT.—No así deprimas tu armonioso canto
De todos aplaudido.
Es tu númen bastante conocido
Y de tu voz probado el dulce encanto.
SILV.—Hablas como mi amigo apasionado
Y mi mérito encomias demasiado;
Mas seas severo juez ó lisongero
Unos versos, Batilo, leerte quiero
Que á Anfriso el otro dia
Compuso la inesperta musa mia.
Mas te advierto que en ellos no exagero.
Salió Anfriso á pasear por este prado:
De aquel fresno robusto y elevado
Yo so las raices reclinado estaba,
Lo ví, y en el momento
El placer hace retardar mi aliento;
Mi corazon saltaba,
Queria romper el pecho
Pareciéndole sitio muy estrecho.
En un profundo y silencioso pasmo
Quedé luego sumido;

Y en el sacro entusiasmo
Que me habia arrebatado y suspendido
Observé la natura
Cual la voy á pintar con vena obscura.
BAT.—Si mérito ninguno ellos tuvieran,
Con solo que de Anfriso elogio fueran
Agradarianme mucho:
Comienza, pues, Silvano, que ya escucho.
SILV.—Sales al prado, Anfriso, y reverentes
Doblan los sauces las soberbias frentes,
Y con sonoros trinos,
Y con gorgeos divinos,
Pintadas y parleras
Te saludan mil aves vocingleras.

Absorto aquí y embelesado miro
Presurosas correr con sesgo giro
Las aguas cristalinas
De las fuentes vecinas,
Por solo contemplarte
Y con susurro manso regalarte.

A las cavernas de Eolo presurosos
Se lanzan Noto y Aquilon furiosos,
Y el blando cefirillo
Deja rosa y tomillo;
Homenage te paga
Y con soplo vivífico te halaga.

Y por do quiera que las plantas pones
La madre primavera esparce dones;
El campo reverdece,
La yerbecilla crece,
Y la menuda grama
Ofrece á tus ganados pasto y cama.

Por do quiera que vas, Anfriso, andando
Van del boton las cárceles dejando
Dos mil pintadas flores,
Y esparcen mil olores
Y el ambiente sereno
Dejan de aromas y fragancia lleno.

El sol aunque á su Ocaso se acercaba
Su curso acelerado ví paraba;
Nueva luz esparcia
Y prolongaba el dia,
Solo porque deseara
Gozar ¡oh! Anfriso tu presencia cara.

En fin, observo la natura entera
Que en tí agradar y complacer se esmera:
De faz todo mudaba,
Tributo te pagaba;
Y á mí me parecia
Que cada ser en muda voz decia:

*

Eterna entre los hombres tu memoria
De ser tiene, ¡oh Anfriso! honor y gloria
Del humano linage.
Recibe el homenage
A tu virtud debido
Y el fiel tributo que te doy rendido.

BAT.—Si en un siglo tu canto no parara
Gustosísimo un siglo te escuchara.
Y dime, ¿ha visto Anfriso esos tus versos
Fluidos, puros y tersos?
SILV.—No amigo, no, que su modestia es tanta
Que de cualquier elogio ella se espanta.
BAT.—Pues oye tú ahora un sueño que he tenido
Y me trajo turbado y afligido.
Soñaba yo que el término fijado
A la vida de Anfriso habia llegado
Y que ya de la carne desprendido,
Veloz alzaba el vuelo
Y huia de aqueste suelo.
Yo al verlo le decia:
¿Por qué motivo, Anfriso, padre amable
Dejas mi compañía?
¿No te es, cual otros tiempos, agradable?
Vuelve, vuelve tu rostro padre tierno,
Contempla el llanto eterno
En que dejas tus hijos sumergidos;

Muévante su orfandad y sus gemidos.
Pero él no me escuchaba
Y mas y mas volaba
Hasta llegar á el alto firmamento,
Do entre los inmortales tomó asiento.
Volví á la tierra entonce los mis ojos
Y ¡cuán otra la veo!
Las flores convertidas en abrojos
El llano árido y feo,
Los árboles marchitos y amarillos;
Sin voz los pajarillos:
Furioso el Aquilon soplaba airado,
Moria sin alimento mi ganado;
Enjuta la ubre de la madre hallaba
El corderillo y lánguido balaba.
Ví los arroyos secos,
Ni oí otra voz que doloridos ecos
De míseros pastores
Anegados en llanto y en dolores.
Un "ay" universal do quier se oia
Que la callada selva repetia.
Todo era horror, tristura,
Por do quier dominaba noche obscura.
La fatiga quiza y el dolor mio
Me despiertan del sueño
Bañado en sudor frio.

¡Oh con cuánto placer del Orbe al dueño,
Soberano Hacedor de las criaturas
Dí gracias repetidas
De haber sido soñadas y fingidas
Tan crueles desventuras;
Pues sano y vivo estaba
Anfriso, y nuestros prados aun pisaba.
SILV.—Sí amigo , no cesemos,
Y jamas nos cansemos
De pedir al Señor Omnipotente,
Que á un varon tan virtuoso y eminente
Conserve largos años,
Libre de todos daños;
Y que antes que dé fin tan cara vida
Sea la nuestra acabada y fenecida:
Y pues ya el sol molesta demasiado,
Batilo, recojamos el ganado;
Y, hasta mañana, amado compañero,
Que en el mismo lugar y sitio espero.
BAT.—Adios, zagal dichoso,
Vele siempre el Señor en tu reposo.

EN LA MUERTE DEL EXMO. E ILMO. SEÑOR



ELEGIA.

¿Adónde, adónde, cariñoso padre,
Huyes dejando en llanto sempiterno
Y en mísera orfandad á tantos hijos
Que respiraban con tu mismo aliento?
¿Adónde moras solo y sin ovejas?
¿Dónde ocultas tu rostro placentero?
¿Qué pais feliz, qué suelo afortunado

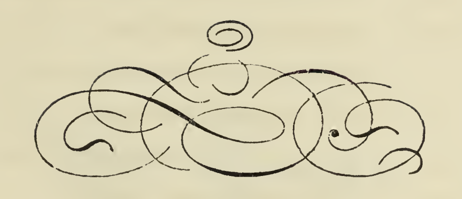
Robó la dicha al infelice nuestro?
¿Dónde asientas los piés en que estamparan
Nuestros ardientes labios dulces besos?
¿Por qué nos has dejado? ¿qué te hicimos?
¿Acaso la obediencia ó el respeto
Puede causar enojos? ¿Por ventura
El mucho amor te pudo ser molesto?
¿Te faltamos en algo, pastor santo?
Seria sin advertencia nuestro yerro.
Vuelve, vuelve ¿dó vuelas exhalado?
O llévanos contigo: no podemos
Carecer de tu vista cariñosa,
Y mas cercados de tan graves riesgos.
¿Quién nos enseñará en el verde prado
A distinguir la yerba del veneno?
¿Quién á la pura cristalina fuente
Conducirá nuestro calor sediento?
¿Y quién hará çaer golpe terrible
Contra el astuto lobo carnicero?
¿No respondes? ¿no me oyes? ¿no me miras?
¿Cerró tus ojos sempiterno sueño?
¿No volverás á abrir esos tus labios,
De que estaba colgado todo un pueblo?
¿Con que tambien han de morir los santos,
Han de morir las almas de los pueblos?
Yaces cadáver, padre, y has bajado

A la fria tumba y eternal silencio.
América infeliz, rasga el vestido,
Muérete de dolor: ningun consuelo
Admite mal tamaño: niega, niega
La leche maternal á tus hijuelos.
Eterna noche cubra nuestras tierras;
De los montes vecinos descendiendo
Las fieras alimañas á este valle,
Todo lo atruenen con aullido horrendo.
Busque en el bosque habitacion el hombre
Y el bruto á las ciudades venga huyendo;
Todo sea horror, relámpagos y susto:
Domine al Orbe con pesado cetro
La tenebrosa noche, circundada
De afliccion congojosa, espanto y miedo.
Hallen secas las ubres de las madres
Y sin otra esperanza los corderos.
¡Oh infeliz condicion de los mortales,
Oh vida frágil, deleznable tiempo
Que huyes sin ser sentido, arrebatando
Al inícuo tan pronto como al bueno!
¡Oh mal, oh mal, jamás serás llorado
Tanto como mereces y yo quiero!
¡Oh padre, pastor santo, ya no existes!
No en vano el corazon, fiel agorero,
Al verte no hace mucho me anunciaba

Tu pérdida con triste ansioso vuelco:
Te veia y no sentia cual otras veces
El puro gozo celestial contento;
Mas antes agitado y oprimido
Una ansia triste dominaba el pecho,
Que en vano reprimir quise mil veces
Con algunos suspiros muy de adentro.
Ni aun sospechaba el mal y ya temblaba,
Y el frio sudor calaba hasta mis huesos.
Otra mañana al tiempo de regarlas
Marchitas ví las flores de mi huerto;
Subíme al palomar y halle quebrados
De mis palomas los fecundos huevos:
Triste mi perro estaba, y cariñoso
No vino á demandarme su alimento.
¡Conque ya te perdimos, Pastor santo!
¡Y aun conservamos el vital aliento!
¡Oh Parca fiera, oh hija inexorable
De la tétrica Noche y del Erebro.
Nos lo arrancaste cual á débil caña
Del aquilon furioso el soplo recio.
Si querias sangre, mil á tu guadaña
Ofreceriamos el desnudo cuello;
A trueque de la suya te dariamos
Nuestra vida gozosos y contentos.
Madre del postrer sueño, seas maldita,

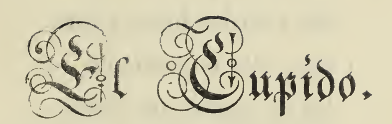
Maldito ese que exhalas cruel veneno,
Que infecciona y devora cuanto toca,
Hombres, ciudades, pórticos, imperios.
¿Lizana, dónde estas? ¿adónde moras?
¿Pues qué, no es dado al hombre, no podremos
Bajar al negro reino de los Manes,
Y otra vez traerte de la vida al reino?
¿Qué, no es dable? ¡oh miseria, oh desdicha!
¿Pues para qué vivimos? ¿Por qué ledos
No descendemos todos al sepulcro;
Su ceniza y la nuestra revolvemos?
¡Oh brevísimo curso de la vida!
¡Oh padre fiel y muchas veces tierno!
En un solo momento hemos perdido
Tu amparo, tus virtudes y tu ejemplo.
Nos faltaste por siempre....No, me engaño....
Tú vives. Ya te escucho, ya te veo
Coronado de gloria inmarcesible,
Rodeado todo de esplendor eterno.
Y entre los inmortales ocupando
El distinguido sublimado puesto
Que te habian merecido tus virtudes,
Tu paciencia y heróicos sufrimientos.
Hácia nos vuelves tu luciente rostro
Y de gloria, ternura y amor lleno,
Nos exhortas á todos que sigamos

De la virtud el áspero sendero
Que nos conduzca á la mansion felice
Donde te seamos siempre compañeros.
Te veo tambien humilde y prosternado
Ante el trono inmortal del Ser Supremo,
Pidiéndole retire los castigos
Que tienen merecidos nuestros yerros . . . .
Ya contiene su brazo levantado . . . .
Ya nos perdona . . . . sigues en el cielo
Del ángel tutelar haciendo oficios
Para tu caro, inconsolable pueblo.



ODAS ERÓTICAS.





ODAS A SILVIA.

I.

Amigo caro, dicen
Algunos que me estiman,
Del Extremeño canta
Las glorias y fatigas,
Del mexicano imperio
Celebra la conquista;

Audaz tu vuelo eleva
Cual Píndaro lo hacia,
Y con sublimes cantos
Tu nombre inmortaliza.
Yo quiero darles gusto;
Veloz corro á mi lira,
La tomo, y ya templada
Sus cuerdas hiero aprisa;
Pero ella inobediente
De mi querer no cuida,
Solo forma estos ecos:
Un «ay» y luego «Silvia.»
Yo vuelvo presuroso
Y digo á los que me instan:
Amigos, por inútil
Dejad vuestra porfia:
Ni sangre, ni batallas,
Ni estensas monarquías,
Ni insignes capitanes
Ni balas, ni conquistas
Pondrán en ejercicio
La tierna musa mia.
Yo solo cantar puedo
Los loores de mi chica,
Y otro cualquier asunto
Me cansa y me fastidia.

Fin de mis Versos.

II.

¿No miras, Silvia, el lauro
Que orna con doble cerco
Las siempre gayas frentes
De Melendez y Homero?
¿No observas cómo afables
Me ofrecen igual premio
Si los caminos ando
Por do ellos anduvieron?
¿No ves cómo me animan
Y muestran con el dedo

Del templo de la fama
Los ásperos senderos?
¿Qué dices, hé, me animo?
Sí, sí, ya estoy resuelto,
Ya sigo sus pisadas,
Adios, que al Pindo trepo.
Mas, ¡ay! qué inmensa altura,
La cumbre toca al cielo,
La envidia el paso impide,
Todo es peligro y riesgos.
No, no, suba quien quiera
Que yo subir no puedo.
Es empresa que escede
Mis fuerzas y mi aliento.
Mi error ya reconozco
Y en la falda me quedo.
Sentémonos, mi Silvia,
Haré aquí humildes versos,
Que aunque los tache Apolo
Si para tí son buenos,
A otra gloria no aspiro
Ni mas honor pretendo;
Y como tú las sienes
Me ciñas, dulce dueño,
Afable y cariñosa
Con el Mirto de Venus,

No envidio á los Melendez,
No envidio á los Homeros
Ni quiero los laureles
Del sacro Númen Delio.

Silvia de negro.

III.

Cual en la obscura noche
Suele mostrarse Diana,
Por entre negras nubes
En su carro de nácar,
De todas las estrellas
Amable soberana,
Que humildes la saludan
Y su belleza acatan;
De negro así vestida
Ví ayer á mi zagala,

Muy mas donosa y fresca
Que en el verano el alba,
Cuando el primer saludo
Las aves le consagran.
Con soplo suave y fresco
Favonio la halagaba,
Giraban en su torno
Los genios y las gracias:
Al punto se eclipsaron
Mil bellas mexicanas;
La fresca tez de rosa
Se amortiguó en sus caras,
Faltóles la belleza:
Ya solo Silvia encanta.
¡Cuánto suspiro ardiente
Pobló luego las auras!
Y cuánto ¡ay! amoroso
Que mil á Silvia mandan.
Yo que la sigo, como
Al cuerpo sombra opaca,
O cual mariposilla
Tras fulgorosa llama,
¿Cómo, ¡ay! quedaria al verla
Y qué sentiria el alma?
Bastante claro, Silvia,
Mis ojos lo espresaban,

En tí clavados siempre
¡Oh ardor de mis miradas!
El fuego de Citera
Todo á mis ojos pasa
¡Mi bien, ídolo mio,
¡Mi Silvia idolatrada!
Ni á fuego tal seas nieve,
Ni á tanto amor ingrata:
Ni ese vestido negro
Que tu hermosura realza
La muerte pronostique
Del mísero que te ama.

La Vigilia.

IV.

De las nocturnas horas
¡Oh cuánto el paso es lento!
¡Oh Silvia! cada instante
Un siglo es, segun creo.
Dan las dos: todo es sombras
Quietud, pavor, silencio.
Descansan cuantos huellan
Del orbe el ancho cerco;
Naturaleza duerme
Yo solo estoy despierto.

Mis siempre abiertos ojos
Tu imágen están viendo;
Tu imágen cual la pinta
Mi loco pensamiento:
Con rostro algunas veces
Afable y halagüeño;
Pero otras desdeñoso,
Adusto, cruel y serio.
Y yo, segun él muda,
De alegría paso á miedo,
De temor á esperanza,
De cobarde á resuelto.
Mi corazon palpita;
De estraño modo tiemblo:
Y enagenado siempre
Con tan varios afectos,
De la callada noche
Consumo el largo tiempo.
Y tú, Silvia adorada,
Dí ¿qué haces mientras velo?
¿Meditas por ventura
Lo que por tí padezco,
Y apiadada resuelves
Dar á mi amor el premio?
¡Ay! no, que descuidada
En blando y muelle lecho

Disfrutas al presente
Muy reposado sueño;
Cupido con sus manos
Cerróte los ojuelos:
Él mismo te custodia
Y al ruido no da ingreso.
Venus tambien te vela,
Favonio se está quedo.
¡Ay mí, desventurado,
Qué poco te merezco!
No quiero, no, privarte
De tu dulce sosiego:
Descansa en hora buer
Descansa, pues el ciel(
Te otorga bondadoso
El bien de que carezco
Duerme ¡ay! ídolo mio.
Duerme, adorado dueñ(
Hasta que te despierten
Los trinos y gorgeos
Que las aves entonan
Cuando se muestra Febo,
Aun mas que porque él llega
Por ver tu rostro bello;
Mas luego que despiertes
Reflexiona, te ruego,

Que cuando tú dormias
Velaba yo tu sueño,
Y que pensando en Silvia
Me halló el rayo febéo.

Mi Corazon.

V.

¿Tú triste? ¿tú angustiado,
Pobre corazon mio?
¿Tú gimes sin descanso?
¿Tú lloras sin alivio?
¿Tú exhalas cada instante
Mil ayes, mil suspiros?
¿Tú lates? ¿tú palpitas?
¿Tú tiemblas de contino?
¿A tí ya te fastidian
Las ciencias y los libros,

*

Las músicas alegres,
Los brindis, los amigos?
Las soledades buscas
Do quieto y sin testigos
Al eco le descubras
Tu pena y tu martirio.
El sueño sosegado
Veloz de tí se ha huido
Y dias y noches pasas
Velando y pensativo.
¿Qué es esto, dí, qué es esto?
¿Qué tienes, pobrecito?
¿Acaso te hirió el rayo
Del padre del Olimpo?
No, no, del rapaz ciego
Por fin caiste en los grillos;
Mas dime presto ¿cómo
Te abandonó aquel brio?
¿No eres tú quien mirabas
Con un desden altivo
Cuantas bellezas forman
Las glorias del de Gnido?
¿No eres tú quien mofaba
Los míseros gemidos
Que al infeliz amante
Le arranca su delirio?

¿No has eludido siempre
Del ciego dios los tiros?
Pues ¿cómo . . . . Mas ya clamas
Y dices dolorido:
¡Ay, ay! los bellos ojos
De Silvia hermosa he visto,
Su talle, su donaire,
Su gracia y atractivo.
A Venus resistiera
Y á Silvia no he podido

El amante tímido.

VI.

¿Qué mas de mí pretendes,
Cupido, niño injusto?
¿No basta que á mi pecho
Feliz, sereno y puro,
La guerra declararas
Sin causa furibundo?
Aquella dulce calma
Que, en él, dominio tuvo
Dí, niño, ¿qué la hiciste?
Que en vano yo la busco.

Mi libertad amada
¿Porqué con golpe rudo
O ciego me quitaste,
Don era acaso tuyo?
De tus tiranos fierros
Ya en torno el ruido escucho,
Y en vano dos mil veces
Del cuerpo los sacudo.
Perdí una vez por siempre
Mis dichas y mis gustos.
¿Y aun no te satisfaces
Con tanto como sufro?
¿Aun me instas á que vaya
Resuelto aunque confuso
Y á Silvia ¡oh nombre caro!
Dé parte de lo mucho
Que sufre por su causa
Un pecho que ya es suyo?
No es dable, no, no puedo
Por mas que lo procuro,
Que brios para ello darme
Al cielo no le plugo:
Jamás oirá mi Silvia
Mis ruegos importunos:
Descúbrase quien firme
Valor del ado obtuvo

Que yo en mirar su rostro
Mi dicha toda fundo.
Los ojos torno luego
Y el llanto les enjugo
Que en muy copiosa vena
Mi mal arrancar supo.
Cobarde enhorabuena
Me llame el necio vulgo,
Que malgrado sus burlas,
Malgrado sus insultos,
Morir quiero guardando
Silencio muy profundo.
Ignore Silvia siempre
Que un hombre infeliz hubo
Que la adoró constante
Y amola hasta el sepulcro;
Pero que nunca, nunca
Su amor decirle pudo.

La resolucion.

VII.

No ignoro, Silvia bella,
Que tengo mil rivales
Que tu favor pretenden,
Que por tus ojos arden.
Bien sé que los mas de ellos
Ventaja mucha me hacen
En dones adquiridos
Y en prendas naturales.
Mas no receles, Silvia
Que ceje y me amilane,

Jamás se leyó en bronce
El nombre de un cobarde,
Y el verde y fresco lauro
Jamás ciñó á los tales.
Porque la alondra recta
Va á el astro que siempre arde,
¿A el águila diremos
Tu oblícuo vuelo no alces?
No, Silvia, no receles:
Yo te he de amar constante,
Mientras un débil soplo
De vida en mí se halláre.
Todo hombre enhorabuena,
Pues lo mereces, te ame,
Y escoge tú, de tantos,
Aquel que mas te agrade.
Si acaso el elegido
No soý, ¡mísero amante!
Me quedará el consuelo
Que aquel á quien tu parte
Le dés en tu cariño,
Será mas que yo amable;
Mas no me hará ventaja,
Mi Silvia en adorarte.
Y só el sepulcro triste
Do mis huesos descansen

Pondrán este epitafio:
"Aquí el cariño yace.
Dentro de estas cenizas
De amor el fuego aun arde;
Mas Silvia jamás supo
Su justo valor darle."

La exhortacion.

VIII.

Pues ya de Apolo cesa
De molestar la llama;
Pues nos convida el Mayo
Y el prado nos aguarda;
Y porque los gocemos
Aromas mil exhalan,
Sus cálices abriendo,

Las rosas matizadas;
Aguija, sus, volemos,
Mi Silvia idolatrada.
De la naturaleza
Verás aquí las varias
Y hermosas producciones
Que el arte nunca iguala.
Escucha cuán festivo
El corderillo bala,
Y ledo tras la oveja
De peña enpeña salta:
La sigue por do quiera,
Al valle luego bajan,
Y siempre unidos pacen
La yerba aljofarada.
De aquel pomposo fresno
Sobre una verde rama
Dos tórtolas observa:
¿No ves cómo se halagan
Y en eco dulce esplican
Sus penas y sus ansias?
Los ojos mira de ambos
Que amor pintó de nácar.
Dos bellas palomitas
Acá se vén que arrastran
Las muy estensas colas

Y la cerviz levantan:
¡Cuál la mueven y cómo
Veloz vaten el ala!
¡Cuál se arruyan! ¡qué ledas
Se rondan y se amagan!
Ya vuelan circulares,
Cansadas ya se paran.
La parra, de este lado,
Del olmo fiel se abraza,
Un mismo jugo chupan
Y nunca se separan.
¡Ah, Silvia! cuantos seres
De Febo la luz baña,
Al dios hijo de Venus
Tributo fieles pagan.
¿Y solo tú, entre tantos,
De amor tu pecho guardas?
No, Silvia, no resistas.
Del olmo y de la parra,
De tórtola y paloma,
De la cordera mansa,
Aprende las lecciones
Y mi cariño paga.
Arrójate á mis brazos,
A mí corre exhalada:
Amémonos por siempre,

Dulcísima zagala.
Verás si á quien le sirve
Le da con mano franca
El niño ceguezuelo
Dos mil fortunas raras.

La Mariposa.

IX.

Presas del niño ciego
Bella mariposita
Ambos á dos sufrimos
Una comun desdicha.
Tú, en torno de la llama,
Las doradas alitas
Desplegadas batiendo,
Con raudo vuelo giras,
Prendada de los claros
Fulgores que ella vibra;

Y de tu amor en premio
Allí cuitada espiras,
Y nombran á la llama
Ingrata tus cenizas.
Tambien yo voy siguiendo
Los ojos de mi Silvia,
Que á desdenes me mata,
Mi ternura la irrita,
Y en nada piensa menos
Que en serme compasiva.

Silvia

EN EL EJERCICIO DE FUEGO.

X.

Ya Silvia en los cañones
La pólvora se enciende:
Ya suena el bronce horrible
Y arroja fuego y muerte.
Salir la bala mira
De aquel obscuro vientre.
¡Cuál se abre el aire puro
De miedo y se estremece!

Los brutos todos huyen,
Y tiembla hasta Cibeles.
No es dable que tal ruido
Te agrade y bien te suene:
Huyamos, vida mia,
Veloz la planta mueve;
Daréle yo á Cupido
Mi lira á que la tiemple,
Y escucharás entonce
Sonidos mas alegres.
Mas sorda ¿no me escuchas?
¿Del puesto no te mueves?
¿El estallido horrible
Te agrada y te divierte?
¿Horror no te da el bronce,
Y al fuego no le temes?
¿Hasta en querer á Marte
Semejas á Citeres?
Mas ¡ay! ¿por qué me asombro?
Con ver indiferente
Mi pena y desventura
Lograste endurecerte.

El zagal mudado.

XI.

¡Ay, Silvia! escucha, escucha
Los ayes lastimosos
De un mísero que hirieron
Los rayos de tus ojos.
¡Ay! mira cuál me tienes,
¡Cuán otro soy, cuán otro
De aquel Zagal que fuera
La envidia del contorno!
¿Adónde se me han ido
Los años venturosos,

Cual humo que deshace
Favonio con un soplo?
Dias hubo en que miraba
Mis ovejas y chotos
A mi zampoña atentos
Saltar llenos de gozo.
No raras ocasiones
Por oir mis dulces tonos
Las aves suspendieron
Sus trinos melodiosos:
Y de obas coronado
Saliese hasta los hombros
De el agua cristalina
El númen de este arroyo.
¡Oh, cómo saludaban
Mis himnos sonorosos,
Reverentes y tiernos
Al renaciente Apolo,
Cuando á las altas cimas
Lanzaba rayos de oro!
¡Mis dias qué puros eran!
Me reia, Silvia, todo,
Y nunca me cercaban
Cuidados enojosos.
Cantar, y mis ovejas
Cuidar del rapaz lobo

Era ¡ay! . . . ¡Oh tiempo, tiempo!
Mi afan único y solo.
Mas ví por mi desdicha,
Zagaleja, tu rostro,
Muy mas que luna llena,
Muy mas que Abril hermoso.
Y desque lo mirara
Sentí allá en lo mas hondo
Del triste pecho mio
Veneno ponzoñoso.
De entonces he perdido
Mi plácido reposo,
Mi libertad amada,
¡Cuán otro soy, cuán otro!
Tornáronse mis cantos
En ayes dolorosos,
Mis risas en lamentos,
Mis placeres en lloros.
Mi bien, ídolo mio,
Tu compasion imploro.
Por tí he perdido cuanto
Me hiciera antes dichoso;
Pues paga con tu afecto
De mi ventura el robo.

El suspiro.

XII.

Pues á mí no me es dado
Sal ¡ay! del pecho mio,
Vuela hácia Silvia, vuela,
Mi ardoroso suspiro.
Ve presto, y de mis penas
Sé intérprete y testigo.
Ni Cierzos ni Aquilones
Estorben tu camino:
Te ria la Primavera,
Y el blando Cefirillo

Sobre sus alas mismas
Te lleve á tu destino.
Los sacros moradores
Del encumbrado Olimpo
Te dén próspero viage,
Caro de mi amor hijo.
Repósate en los brazos
De mi adorado hechizo,
Cuéntale mis pesares,
Cuéntale mis martirios.
Refréscale su seno:
Contempla los divinos
Talle y pelo, do moran
Las Gracias y Cupidos.
En sus cabellos de oro
Hazle ondas mil festivo,
Y haciéndolos tu lecho
Duerme luego tranquilo.
¡Oh tú feliz mil veces,
Vago y fugaz suspiro!
¡Quien en tí se tornara,
Venturoso airecillo!

El rato que no veo á Silvia.

XIII.

Cual tortolilla triste
Que en un ramo parada
O sin cesar saltando
De aquella á la otra rama,
Da por el corvo pico
A las ligeras auras
En muy largos gemidos
Sus penas y sus ansias,
Que el eco solo escucha,
Repite y acompaña;

Yo así, bien de mi vida,
Si de mi lado faltas,
Caliente llanto vierto,
Prorumpo en quejas varias,
Y mis ojos no encuentran
Do fijen sus miradas.
¡Oh leyes de honor duras!
Mal hayan, sí, mal hayan,
Pues me privan que siempre
Gozando esté tu cara.
¡Ay, bello ídolo mio!
O nunca te me vayas,
O si mi vida estimas
No sea tu ausencia larga.

El sueño.

XIV.

Jamás de atormentarme
Cesó la fantasía;
Escucha, si no, el sueño
Que tuve anoche, Silvia.
No bien mis tristes ojos
Cerrado el sueño habia,
Cuando te veo, y al hijo
De la deidad Chiprina,
Sacando de la aljaba

*

Dos muy agudas viras,
Que al tuyo y á mi pecho
Cortando el aire envia.
Llegaban á sus blancos,
¡Oh, Silvia! y nos herian,
Dejando nuestras almas
Del ciego dios cautivas.
Yo entonce con palabras
Muy tiernas y espresivas
Te indicaba mi afecto,
Mi amor te descubria:
Tú ¡oh Niña, te mostrabas
¡Ay, cuán agradecida!
Y tus miradas eran
¡Qué tiernas y qué vivas!
Y desplegando el labio
Que Abril y Mayo envidian,
Me hablabas de este modo:
«Ventaja, sí, infinita
Mi amor á tu amor hace,
Y á tu aficion la mia.»
No obstante, yo medroso
De alguna repentina
Mudanza, te indicaba
Lo mucho que temia;
Mas tú con juramentos,

Mezclados de caricias,
Me prometias amarme
Por siempre y serme fina.
Llegaban á este punto
Mis bienes y mis dichas;
Mas luego despertando,
Ví que humo se volvian,
Que todo era soñado.
Soñadas tus caricias,
Soñados tus requiebros,
Tu amor, y en fin mi dicha,
Todo esto fué soñado.
Menos ¡ay mí! la herida
Que el rapazuelo Niño
Causóme con la vira.
Y entre mortales ansias,
¡Mi bien! así decia:
¿Conque si dichas sueño
Son falsas y mentiras,
Si sueño desventuras
No son, no son fingidas?
Duerma, si así es, por siempre el desdichado,
Que solo en sueño dichas ha gozado.

La peticion.

XV.

Cupido si me prestas
Tus fleçhas y tu aljaba,
Por un instante solo,
Yo en pago de tal gracia
De Pafos en tu templo
Daréte dos torcasas,
Que de caliente sangre
Salpicarán tus aras.
Hoy mismo te lo cumplo
Si escuchas mi plegaria.
Sus, dame con el arco

Las flechas aceradas;
Mas dalas pronto, pronto,
Que la ocasion se escapa,
Y si malogro el tiro,
Tal vez la suerte avara
Me negará otro instante
Cual este que se pasa.

Juramento de Cupido

Y DESEOS DEL AUTOR.

XVI.

Por gozar de lo fresco
De una tarde de Mayo,
Salió el ídolo mio,
Mi bella Silvia á un prado.
Allí el niñito ciego
De Venus hijo caro
Tras las mariposítas
Andaba correteando.
Mas como se sintiese
De travesear cansado,
Arroja con presteza

Aljaba, flechas y arco;
Y teniendo á mi Silvia
Por Venus, fué exhalado,
Y se arrojó en sus faldas
Y le tomó la mano.
Mas airada mi Niña
Lo empuja con enfado
Diciciendo: «No me adoran
En Citera ni en Pafos.
No soy tu infame madre,
Niño traidor y falso.
Te aborrezco. Tus gustos
Ponzoña son que en vasos
Dorados y engañosos
Les das á tus soldados.
Ea, vete, vete presto,
Que á mí no me eres grato.»
Obedeció; mas antes
Dizque vengar su agravio
Con firme juramento
Le prometió el vendado.
Ojalá que lo cumpla
Y no haya de olvidarlo,
Con tal de que á mí solo
Me elija para el caso.

El pajarito.

XVII.

Parado en el estremo
De un ramo de lentisco,
Alegre sumamente
Meciase un pajarillo.
Ya batia las alitas,
Ya se afilaba el pico,
Ya las verdes hojitas
Picaba entretenido.

Ya gorgeos entonaba,
Ya repasaba trinos,
Ya daba bellos saltos
Y ya melífluos píos.
Y cuando por turbarlo
Travieso el cefirillo
Las hojas azotaba,
Medroso el cuitadillo
Se pasaba á otro ramo
Do la causa del ruido
Cuidoso investigaba,
Los ojos allí fijos.
Y apenas él percibe
Que falso era el peligro,
Cuando á su ramo vuelve
Y á su contento antiguo.
Yo le dije, al mirarlo
Tan ledo y tan festivo,
Venturosa avecilla,
¡Cuánto tu suerte envidio!
Tú el bien inestimable
Que los cielos benignos
Te otorgaron, disfrutas;
Yo lo lloro perdido,
Pues del rapaz de Venus
En las cadenas gimo,

Que por único premio
De mi afan y servicios,
Me da lágrimas, penas,
Celos y otros caprichos.
Y pues de males tantos
Te libra tu destino,
Venturosa avecilla,
¡Cuánto, ay, cuánto te envidio!

La instancia fervorosa.

XVIII.

Si mis ojos y boca
Te han dicho claramente
Que eres mi hechizo, Silvia,
Que todo mi amor tienes,
Que no sosiego cuando
Privado estoy de verte;
Si en muy crecida vena
Por tí mas de mil veces
Rodaron de mis ojos
Mis lágrimas calientes;

Si mi primer afecto
Y último y único eres;
Si por tí aliento y vivo,
Si por tí cuantos bienes
Me otorga la fortuna
Mi menosprecio obtienen;
Si odiara sin tí, Niña,
Salud, vida y haberes;
Si, en fin, sabes todo esto,
¿Qué cosa, dí, haber puede
Que impida el que declares
Si me amas ó aborreces,
Y contra mí sentencia
De vida dés ó muerte?
Con tu silencio el alma
Doble martirio siente,
Prolongas mi suplicio,
¿Y aun no te compadeces?
¿Mis llantos y mis ruegos
A que hables no te mueven?
Dí presto, ídolo mio,
Dí presto si me quieres.
El «sí» ó el «no» á mis males
Darán fin prontamente;
Aquel con mi ventura,
Con mi morir aqueste.

¿De qué sirve que guardes
Silencio tenazmente?
Mi amor, casi infinito,
No admite ya mas creces;
Tampoco fin admite
Si el del vivir no fuere.
Y así, pues que callando
Nada hay, mi bien, que esperes,
Declara, y no en la duda
Morir, Silvia, me dejes.

La victoria.

XIX.

Dos mil veces el hijo
De la Chiprina dea
Probar quiso en mi pecho
La punta de sus flechas;
Mas embotadas siempre
Llegaron y sin fuerza.
Airado dice el ciego
Que en Amatunta reina:
«Cuando no hay un Dios solo
Que mi poder no sienta,

Pues hasta Jove mismo
Besó humilde mi diestra,
¡De la mortal estirpe
Hay uno só la tierra
Que burla de mis dardos
Y mi aljaba desprecia!
¿Y aun sufro que á mi templo
Se lleven mil ofrendas,
Que Dios me llamen todos,
Me adoren y me teman?
O á todo renunciemos
O á tal hombre se venza.
¡A la arma, hijo de Marte!
Ea, sus, ligero vuela.
De tu poder inmenso
Ve á hacer la última prueba;
Valdréme, sí, de Silvia,
Zagala hermosa y bella,
Y si ella me ayudare
Tendré victoria cierta.»
Fué á verte, y tú, mi Niña
De su arco para cuerda
Le diste tus cabellos,
Tus miradas por flechas,
Y armado de esta suerte
Salió á hacerme la guerra.

Con tales armas, ¿cómo
Dable es que no venciera?
Cedí al primer ataque,
Dejé la resistencia.
El cuello, piés y manos
Dí luego á las cadenas;
Y entonce el rapazuelo
Me dice, ¡qué soberbia!
«Conoce que ninguno
Resiste á mi potencia.»
Y yo entre mil sollozos
Dí solo esta respuesta:
«Traidor, si de mi Silvia
Valido no te hubieras,
Aun me estaria burlando
De tu arco y tus cautelas.
De Silvia es la victoria,
Cedo, pero á solo ella.

La barquilla.

XX.

Allá vas, mi barquilla,
De amor al alterado
Ponto, donde se pierden
Tantas á cada paso:
Piloto es la esperanza,
Muy diestro, pero falso.
La estrella que seguimos
Valientes y arrestados,
Es Silvia, de belleza

*

Portento y de recato.
Por ahora el mar sereno
Convida á navegarlo:
De Céfiros y Ninfas,
De Cupidos el bando
Te augura un feliz viage.
Mas ¡cuánto temo, cuánto
Que no pasará mucho
Sin que al puerto volvamos
(Si por caso volvemos)
Del crudo desengaño,
Para llevar al templo
Tu mástil maltratado,
Tus jarcias ya podridas,
Tus tablas en pedazos.
Pronósticos tan tristes
Dejemos ¡ay! á un lado:
Sulca, sulca las ondas
Pues tienes tal conato,
Quizás en favor tuyo
Cupido hará un milagro.
Seráte compasivo,
Daráte mejor trato
Que á tantos infelices
Que en sus ondas se ahogaron.
Ve, pues, que yo prometo

Sin pausa ni descanso
Formar ardientes votos
Con que á los cielos almos
A serte compasivos
Mover, barquilla, aguardo.

Silvia enferma.

XXI.

De los robustos fresnos
Las copas austro dobla;
Furioso el noto brama,
Marchítanse las rosas.
El viento las sacude
Y llévase las hojas
Con pavoroso ruido,
Y agostadas y rotas:
El cielo todo cubren

Mil nubes pavorosas
Que en luto nos sepultan
Y á Febo la luz roban.
Los rayos retronando
Anuncian la última hora.
Ya de ciprés funesto
Las frentes se coronan
Las Gracias y Cupidos
Y la hija de las ondas.
Del orbe se apodera
Tristeza, negra diosa,
Que por do quier esparce
Veneno de su boca,
Y á su tirano imperio
Todo ¡ay! la cerviz dobla.
Naturaleza alienta
Mil quejas dolorosas;
Parece que del globo
Los ejes se trastornan,
Y todo desquiciado
Veloz corre y se arroja
Al caos donde yaciera
Sumido en negra sombra.
¿Qué es esto? ¿quién es causa
De mutacion tan pronta?
Mi Silvia ¡ay! está enferma.

Mi Silvia está achacosa:
No en vano la natura
Se altera y su mal llora.
¡Ay mí! ¿qué haré rodeado
De penas congojosas,
¡Oh Silvia! y sin tus luces
En noche tenebrosa?
Tú enferma, ¿y aun no acaba
Conmigo mi congoja?
Llorad, mis tristes ojos,
Llorad á todas horas;
Forzad á el almo cielo
Que alivie á mi señora.
Tú, voz doliente mia,
Tan solo votos forma
Porque mi hechizo sane,
Y un «ay» continuo arroja.
Y dí siempre de modo
Que todo el mundo lo oiga:
Mi Silvia ¡ay! está enferma,
Mi Silvia está achacosa.

La sonrisa.

XXII.

Cuando el labio desplegas,
Imán de mis amores,
Para sonreirte leda,
Contempla cuán veloces
Las simples abejuelas
A libártelo corren.
Cómo esmaltan el prado
Mil gayas, bellas flores,
Cómo driadas y faunos
Se salen de los bosques,

Y danzan y se alegran
Yendo á tu reir acordes.
Cómo se viste el cielo
De nuevo azul, y el orbe
Se alegra y embellece
Variando mil colores.
Pero ¡ay! aun mas que todo
Contempla cuál me pones,
¡Cuál se agita mi pecho!
¡Qué saltos, qué temblores
Mi corazon perturban!
Quiero hablar, ni hallo voces;
Quiero á tus piés rendirme.
Y el miedo se me opone.
Contarte determino
Mis dulces turbaciones,
Voy á empezar mil veces,
Jamás hallo por dónde.
¡Oh raptos deliciosos,
Y oh soberanos goces!
Jamás, ídolo mio,
La risilla abandones,
Que mientras estás riendo
Yo moro entre los dioses.

La mirada mútua.

XXIII.

Miré á Silvia y miróme,
Y en sola su mirada
Vibró contra mi pecho
Las ardorosas ansias,
Y la inquietud eterna,
Y el suspirar sin pausa,
Y el andar pensativo
Mas sin pensar en nada;
Y los salobres llantos,
Y el veneno que mata,

Y por mis venas todas
Va, viene, y nunca para;
Y en fin del rapaz ciego
La matadora llama,
Que me hace gemir siempre
Y el corazon abrasa.
¡Oh quién me diera que ella
Lo que pruebo probara!

Los ojuelos.

XXIV.

Dime, Silvia divina,
¿Qué virtud poderosa
Se encierra en tus ojuelos,
Que tales cosas obra?
Ya que el efecto siento
La causa haz que conozca.
¡Ah, mi Silvia adorada!
Ya mires desdeñosa,
Ya un tanto enternecida,
Ya un algo burladora,

Ya como meditando;
Con tu mirada sola
Me enciendes ó me hielas,
Me das gusto ó congoja,
Me das vida ó me matas.
En fin, dulce señora,
Tus ojos á tu antojo
Me mudan y trastornan.

El rizo de pelo.

XXV.

Durmiendo la otra noche
Ví al niño ceguezuelo
Que á paso silencioso
Llegaba hasta mi lecho.
No traía aljaba ni arco
Ni trage de guerrero;
Venia otrosí desnudo
Las alas encogiendo,
Haciendo pucheritos
Ymimos mil facetos.

Pintada la inocencia
Venia en su rostro bello,
Y la sonrisa amable
Del labio tomó asiento.
Tan disfrazado estaba
Que no le tuve miedo.
Dejélo que llegara
Y acercado el travieso,
«¿Me conoces?» me dice,
Yo dije: «No, ni quiero.»
El entonces airado
Dejó caer en mi seno
Serpientes que agotaron
En mí su cruel veneno,
Que por mis venas todas
Correr sin pausa siento.
Luego doy voces, lloro,
Suspiro; al fin despierto,
Y solo hallé en mis manos,
¡Oh Niña! tus cabellos.
Y dije sollozando:
Venciste, niño ciego,
Ya la cerviz humillo,
Soy ya tu prisionero;
Mas ¿qué mucho si armado
De Silvia con el pelo,

Mas bello que la aurora,
Mas de oro que el de Febo,
Saliste á hacerme guerra,
De la victoria cierto?
Y desde aquel instante
Cada punto de tiempo
Los cuento de uno en uno,
Y con mi llanto tierno
Les pago el fiel tributo
Que á tu hermosura debo.

Despedida

A UN PAPEL QUE FUE DE SILVIA
Y ESTA COBRABA.

XXVI.

Adios, papel querido,
Que á mis ardientes labios
Con ardorosa prisa
Mil veces he aplicado;
Que humedecí otras tantas
Con mi salobre llanto;
Que por único alivio

De mi tormento raro
Me aplicaba á la herida
Que me hizo el dios vendado;
Adios, fiel compañero,
A quien algunos ratos,
¡Oh delirio del que ama!
Contaba mis cuidados.
Adios, adios, de Silvia
Decreto sobrehumano
Me ordena que al instante
Te vuelvas á su mando.
¡Oh papel venturoso,
Cuánto te envidio, cuánto!
¡Quién en tí se tornara!
Acaso Silvia, acaso
Sabiendo la mudanza,
Te hiciera mil pedazos
Y al suelo te arrojara
Con desdeñoso enfado.
Mas muriera contento
Muriendo entre sus manos,
Mas blancas y lucientes
Que de nieve los ampos.
Ve ya, no te lo impido;
Mas solo esto te encargo.
Cuando te tenga Silvia
Dirásle en tono claro;

"Ingrata, ¿no te cobra
Aquel desventurado
Su corazon, que tienes
En tu poder esclavo;
Y de un papel que amaba
Por que era tuyo, tanto,
Con crueldad inaudita
Pretendes tú privarlo?»

Testificacion sincera.

XXVII.

Dicen que á quien lo sirve
Da solo amor en premio
Pesares y zozobras
Y penas y tormentos,
Y un tardío desengaño
Mas cruel que el error mesmo.
Y tú ¿qué dices, Silvia?
¿Será lo que hablan cierto?
O mienten olvidados
De cuando mozos fueron,

O hablan por pura envidia,
O jamas conocieron
El amor que me tienes
Ni el que yo á tí te tengo.
¡Qué ratos tan dichosos
Gozamos! ¿no, mi dueño?
¡Qué placeres tan puros!
¡Qué plácidos contentos!
De arrepentirme, Niña,
(Como quieren los viejos
Tétricos é insensatos)
Estoy, estoy tan lejos
Que por la de los Dioses
Mi ventura no trueco:
Bien que ellos me amenacen
Con un tono severo,
Y no sé qué esperiencias
Me citen, yo, sin miedo
Mas te amo, y les respondo:
Vendrán y lo veremos;
Por ahora de mi Silvia
Morir amante quiero.

El cumple años de Silvia.

XXVIII.

Hace años, Silvia bella,
Que á tu débil cunita,
Las Gracias y Cupidos
Corrieron á porfia.
¡Cómo la cercan todos
Con emulada prisa!
¡Cuál te coge en sus brazos
Y te hace mil caricias!
Viene otra y te arrebata
Meciéndote festiva.

Aquel une á su boca
La tuya tiernecita,
A quien graciosos mimos
Pucheritos y risas
Hacian aun mas hermosa
Y mucho mas divina.
Te da uno, dos, tres besos,
Mil; la cuenta es perdida.
Los besos el siguiente
Por miles multiplica,
El otro por millones;
Ceder nadie queria.
Las palomas que al carro
De Vénus van uncidas,
Agitadas por ella,
Veloz la ala batian,
Y de su arrullo tierno
Las Auras van henchidas.
Llegando al feliz suelo
Que natura destina
A ser patria dichosa
De mi adorada Silvia.
¡Oh qué ledas se acercan
A do posas tranquila,
Y cual si pichon fueras,
Con revueltas lascivas,
Te rondan placenteras,

Y te arrullan amigas,
Y las nevadas alas
Entrambas estendidas,
Estrecharte en su seno
Ansiosas pretendian.
Riendo de sus Palomas
Cipriota se avecina,
Te coge y entre besos
A su pecho te arrima,
Y de su misma leche
Te nutre como á su hija.
Y mientras tú, chupando,
La leche le estraías,
Desplegando sus labios
Que aromas mil vertian,
Esto dijo á las Gracias:
«Del lado de mi Niña
Ni un brevísimo instante
Os separeis, amigas.
Velad en adornarla
De cuanto en mí se admira.
Desde ahora su cintura
Mi Cinto siempre ciña.
Crezca cual la fragante
Rosa, de Abril delicia;
Y que á la par se aumenten
Sus gracias y sus dias.

Ya vuela el tiempo, y miro
De mi hija las conquistas;
Mil corren á mi templo.
Las bóvedas se cimbran
Por los suspiros y ayes
Que ardorosos envian;
Las víctimas sin cuento
Por ellos ofrecidas,
Hacen nadar en sangre
Las aras donde espiran.
Palemon venturoso,
De los Dioses envidia,
Aunque á costa de males
Y penas infinitas,
Tú solo, sí, tú solo
Podrás decir, «ES MIA.»

En mis bodas.

XXIX.

Llega, Silvia, á mis brazos,
Y estréchate á mi seno,
Mi seno cariñoso
Que late sin sosiego.
Ven, vida de mi vida,
Mi casto y dulce fuego.
Formemos con los brazos
Un nudo sempiterno.
Ven, ven, Esposa amada,
De la modestia ejemplo,

*

De la virtud dechado,
De mis cariños centro;
Unámonos cual suelen
El blando pichonzuelo
Y la paloma amable
En giros siempre tiernos.
Mira cuál en mis ojos
Centelléa el incendio
Que en lo interior abrasa
Mi tierno y casto pecho.
Ven, nada te demore:
Sus, vuela, ya te espero,
Mi amor, amable Silvia.
Hoy á tu lado siento
Que vivo en nueva vida,
Que animo en nuevo aliento.
Hoy nazco y hoy percibo
El orbe cuánto es bello:
Do quier encuentro al gusto.....
¿Hay males? no lo creo,
Al menos no me afanan
Ni aterrorizo de ellos.
Tu amor es mi delicia,
Feliz por él me veo.
Amor todo es dulzura
Y gustos y contentos:

Amémonos, bien mio,
Amémonos, y el tiempo
Ni aun entibiar pretenda
Ni el tuyo ni mi afecto.

El encuentro feliz.

XXX.

No esperes en tus aras,
Tirano dios de Pafos,
Las víctimas que un tiempo
Te ofreciera mi mano.
Las santas libaciones,
Los aromas sagrados
Que crédulo mi pecho
Te diera en holocausto,
Los llevo ya humildoso
Al templo del acaso,

En justa recompensa
De su favor y amparo.
¡Cuánto ha, ciego Cupido,
Que rendido demando
De mi Filis hermosa
Mirar el rosado ampo;
Y á mis humildes ruegos
Jamás tú fuiste blando!
Mas ayer ¡oh fortuna!
Me concedió el acaso
Lo que tú me negaste,
Cruel de Chipre tirano.
Ví ayer sus negros ojos,
Y qué efectos causaron
En mí; por mí lo diga
Mi corazon, que á saltos
A mis ojos pasára
Por ver su dueño caro.
Dígalo de mi sangre
El curso acelerado,
Para quien eran cortos
Los naturales vasos,
Y adunada en mi rostro
Lo encendió en sumo grado.
Yo quedé sumergido
En muy mas dulce rapto
Que el que á los inmortales

Les causa el néctar sacro.
Y en él miré á tu madre
De nácar en su carro,
Que á Filis no aventaja
La esposa de Vulcano.
Si hubiera sido eterno
Un éxtasis tan grato,
Envidia me tuviera
El Dios que lanza el rayo.
Y pues casual encuentro
Tal dicha me ha otorgado,
Las santas libaciones,
Los aromas sagrados,
Que crédulo mi pecho
Te diera en holocausto,
Los llevo ya humildoso
Al templo del acaso.

Convite á Dalmiro.

XXXI.

Deja, deja Dalmiro,
El tumultuoso estruendo
De la engañosa corte,
De iniquidades centro;
Y vámonos entrando
Por ese bosque ameno,
Do los rayos de Apolo
Jamas entrada hubieron.
Lleva tú de Anacreonte
Los amorosos metros,

Llevaré de Melendez
Yo los sonoros versos,
Muy mas dulces y suaves
Que néctares hibleos,
Y á la apacible sombra
De aquel robusto fresno
Acordes repitámos
Las letras que en un tiempo
Oyeron abismados
Españoles y Griegos.
Y si por caso Apolo
Infunde á nuestros pechos
Su ardor, yo de mi Silvia
Y tú de Filis luego,
Con alternados sones
Mil loores entonemos,
Que en hombros de Favonio
Se eleven hasta el cielo,
O hácia ellas se encaminen
Presurosos y ledos,
Y su rigor mitiguen
Y su desden severo:
Y cuando por cansados,
Dé fin el canto nuestro,
Corramos á las hayas
Y en sus troncos grabemos
De Filis y de Silvia

Los nombres siempre tiernos.
Cuyas letras con ellas
A paso igual creciendo,
Serán fieles testigos
Del tuyo y de mi afecto.
Despues, de nuestras cuitas
La cuenta nos daremos,
Y en pláticas tan suaves
Cogerános el sueño;
Y so la sombra amiga
La siesta pasaremos.
¡Oh vida, oh vida dulce!
¡Y oh plácido contento
Sin mezcla de pesares,
De sustos y de miedos!
¡Ay, ay! amigo caro,
Aguija, sus, volemos,
Y murmuren, si quieren,
Los envidiosos viejos
Que hidrópicos caminan
Tras honor y dinero,
De que jamas se llenan
Y nunca están contentos:
A todos enfadosos
Y aun para sí molestos,
Y que ansiosos deseáran
Siguiéramos su ejemplo.

*

Que sigan su camino
Los infelices necios;
Y tú, Dalmiro caro,
Abraza mi consejo.

Los síntomas del amor.

XXXII.

Amigo dulce y caro,
Mi amistad siempre tierna
¡Ay! cuántas y qué malas
Señales en tí observa.
Tú en el primer objeto
Que acaso se presenta,
Los tristes ojos clavas
Sin que el párpado muevas.
Mil dolientes suspiros
Se te huyen con frecuencia;
Las lágrimas calientes,

Sin que impedirlo puedas,
A veces mal tu grado
Al suelo árido ruedan;
El silencioso valle
Y la callada vega
Buscas para testigos
De tu crecida pena;
Y ya de tus amigos,
Que antes tan caros te eran,
Huyes mas que del lobo
La tímida cordera.
Si por caso de Filis
El nombre á escuchar llegas,
El rostro se te enciende,
Los ojos centellean,
Y no sé qué palabras
Articulas á medias.
Te hablan y no respondes,
Se rien y te lamentas,
Procuran divertirte,
Y aun sigue tu tristeza.
¡Ah ,Fabio, caro Fabio,
Con tan palpables señas
¿No quieres que yo diga
Que amor es tu dolencia?
Si esto no lo es, yo ignoro
Qué cosa el amor sea.

La declaracion,

ESCRITA EN UN MADERO.

XXXIII.

Creo que cuando árbol fuiste,
Felicísimo cedro,
Nunca en tus verdes ramas
Blandos nidos hicieron
Las aves asquerosas,
Horror de tierra y cielo;
Sí solo ruiseñores,
Canarios y gilgueros,
Que con trinos suaves
Saludaban á Febo:

Que ellas á malhechores
Jamas abrigo dieron.
Y que á su sombra solo
Zagalas y mancebos
Cantaban sus amores
En muy sonoros metros.
Tampoco me imagino
Que aquilones y cierzos
Tus hojas azotasen
Con soplos mil violentos.
Creo que el céfiro solo
Se meció en tí travieso,
Y que entonce de Diana
Tú fuiste el predilecto.
Mas ya mudando forma
Mejoraste de dueño,
Y en poder de Dorila
Te miro no sin celos,
Arbol mas venturoso
Que cuantos existieron.
Sí, sí, pues ella misma
Con sus hermosos dedos
(Por los que diera Dione
Los suyos tan perfectos,)
En tí grabó estas voces:
«A Fabio, á Fabio quiero:»
¡Oh fortuna, oh fortuna!

¡Oh dicha sin ejemplo!
¿Mas es, mas es posible
Que de mi ídolo bello
Mi bien y mi Dorila
Todo el amor poseo?
¿Me engaño por ventura?
¿En vela estoy, ó duermo?
No, no estoy engañado,
No cabe error en esto.
Pues mis ojos las letras
Miraron y revieron,
Y aun con leerlas mil veces
No quedaron contentos.
¡Ah! vive eternamente,
Venturoso madero;
Vive, ni la polilla,
Ni calurosos vientos
Ni pudridoras aguas
Hiendan jamas tus senos.
Dura, dura incorrupto:
Sé eternal monumento,
Que aunque con mudas voces,
Esté siempre diciendo
La ventura de Fabio,
De Dorila el afecto.

Mi barca.

XXXIV.

Viendo el viento propicio,
El mar quieto y sereno,
Boto mi barca al agua,
Sus velas doy al viento;
No haciendo ningun caso
De los sanos consejos
Que por mi bien me daban
Los náuticos espertos.
Parto en fin, despedido
De parientes y afectos
Que con llorosos ojos
Me veian desde el puerto

Camino con bonanza
Y dicha un mes entero;
Mas ¡ay! que de repente
Se entolda todo el cielo;
Brama furioso el Noto,
El Austro ruge fiero,
Y mi pobre barquilla
Hecha juguete de ellos,
Ya desciende al abismo,
Ya sube al firmamento.
Una ola se la sorbe,
La vomita otra luego:
Mi barca pobrecita
Se pierde sin remedio:
Sacadla de tal trance,
Valedla, dioses rectos,
Que si ella queda libre,
Yo en recompensa ofrezco
Conducir sus tablones
Y llevar sus fragmentos
Sobre mis hombros mismos
Del desengaño al templo;
Donde de las paredes
Colgados, sean eterno
Ejemplo de atrevidos,
De osados escarmiento.

*

El canario robado.

XXXV.

Crié con esmero ¡ay cielos!
Un bello canarito;
Enseñéle mil cantos,
Enseñéle mil trinos:
Y como era tan dócil
Y hábil el pobrecillo,
En poquísimo tiempo
Los tenia ya aprendidos,
Y respondia con ellos
Mis amorosos silbos.

Tambien en tiempo corto
Lo puse tan mansito,
Que de mi mano misma
Con su agraciado pico
Tomaba el alimento,
Y luego de un vuelito
Se me pasaba al hombro,
Y aleteando continuo
Hacíame mil caricias,
Picábame quedito
Y el oido me halagaba
Con dulcísimos píos.
Con esto yo lo amaba
Cual tierno padre al hijo,
Y estaba del canario
Tan bien correspondido,
Que si un rato de tiempo,
Bien que fuese muy chico,
Dejábamos de vernos,
Estábamos tan mohinos,
Que enmudecia el canario
Y estaba yo afligido,
Y lo mismo era vernos
Que volvia el regocijo.
Mas ¡ay! ¡qué poco duran
Las dichas, y qué siglos
Las desdichas y males!

Testigo, sí, yo mismo;
Pues un aciago dia
(Máteme el dolor mio!)
Una ave de rapiña,
Un gavilan maligno
Se llevó entre sus uñas
Mi bello canarito,
Dejándome en mil penas
Y llanto sumergido.
¿Qué haré sin mi canario?
¿Qué haré, cielos divinos,
Sin el pájaro que era
Mis glorias y mi hechizo?
¿Qué haré? Llorar, que el llanto
Quizá me dará alivio.

Falsas promesas de Dorila.

XXXVI.

Me acuerdo que una noche
La muchacha Dorila,
Notando mi tristeza
La causa me pedia.
Yo porque me rogara
Me resistí á decirla.
Y ella por indagarla
Usó de mil caricias
Y cuanto enseña el niño
Que allá en Pafos domina.

Yo de fingir cansado
Le dije, ¡ay, ay, mi vida!
De mi cariño centro,
Dueño del alma mia,
Recelo, mucho dudo
Si siempre serás fina.
«No temas, no, me dice
La fementida niña;
Te juro por el cielo
Do el padre Jove habita
Que durará en mi pecho
Tu amor mientras yo viva,
Y aun sentirán, si es dable,
Su fuego mis cenizas.»
Con esto la traidora
Mis temores disipa.
Mas la triste esperiencia
Descubrió la mentira,
Pues que ya ni se acuerda
La ingrata que fué mia.

A Dorila.

XXXVII.

Dime, ingrata Dorila,
¿Qué causa ó qué motivo
A olvidar tus promesas,
Mi amor y mis servicios
Tan del todo y tan presto,
Te puede haber movido?
¿No te he amado yo siempre?
¿No soy aun el antiguo?
¿Pues qué, ya en mí no encuentras
Nada, nada atractivo?

¡Pues qué, he perdido aquello
Que robó tu cariño,
Segun me lo afirmaron
Tus labios fementidos?
No, Dorila mudable,
Yo siempre he sido el mismo,
Yo siempre te he estimado
Te he amado siempre fino.
Luego para olvidarme
Otra causa no ha habido
Sino que á tí, señora,
Cansaron mis suspiros,
Aburrió mi constancia
Y mi amor infinito;
Y por solo mudarte,
A un amante novicio
Un corazon le has dado
Que ya solo era mio,
Pues con trabajos tantos
Lo tenia merecido.
Confiésalo, dorila,
Confiésalo, mi hechizo,
Y enmienda, enmienda pronto
Tu yerro y tu delito.
Te perdono la ofensa,
Prometo que la olvido;
Mas ven, paloma amada,

Vuélvete ya á tu nido,
Vuélvete presurosa
A este tu pichoncillo,
Que con débiles ecos
Y con lánguidos píos
De hambre casi espirando
Y transido de frio,
Te pide que á él te llegues
Y le prestes tu abrigo,
Y cual solias le dés
De comer con el pico.
Pues ó aligera el paso
O apresura el volido,
No cuides de otra cosa,
Ven, Dorila, á tu Silvio.

*

El gorrion despreciado.

XXXVIII.

Yo ví sobre una encina
Rogar á un gorrioncillo
A su antigua consorte
Le volviese el cariño
Y aquel amor tan puro
Que antes le habia tenido.
Suspiraba, trinaba,
Piaba el pobrecillo,

Le acordaba promesas,
Juramentos antiguos;
Pero ella inexorable
No abandona el partido
Que habia una vez tomado,
Y solo esto le dijo:
Gorrion, pérfido amante,
Falso, mudable, inicuo,
Dime, ¿no te amé fina?
¿Mi amor no fué infinito?
¿Mil celos no causaste
A otros mil pajarillos
Que pretendian ansiosos
Mi afecto y mis cariños?
Y sin embargo de esto,
¿No te fuiste del nido
Y con otra consorte,
Prendado de su hechizo?
¿Y qué no hice yo entónce
Por detenerte mio?
¿No dí quejas en vano,
E inútiles suspiros?
¿No velaba las noches?
¿A los cielos benignos
No pedia me volvieran
El bien que habia perdido?
Y tú, sordo á mis voces,

Descansabas tranquilo
Con la consorte bella
Que te habias elegido.
El tiempo poco á poco
Mitigó mi delirio;
Y ahora cuando comienzo
A poseer mi albedrío,
¿Tú vienes á turbarme,
Demandando el dominio
Que en mi afecto tuviste
Mientras me fuiste fino?
Siempre te hubiera amado
Si no te hubieras ido.
Y así, pues despreciaste
Por otro mi cariño,
Vete ahora en hora buena,
Déjame, pajarillo,
No turbes el sosiego
En que está el pecho mio.
Si yo volviera á amarte,
Dentro de un tiempo chico
Tú á huírteme volvieras
Y yo á sufrir lo mismo:
Bastante he sido tuya,
Ya mia ser determino.
Ya descansar pretendo
Pues que tanto he sufrido.

Ea, vete do te agrade,
Mas llevando entendido
Que el que á dejar su nido se resuelva
Lo encontrará ocupado cuando vuelva.

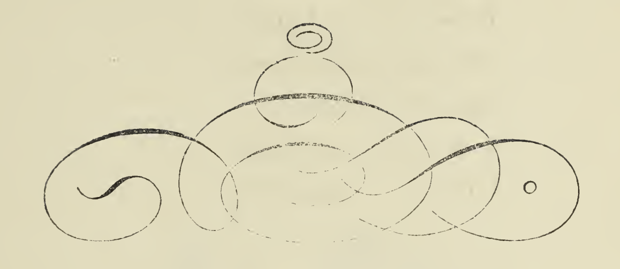
A la Parca.

XXXIX.

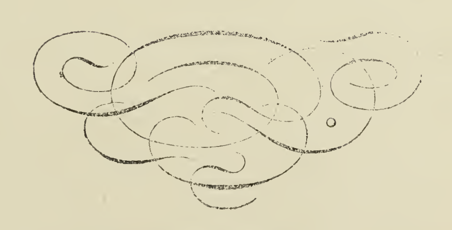
¿Dónde, pálida Parca,
Te has escondido, y tanto
Que aunque hace muchos dias
Que bajo nombres varios
Te llamo en mi socorro,
Mi voz triste esforzando,
A tus oidos no llegan
Las voces con que llamo?
O si es que las escuchas
Díme, monstruo inhumano,

¿Cuál es, cuál es tu genio?
Pues á los que cuitados
Recelan tu venida
Y temen aun tu amago,
A esos les das el golpe
Que probar no han deseado.
Mas á los que te llaman,
Valientes y arrestados,
Para que con la vida
Des fin á los trabajos
De que por todas partes
Se registran cercados,
A esos no oyes, y paras
Tu curso acelerado,
Solo porque mas penen,
Solo por no ayudarlos.
Ea, Parca macilenta,
Cruel hija del pecado,
Depon ese tu genio
Cruelísimo y tirano,
Y presta una vez sola
Socorro á un desdichado;
Quitaré los estorbos
Que detengan tu paso.
Ven, no solo sin miedo,
Mas con ánsia te aguardo,
Pues ya para mis penas

Otro remedio no hallo.
Ven, ven, ya están mugiendo
Seis toros en mi establo,
Y el filoso cuchillo
Reluce ya en mi mano.
De ellos una hecatombe
Sagrada te preparo,
Y al verte, agradecido,
Prometo á tí inmolarlos.



ODAS
ANACREONTICAS.







A los Mozos.

I.

El vino ya en la mesa,
Los vasos ya dispuestos,
Y ¿aun no empiezan los bríndis?
Y ¿aun nos estamos quedos?

¿Qué pereza es la nuestra?
¿Qué torpe desaliento?
Al vaso, sus, al vaso,
Camaradas, volemos,
Comiéncese la ronda,
La gresca empiece luego.
Cualquiera que apurare
Con grata sed primero,
Dos bien henchidos frascos,
Al punto lo juremos
Del padre de las vides
Por hijo predilecto;
Y al que anduviere parco,
Remiso, y beba menos,
Le caiga el anatema
De Baco y de Sileno.
Ea, sus, corred, amigos,
Las copas empinemos;
Y el que se acabe un vaso,
Tome otro en el momento,
Y otro tras ese, y otro,
Sin pérdida de tiempo,
Que sabeis que es precioso
Y es lástima perderlo.
Ni tregua ni descanso
Se admita en ir bebiendo

Hasta que no podamos
De la mesa movernos.
Y en torno suyo á todos
Nos coja un blando sueño,
Y echados sobre el brazo
Dormidos nos quedemos.

A las Mozas.

II.

Don grato de los cielos,
Del alma caras prendas,
Cual la mañana lindas,
Cual rosa de Abril frescas,
Rivales de Cipriota,
Mis niñas, si supierais
Cuanto del padre Baco
El jugo dulce aumenta
Los dones de Natura,
La gracia y la belleza,

Las copas no pararan,
Faltaran las botellas.
Si á mí no quereis creerme,
Sus, chicas, esperiencia,
Veréis cual las colores
Se encienden con presteza,
Cuán ledos y festivos
Los ojos centellean,
Y vibran á do quiera
Dos mil ardientes flechas.
Veréis en vuestras bocas
Qué plácida se asienta
La celestial sonrisa
Que absorbe y enajena,
Y mil cautivas almas
En pos suyo se lleva:
Aun no empinais la copa,
Mi corazon ya tiembla;
Ya la cerviz humilla,
Las manos ya presenta
A las prisiones prontas,
Prontas á las cadenas.
Bebed, alegres Mozas,
Bebed y en dulce gresca
A mil ansiosos sorbos
Mil otros se succedan

Sin pausa ni descanso,
Y entonce la esperiencia
Hará ver, con el vino
Cuánto, niñas, se aumentan
Los dones de Natura,
La gracia y la belleza.

III.

Si amor á quien lo sirve
Por premio solo endona
Desdenes y mudanzas,
Y zelos y zozobras,
Y engaños y traiciones
De ninfas caprichosas,
Tan bellas como esquivas,
Tan necias como locas,
No espere que en su templo
Se exhalen mis aromas,
Ni que mojen sus aras
Con sangre mis palomas.
Aténgome á mi Baco,
Sus pámpanos y copas;

Que él me quita las mohinas,
Destierra mis congojas,
Y en su licor se anegan
Mis desventuras todas.

IV.

Aguija, sus, chicuelo,
Aguija, que ya me ardo.
No quedes satisfecho
Porque me diste un vaso,
Que ese que ahora me diste
No ha llegado á mi labio,
Pues al traerlo, sedientos
Mis ojos lo apuraron.
Echa, pues, otro y otro
Sin pausa ni descanso,
Y ni por breve instante,
Chicuelo, interrumpamos,
Tú el llenarme la copa
Y yo el irla vaciando,
Hasta que ya no sepa
Por donde está tu mano.

V.

Dame, mi Silvia, lleno,
Dame lleno ese vaso
De ese licor que bulle
Sabrosísimo y sacro.
Mas antes que yo beba,
Bebe tú, mi regalo,
Pues como sacerdote
Que soy del padre Baco,
E intérprete supremo
De su gusto y arcanos,
Oigo que está diciendo
El vino en tono bajo:
«Si no me bebe Silvia,
De la copa no salgo.»
Pues bebe y dame luego.

Para que al mismo lado
Por donde el vino bebas
Aplique yo mi labio,
Y á un mismo tiempo pruebe
El néctar regalado
De tu boquita bella,
Y ese licor tan grato.
Ea, bebe, que me hielo,
Bebe presto y bebamos;
Y si es que no te enfada,
Con besos prolongados
Y en número infinitos,
El bríndis concluyamos.

LA MISMA, FINALIZANDO DE OTRO MODO.

VI.

De la copa no salgo;
¿Y sabeis por qué es eso?
Pues óyeme esplicarlo;
Quiere el tal licorcillo
Tocar tu rojo labio,
Besarte, ¡qué ventura!
Licor afortunado.
Si acaso lo consigues,
¡Cuánto te envidio, cuánto!
¿Y no tendré esta dicha?
Di sí, mi ídolo caro.

Ni á mi deseo te opongas,
Di sí, y á cada trago
Dame unos tres mil besos,
Y vamos alternando
Los besos y los bríndis,
Hasta que ya cansados
Y beodos, no acertemos,
Mi bien, á mas besarnos.

Traduccion de . . . .

VII.

¿Quereis saber, muchachas,
Por qué estinguirse vemos
En el jugo de Baco
Los ardores de Vénus?
La causa de que tantos
Os dejen, daros quiero:
No sois hermosas siempre,
Y el vino siempre es bueno.

Mi gusto.

VIII.

¿Qué me quieren las ciencias?
¿Los libros qué me quieren?
Me enfadan sus preceptos,
Me fastidian sus leyes;
Ni para mí se hicieron
Ni á mí me pertenecen.
¿De qué saber me importa
Si cónsules ó reyes
A Roma gobernaron?
¿Si la atraccion mantiene
En equilibrio al orbe?

¿Por qué curva desciende
De un mortero la bala,
Terror de los vivientes?
¿Cómo los alimentos
Mi estómago digiere?
Comamos y dejemos
Cuestion tan imprudente,
Que allá tendrá cuidado
De resolverla el vientre.
Si yo esto meditara
¿Qué seria? un imprudente,
Tétrico y macilento
Como otros que lo inquieren
Pues dejemos, mi Silvia,
Que estudie quien quisiere,
Y trae presto mi lira,
Vino y arrayan verde,
Con el que cariñósa
Coronarás mis sienes,
. . . . Y luego con un beso
. . . . Espero mi amor premies.
Las Musas, Baco y Vénus
Mi amor son y placeres.
En mí los dichos solo
Dominio y poder tienen,
Y ellos mi biblioteca
Son ahora y serán siempre

El Himno de Anacreon.*

IX.

Bebamos, pues, y amemos,
Cantando en loor de Baco,
Que rie con nuestras danzas
Y rie con nuestros cantos;
En cuyo dulce jugo
Las mohinas anegamos,
Las envidias, los odios,
Y todos los cuidados.
De cuyo blando seno
Sin pausa están brotando

* El famoso A. Barthelemy, describiendo el carácter de Anacreon en su obra Viaje de Anacársis, estractó al francés estos pensamientos que he vertido al castellano.

Mil gracias seductoras
Y mil amores almos.
Bebamos, pues, y amemos,
Cantando en loor de Baco.

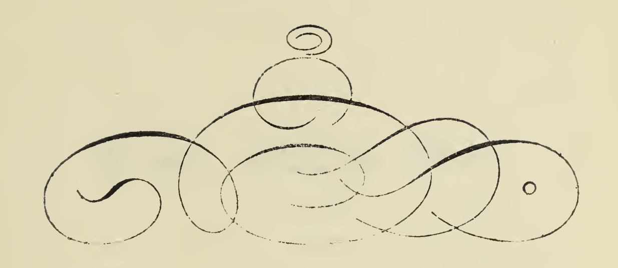
Incierto es lo futuro,
Y muy pronto, pasado
Será el tiempo presente,
Que se huye á grandes pasos;
Y así solo vivimos
El tiempo que gastamos
En bríndis y deleites,
Amores y regalos.
Bebamos, pues, y amemos,
Cantando en loor de Baco.

En nuestros gustos ricos
Y en la locura sabios,
Hollemos, pues, la tierra
Y sus honores vanos;
Y en el éxtasis dulce
Y en el sacro entusiasmo
Que en tan bellos momentos
Circula en nuestros vasos,
Bebamos, ea, y amemos
Cantando en loor de Baco.

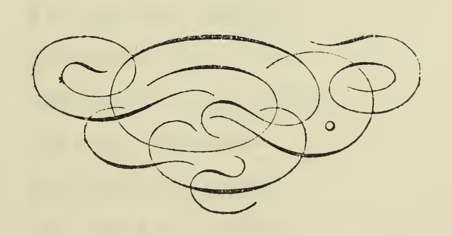
X.

Ya viejo estás, Dalmiro,
Me dicen las muchachas;
Yo les respondo, lindas,
Las señas os engañan.
No veais en mi cabeza
Las mentirosas canas,
Ni si en mi boca huesos,
Pocos ó muchos, faltan.
Ved solo que mi pecho
Todo es fuego y se abrasa,

Que vivaces mis ojos,
Despiden puras llamas;
Que mis miembros se aprestan
A hacer cuanto les mandan,
En las festivas bromas
En las alegres danzas;
Que nadie entre los mozos
Me escede ni me iguala
De amor en la ternura,
Viveza y dulces ansias.
Haced, si no, la prueba;
Correspondedme gratas;
Veréis por esperiencia
Que como yo nadie ama,
Y que ninguno tiene
Mas juvenil el alma.



CANCIONES.



El pelo suelto de Filis.

I.

De tu castaño pelo
Las preciosas madejas,
Cuando atrevido el aire,
Meciéndose en sus hebras,
En ondas deliciosas
Las mueve y las orea
Por dar á mí recelos
Y realce á tu belleza,
¡Cómo, ay, se abrasa el alma!
¡Ay, cómo mis potencias
Y todos mis sentidos
Se aduermen y enajenan!

Fílis, mi dulce vida,
Deja que vaguen sueltas
Del pecho en ambos lados
Y por la espalda enhiesta.
Mas ¡ay! no, no, bien mio:
Mas vale que sujetas
Estén, y las adunes
En bien tejidas trenzas,
Que en giros circulares
Adornen tu cabeza,
Y den á mi amor cárcel,
Y grillos y cadenas;
Con tal de que algun dia
Piedad del preso tengas,
Y afable una mirada
Dirijas á él siquiera.

A Silvia,

Quejosa porque dudaba de la verdad de su amor.

II.

Si al triste caminante
A quien perdido halló la noche oscura,
Y de la muerte dura
Ve á cada paso el pálido semblante,
El Cielo diera de improviso el tino,
La claridá y camino;
¿Pareceríate, Silvia, cosa rara
Que ser sueño su dicha imaginara?

Si al que en un triste lecho
De enfermedad mortal se ve postrado,
De todos desahuciado
De la muerte aguardando el lance estrecho,
Le fuera de repente restituida
La suspirada vida;
¿Pereceríate, Silvia, cosa rara
Que ser sueño su dicha imaginara?

Si al que en mar borrascoso
Perdido el norte, la esperanza muerta,
Cuenta ya como cierta
Su perdicion, algun Númen piadoso
Calma, Patria y quietud que apeteciera
De improviso le diera;
¿Pareceríate, Silvia, cosa rara
Que ser sueño su dicha imaginara?

Si á un mísero indigente
A quien llevó fortuna á tal estado,
Que está siempre rodeado
De miseria y pobreza; de repente
Señor lo hiciera mano bondadosa
De una herencia cuantiosa;
¿Pareceríate, Silvia, cosa rara
Que ser sueño su dicha imaginara?

Pues caminante he sido,
Enfermo desahuciado

A quien salud y vida has restituido,
A quien de obscura noche tú has sacado;
Náutico triste que en naufragio cierto
Salvo llevaste al puerto;
Y fuí el mísero, en fin, que de pobreza
Libró, bien de mi vida, tu terneza.
Y como tu cariño,
Tu constancia y amor (que determina
Darme, Silvia divina,
El caprichoso, alado y ciego niño),
Tanto superan la esperanza mia,
Y son de tal cuantía,
¿Por qué sientes, bellísima criatura,
Que tema no sea sueño mi ventura?

A una inconstante.

III.

Doliente y triste voz mia,
Rompe, rompe la prision
Del pecho, y de mi pasion
Publica la tiranía
De mi adorada beldad
Ve contando
El trato que me está dando
Su crueldad.

Lágrimas mias, ¿qué aguardais
Que el suelo no humedeceis,
De mis ojos descendeis
Y un crecido rio formais?
Salid, pues, que ya espiró
Mi ventura,
Y de Fili la ternura
Me dejó.

Prometióme siempre amarme,
Y yo lo crei, satisfecho
De que no cabia en su pecho
La intencion vil de engañarme.
Crei que su amor seria eterno;
Pero ahora
Burlando está la traidora
Mi amor tierno

¿Te acuerdas, ingrata mia,
De las horas que á tu lado
Pasaba, en tí enajenado,
Y absorto en dulce alegría?
Huyeron, ¡ay mí! pasaron;
Y mis glorias
En tristísimas memorias
Se tornaron.

¿Te acuerdas de las miradas
Que con su divino fuego
Animaba el niño ciego,
Cuánto eran de mí apreciadas
Por dulces, por espresivas?
¡Ay! faltaron,
Y en lánguidas se tornaron,
De muy vivas.

¡Cuántas veces, Fili ingrata
Tu dulce bien me llamaste!
¡Cuántas mi llanto enjugaste
Con una sonrisa grata!
¡Mudable! todo era engaño,
Tú fingias,
Y cuanto me prometias
Fué en mi daño.

O si acaso me quisiste,
¿Qué se ha hecho, dime, tu amor?
¿Matólo acaso el ardor
Que en mi cariño sentiste?
¡Ay, ay! se lo ha arrebatado
Veloz viento,
Y en el luto y el tormento
Me ha dejado.

No habrá tórtola que pueda
Al pichon acariciar
Tanto, como llegué á estar
Yo de Fili; mas ¿qué queda
De mis contentos pasados?
Por despojos,
En triste llanto mis ojos
Anegados.

Tiempo, escucha mis lamentos,
No vueles tan presuroso,
Restitúyeme el reposo
Y los felices momentos
En que yo correspondido
Mi amor ví,
Y en los que de Fili fuí
Tan querido.

Fili, que me olvidas creo,
Que te será fastidiosa
Mi presencia, niña hermosa;
Y aunque si yo no te veo
He de morir, te prometo
Ya no verte,
Y que aguardaré la muerte
En secreto.

Ni mis molestos quejidos
Tus contentos turbarán;
Es la última vez que oirán
Mi triste voz tus oidos.
A solas lamentaré
Tu rigor,
Y mi desgraciado amor
Lloraré.

Fué (me acuerdo) mi promesa,
Que á pesar de tu desvío,
No tendria en el pecho mio
Lugar una otra belleza.
La cumpliré, Fili cruel,
No temas, no,
Que te olvide; siempre yo
Seré fiel.

Adios, Fili engañadora,
Vive tú feliz sin mí;
Yo, desgraciado sin tí,
Me voy por siempre, traidora;
Pero sabe que no obstante
Tu traicion,
Dueña eres del corazon
De tu amante.

El Despique.

IMITANDO A ARGENSOLA Y GONZALEZ.

IV.

Yo vi ¡terrible pena!
Aquella parra de quien ser solia
Seguro apoyo, firme fundamento,
La vi, repito, ajena,
Que de ello ostentacion y gala hacia,
No cabiendo en sí misma de contento;
Pero de allí á un momento
La vi sin pompa, ni hojas, ni verdura,
De lo que fué otro tiempo ni figura,
De pájaros hediondos anidada,
Seca y agusanada;
Y al verla en tal estado,
Pagaste, dije, haberme abandonado.

La paloma que un dia
Me tuvo á mí por su pichon querido,
Pues con arrullos dulces y amorosos
Su amor me descubria,
Dando á mas de uno de su amor herido
Motivo á que con ímpetus celosos
Lanzara AYES rabiosos;
Ya con otro la vi de mí olvidada,
No haciendo caso de la fé jurada.
Mas sola, á poco tiempo dió la vida
Por un mosquete herida;
Yo al verla en tal estado,
Pagaste, dije, haberme abandonado.

Yo vi la tortolilla
A quien en otros tiempos congojaba
Estar sin mí un instante,
Pues en cuanto el Sol brilla
Solo á mí por su dueño me estimaba,
Amada de otro tórtolo, y amante
Su amor de mí distante;
Pero muy poco tiempo le duraron
Sus gustos, pues apenas comenzaron,
Que presa en una red, sola y llorosa,
Triste la vi, y quejosa;
Yo, al verla en tal estado,
Pagaste, dije, haberme abandonado.

¡Oh Melisa! me amaste;
Mas violando sagrados juramentos,
Con otro á mi despecho te partiste,
Ingrata, y me dejaste;
Pero de allí á poquísimos momentos,
Agusanada parra á ser veniste,
¡Oh cruel Melisa! y fuiste
Paloma que á las fuerzas de una herida
Rendiste solitaria la alma y vida;
Tórtola abandonada, que á sorpresa
Fuiste en una red presa;
Yo, al verte en tal estado,
Pagaste, digo, haberme abandonado.

La Firmeza.*

No temas, no, Silvia mia,
Que abandone tu pendon,
O que de tu amor un dia
Se canse mi corazon.

¿No ves esos ruiseñores
Que el estío llorando halló?
Pues, iman de mis amores,
Aun mas firme seré yo.

* Es imitacion de Cadahalso.

¿Ves la tórtola angustiada
Que jamas la fé rompió?
Pues mira, prenda adorada,
Aun mas firme seré yo.

¿Ves las raices de ese pino
Que hasta el Orco penetró?
Pues creeme, ídolo divino,
Aun mas firme seré yo.

¿Ves esa peña que erguida
En las nubes se escondió?
Pues sabe, bien de mi vida,
Que mas firme seré yo.

¿Ves la otra en que el Ponto frio
Sus olas siempre quebró?
Pues, centro del amor mio,
Aun mas firme seré yo.

¿Ves el monte cuya cumbre
Eterna nieve vistió?
Pues cree, de mis ojos lumbre,
Que mas firme seré yo.

¿Ves que ese astro fulgoroso
Nunca de lucir cesó?
Pues ¡oh! creeme, dueño hermoso,
Aun mas firme seré yo,
Y mantendrá mi amor el mismo giro
Hasta que arroje el último suspiro.

Filis mudada.

VI.

Se ha olvidado Fílis
Del todo de mí.

Amète, inconstante,
Con aquel cariño
Que al pequeño niño
Tiene madre amante:
Ni un mínimo instante
Podia estar sin tí;
Mas te has olvidado
Del todo de mí.

De noche y de dia
Solo en tí pensaba,
Si sin tí me hallaba
Gozo no tenia:
Llegado á esto habia
Mi cruel frenesí;
Mas te has olvidado
Del todo de mí.

Aunque habia jurado
Siempre, siempre amarme,
Sabido ha dejarme,
Con otro ha marchado:
Ella me ha arrojado,
La ingrata, de sí,
Y ya se ha olvidado
Del todo de mí.

Cielo, cielo santo,
A tí me dirijo,
Castigos exijo
Para agravio tanto.
Muévate mi llanto
Y lo que sufrí,
Cuan se olvidó Filis
Del todo de mí.

INDICE

de las piezas que contiene este primer tomo.

Odas Pindáricas.

Odas Eróticas.

A SILVIA.

Odas Anacreónticas.

EL SILENO.

Canciones.



